

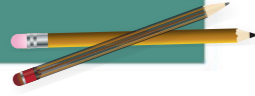
Primaria

Secundaria

Organizan:



Colaboran:



*I Certamen de Literatura Infantil
'Miguel Delibes - Aventura en el Tren'*

Primera edición: junio de 2023

Edita: Fundación de los Ferrocarriles Españoles

Ilustraciones: Colección pictórica RailArte

Diseño y maquetación: Belén Romeo

Corrección de textos: Inés Tortosa

Agradecimientos:

Ayuntamiento de Valladolid, Fundación Miguel Delibes, Renfe, Adif, Ibercaja Espacio Delicias

ÍNDICE

<i>PRÓLOGOS</i>	<i>9</i>
<i>Ayuntamiento de Valladolid</i>	<i>11</i>
<i>Fundación de los Ferrocarriles Españoles</i>	<i>13</i>
<i>Fundación Miguel Delibes</i>	<i>17</i>
<i>CATEGORIA PRIMARIA: PREMIADOS</i>	
<i>Oiz Pidre Mario El tren del tiempo (PRIMER PREMIO)</i>	<i>20</i>
<i>Cuadrado Miguel Ángela Sherlock dog (SEGUNDO PREMIO)</i>	<i>28</i>
<i>SELECCIONADOS de PRIMARIA</i>	
<i>Alcalde García Carlos El misterio de las 6 paradas</i>	<i>40</i>
<i>Arnáez Martín Pablo Viaje a París</i>	<i>46</i>
<i>Diez Moyano Adriana El express</i>	<i>58</i>
<i>Felipe Álvarez Beltrán El misterio del tren burra</i>	<i>64</i>
<i>Gómez Arribas Carla Aventura en el tren</i>	<i>70</i>
<i>García Pérez Manuela Por encima del miedo</i>	<i>74</i>
<i>González Adrián Un ave con mucha clase</i>	<i>78</i>
<i>González Barreiro Alejandro El primer viaje</i>	<i>84</i>
<i>González López Laura Aventura en la línea Valladolid Ariza</i>	<i>90</i>
<i>Marina Ayala Andrés Una hazaña valerosa</i>	<i>98</i>
<i>Martín Maroto Rodrigo Luso en el tren del oeste</i>	<i>106</i>
<i>Moratinos Collantes Fernando El misterio del maletín perdido</i>	<i>112</i>
<i>Muñumer Tranchero Irene Conocer con la mirada</i>	<i>120</i>

Nieto	Nora	El tren antiadultos	126
Regidor Guijas	Lara	Un tren hacia la realidad	134
Rodríguez Trigueros	Carmela	Una aventura submarina	144
Romero González	Lucía	Un viaje inolvidable	152
Sanz Sánchez	Luna	Fin de curso en las Maldivas	162
Utset	Mabel	Alicia y el misterio del ferrocarril madrileño	170

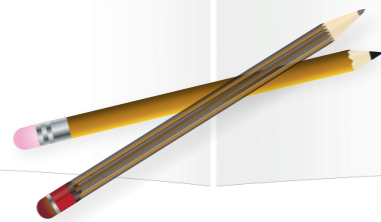
CATEGORÍA SECUNDARIA: PREMIADOS

San José Prieto	Lucía	Historias de un vagón (PRIMER PREMIO)	180
Aranzana Manzano	Judit	A través del espejo (SEGUNDO PREMIO)	190

SELECCIONADOS DE SECUNDARIA

Arnáez Casero	Inés	El extraño viajero	198
García San José	Rodrigo	Una aventura que contar	208
Imaz Mateos	Cayetana	El tren de las lágrimas	216
Merlo Ortiz	Lola	Un día cualquiera	224
Pérez Sanz	Jaime	Dibujos desde el tren	230
Ramírez Burillo	Enrique	Aventura en el tren perdido en las montañas	234
Rodríguez Bayo	Miriam	El viaje en tren más largo de mi vida	240
Rodríguez Esteban	Gael	Aventura en el tren	246
Sardón Escolar	Hugo	Misterio en el tren	256
Veganzones Rojo	Silvia	El viaje del tren mago	262

PRÓLOGOS



PRÓLOGO



Ayuntamiento de
Valladolid

Óscar Puente

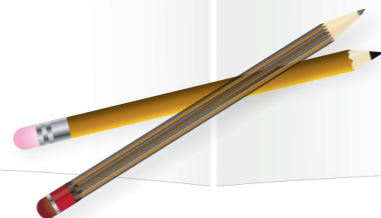
Alcalde en funciones de Valladolid

El I Certamen de Literatura Infantil “Miguel Delibes – Aventura en el tren” llega a destino. Los miembros del jurado han buscado en los más de 200 relatos recibidos, firmados por jóvenes autores vallisoletanos de Primaria y Secundaria, la chispa y el ingenio argumental, la destreza narrativa, la precisión descriptiva y, sobre todo, el entusiasmo por contar historias a través de la escritura creativa, una actividad que da acceso directo al amor por los libros y por la lectura.

El ámbito del tren, su mundo y su cultura establecía un contexto muy evocador para la convocatoria y ofrecía infinitas posibilidades a la imaginación. Por su parte, la figura de don Miguel Delibes como compañero de viaje de estos escritores en ciernes ha marcado el tono de las narraciones. ¡Magnífico tándem!

La iniciativa del Ayuntamiento de Valladolid, la Fundación Miguel Delibes y la Fundación de los Ferrocarriles Españoles ha conseguido espolear y canalizar la creatividad de los vallisoletanos más jóvenes. El alma vallisoletana es un alma «letraherida» de por sí... En nuestra ciudad, los libros nos gustan, las letras nos gustan... y se nos dan bien. ¡Estos relatos dan buena prueba de ello!

¡Enhorabuena a todos y a todas! Ojalá la emoción y la ilusión por seguir contando historias permanezca siempre en vuestro corazón.



PRÓLOGO

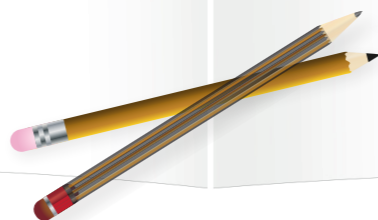


Fundación de los
FERROCARRILES
Españoles

Adrián Fernández Carrasco
Director gerente
Fundación de los Ferrocarriles Españoles

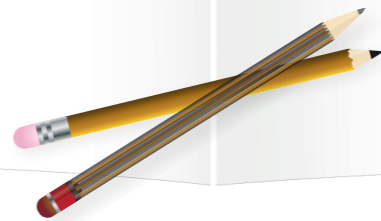
El viaje es siempre una aventura. Y no sólo para niños y niñas. El viaje en tren es, además de promesa de andanzas, un espacio para la ensoñación, el recuerdo o la inspiración creativa. Así lo han puesto de manifiesto los jóvenes autores y autoras de los relatos que forman parte de este libro y del I Certamen de Literatura Infantil 'Miguel Delibes - Aventura en el Tren'. Un concurso, fruto del acuerdo entre la Fundación de los Ferrocarriles Españoles, el Ayuntamiento de Valladolid y la Fundación Miguel Delibes, que nació con la vocación de fomentar el gusto por la literatura y la lectura entre los más jóvenes, en el marco del mundo ferroviario y en un año tan especial como este 2023 en el que conmemoramos los 175 años del ferrocarril.

A tenor de los resultados de esta primera edición, podemos decir sin equívoco que hay amor por el tren y la literatura, y mucho talento creativo. Lo encontramos en el cuento que habla de un "tren que no era normal, sino un tren del tiempo", en el que cada vagón albergaba un pedazo de la Historia. O en ese otro, hiperrealista, que rememora el viaje del 'Tren-burra' y es un canto al respeto y al cariño hacia nuestros mayores.



No debió de ser fácil la tarea del jurado a la hora de elegir a ganadores y finalistas de esta primera edición, en la que se recibieron más de 200 trabajos de decenas de centros escolares de la ciudad de Valladolid. Gracias a su Ayuntamiento. Y, en especial, gracias a la Fundación Miguel Delibes, por compartir con nosotros ese apellido, que además de sinónimo de maestría literaria, es un apellido ferroviario: el del abuelo paterno de Don Miguel, que vino a España desde Toulouse, a trabajar en la construcción de la línea Santander-Alar.

Escribió Miguel Delibes: "Mi afán al escribir era intentar comunicar a dos personas, emplear la pluma como elemento de comunicación con otros". Esa es también la aspiración última del ferrocarril. Literatura y tren comparten ese anhelo. También en este Certamen de Literatura Infantil que ojalá siga siendo, en próximas ediciones, nido de futuros genios literarios.



PRÓLOGO

FUNDACIÓN
MIGUEL
DELIBES

Miguel Delibes

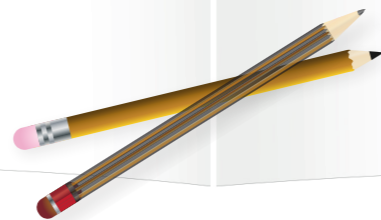
Fernando Zamácola Feijóo
Director Fundación Miguel Delibes

MIGUEL DELIBES, LOS NIÑOS Y EL TREN

"Para mí, el niño es un ser que encierra toda la gracia del mundo y tiene abiertas todas las posibilidades, es decir, puede serlo todo..."

Miguel Delibes

La infancia siempre estuvo presente en la obra de Miguel Delibes. Su pluma nos regaló algunos de los personajes infantiles más interesantes de la literatura en español. De la mano de Daniel, el Mochuelo y sus amigos, Roque, el Moñigo y Germán, el Tiñoso, conocimos el Valle, "su" valle, y el pueblo con el resto de personajes llenos de afanes e inquietudes. Las correrías de los niños de *El camino* nos acercaron a un mundo rural y cotidiano en el que sus juegos coincidían con las preocupaciones de los adultos. Delibes siempre trataba a los personajes infantiles con una ternura especial lo que no fue obstáculo para usar frecuentemente su mirada limpia para enseñarnos duras realidades como, por ejemplo, la propia vida del Nini, el niño sabio de *Las ratas*, luchando cada día para encontrar qué llevarse a la boca.

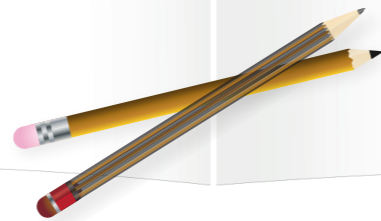


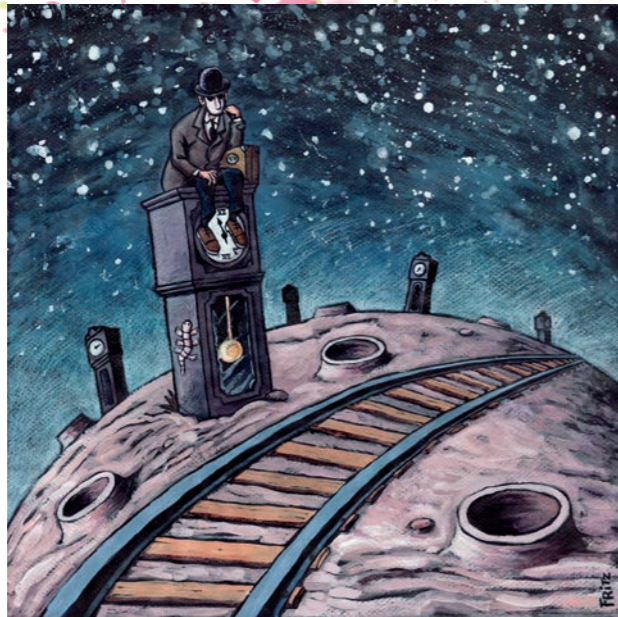
La mirada del Mochuelo era la curiosidad, así como las pecas de la Uca-Uca eran el amor limpio e inocente y el conocimiento “pajarero” del Tiñoso podría ser la encarnación del amor por la naturaleza y los seres más débiles. Quico, el protagonista de *El príncipe destronado*, desde su extrema candidez le hacía preguntas a su madre que ni siquiera los adultos se atrevían a responder. Siempre hubo un hueco en la obra de Delibes para los más pequeños.

Y fue ahí, en *El camino*, donde el tren hizo su aparición. Dice Delibes: “En ocasiones se divisaban dos y tres trenes simultáneamente, cada cual con su negro penacho de humo colgado de la atmósfera, quebrando la hiriente uniformidad vegetal de la pradera. ¡Era gozoso ver surgir las locomotoras de las bocas de los túneles!”

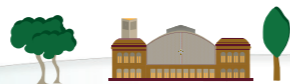
El tren era la ruptura de la monotonía, la esperanza de la novedad, el movimiento frente a la quietud, la vía de comunicación, de apertura, del valle, hacia el exterior. El ferrocarril unía mundos muy diferentes.

Aunar infancia y ferrocarril en un género que tanto gustó a Miguel Delibes como es el del relato corto parece algo que tenía que caer antes o después por su propio peso. Además, contribuye claramente a algunos de los fines en los que la Fundación Miguel Delibes enfoca su actividad escolar como son mejorar la comprensión lectora y la capacidad de redacción y, con ellas, la principal herramienta de aprendizaje de nuestros hoy niños, que serán los ciudadanos del mañana.





Ricardo Olivera.
Esperando.
Técnica mixta.



El tren del tiempo

Mario Oiz Pidre - Colegio Nuestra Señora de Lourdes

Todo empezó aquel día en el que llegué a la estación para ir a Galicia, mi paraíso, a casa de mis abuelos a celebrar la Navidad...

Cuando estaba esperando a mi tren, de pie en el andén, me pareció ver un hombrecillo achaparrado y con barba, diría yo que sólo llevaba un taparrabos... Aquel hombrecillo se subió corriendo al último vagón del tren... me pudo la curiosidad, corrí tras él y me subí al mismo vagón... Al entrar en aquel vagón me di cuenta de que no era un vagón normal, sino que este vagón tenía algo especial...

De repente... ¡me vi sin ropa! Sólo un trozo de piel de zorro, igual que el hombrecillo que vi en el andén. ¡No entendía nada! Era como si... no, no, no era como si... ¡Estaba en la prehistoria! Me escondí tras un arbusto para evitar las flechas de los hombres que iban corriendo tras un mamut para cazarlo. Como me parecía algo peligroso, decidí meterme en una cueva que había al final del vagón y que comunicaba con el siguiente.

Mi taparrabos desapareció y de repente mi cuerpo estaba cubierto con una túnica blanca y tenía una corona de laurel sobre mi cabeza, y a lo lejos vi... ¿el Partenón? ¿Qué había pasado? ¿Estaba en Atenas?.

¡Madre mía!. Había gente corriendo por lo que parecían las calles de una pista de atletismo, en seguida me di cuenta de que... estaba presenciando las primeras olimpiadas en el año 1896... me rasqué la cabeza, se suponía que yo estaba en la Navidad del año 2022 camino a la tierra de mis abuelos para comer con ellos las uvas y empezar el 2023.

No entendía nada pero me encanta el deporte así que dejé de hacerme preguntas y disfruté del espectáculo.

Al terminar las competiciones se entregaron las coronas de laurel a los ganadores y entonces decidí salir de allí. Al cruzar la entrada me di cuenta de que estaba cruzando al vagón siguiente... al mirar hacia los lados vi la estación de Puebla de Sanabria, pequeña, de piedra y entrañable, me di cuenta de que, aunque todo parecía un sueño, iba en la dirección adecuada.

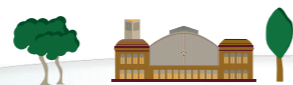
Como iba diciendo, al cruzar al siguiente vagón, llevaba una nueva túnica, ya no era griega, ahora era romana, y de repente me encontraba allí, frente al emperador Julio César y... no me quedó más remedio que decir... "Ave César". Seguía sin entender nada, yo sólo quería ir a pasar la Navidad a casa de mis abuelos...

La verdad es que siempre quise ver en persona una carrera de cuádrigas pero nunca imaginé que sería dentro de un... ¿tren? En aquel momento decidí sentarme y allí estaba yo, sentado en la grada de cemento, muy incómoda por cierto y, presencié una épica carrera de cuádrigas. Al terminar la carrera decidí ir a ver el Vaticano, ya que tenía entendido que quedaba por allí cerca. Pero lógicamente no lo encontré ya que quedaban unos años todavía hasta que se construyera.

Paseando por Roma me encontré con unos legionarios que volvían de la batalla y que, al ver que era un poco raro, corrieron hacia mí para detenerme... yo... quería pasar al siguiente vagón, pero no encontraba la puerta así que me metí en unas Termas Romanas para esconderme y... ¿quién me lo iba a decir a mí? Tras disfrutar la experiencia de darme un baño en una auténtica terma romana, al salir, y sin pretenderlo, encontré la salida para pasar al siguiente vagón.

Poco a poco me di cuenta de que ese tren... no era un tren normal, era el tren del tiempo, ¡de la historia! En cada vagón había un momento diferente de la historia, era un viaje real en la línea del tiempo, ¡menuda suerte! No sólo iba a ver a mis abuelos, sino que estaba viviendo el que seguramente iba a ser el viaje más divertido de mi vida. Estaba muy intrigado pensando quién me esperaba en el siguiente vagón así que crucé y...

En mis pies unas babuchas, pantalón de gala tipo bombacho con una especie de leotardos debajo, camisa abullonada y un sombrero con una gran pluma.



Me agaché, pues veía a lo lejos a quien podría ser un rey... al acercarme escuché el nombre de Colón y en seguida me di cuenta de que estaba en presencia de Isabel y Fernando: ¡Los Reyes Católicos! Colón estaba allí pidiendo una cantidad enorme de maravedíes para su viaje a América. Madre mía, ¡menudo momento histórico que estaba presenciando! En aquel instante pensé... cuando llegue a casa de mis abuelos y les cuente todo esto... seguro que no me creen... La verdad es que no sabía si seguir o quedarme en ese vagón. Por un lado aquello estaba interesante pero me comía la curiosidad de saber qué encontraría en el siguiente vagón así que decidí seguir hacia adelante, además... me pareció leer Orense al mirar por la ventana, debía apresurarme pues mi destino estaba cada vez más cerca.

Crucé la puerta del vagón, pero ahora Cristóbal Colón ya había descubierto América pues me encontraba en el Siglo de Oro, ¡menudo vagón!

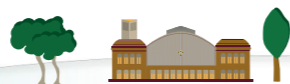
Aparentemente era un vagón normal, pues por fin encontraba un vagón con asientos, algo rústicos, de madera, con terciopelo rojo que mullía los asientos y reposabrazos. Pero aquellos pasajeros... no eran ni como tú que me lees ahora, ni como yo, un niño de 10 años, eran personas como Garcilaso de la Vega y Calderón de la Barca, ambos escribiendo pluma en mano, el primero rimando versos para sus poemas y el segundo comenzando a escribir El alcalde de Zalamea.

Más adelante, vi pintura en el suelo y cerré los ojos deseando verle a él, pues me gusta mucho y, efectivamente, ahí estaba Velázquez pintando Las

Meninas, no pude resistir preguntarle... “disculpe señor Velázquez, ¿qué consejo me daría usted para dibujar y pintar mejor?” Y no, no os voy a contar el consejo que me dio. Me quería quedar a ver como terminaba las Meninas, pero al mirar por la ventana vi el Puente de Rande entonces me di cuenta de que, si quería terminar de ver todo el tren, debía cambiar de vagón. Pase al siguiente vagón y... entonces...

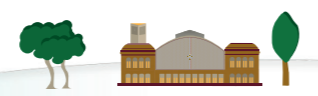
Al abrir la puerta vi a... ¡Napoleón! Madre mía, ya estaba en... ¡la Edad Contemporánea! Me toqué la cabeza y tenía un bicornio, sí, sí amigos, un gorro como el de Napoleón, ¿acaso formaba yo parte del ejército francés? La idea no me gustó mucho así que decidí cruzar corriendo aquel vagón evitando el fuego cruzado. En aquel momento, el tren atravesaba una gran curva y, me di cuenta de que la locomotora era una máquina de vapor, gran invento de ese momento histórico... Cuando yo me subí al tren, era un AVANT, el tren que cojo siempre que voy a casa de mis abuelos... menudo viaje... estaba nervioso, alterado y emocionado, pero también con ganas de llegar a casa para descansar, abrazar a mi abuelo, al que yo llamo Barbas, y sentirme seguro... Y como el tren era más que mágico, mi deseo se hizo realidad.

Al cruzar al siguiente vagón, estaba en ese vagón en el que siempre había viajado... asientos azules, con una banda burdeos y blanca en la parte del reposacabezas. Pero de repente... allí había un señor con sombrero, parecido a un ilustre del Siglo de Oro y pensé... ¡oh no! Pensé que había retrocedido y volvía a estar en uno de esos vagones de la historia pero... ¡no!



El resto de asientos y pasajeros eran normales y por megafonía escuché:

“Próxima estación Pontevedra” miré por la ventana y allí estaban mi abuela y el Barbas... bajé corriendo y me abracé a ellos...



SHERLOCK DOG



Ángela Cuadrado Miguel.
Sherlock dog.
Lápiz.

Sherlock dog

Ángela Cuadrado Miguel - CEIP Gonzalo de Berceo

- ¡Venga despiértate, dormilón o llegareis tarde! - dice Clara.
- Cinco minutos más - se queja Max.
- Vamos hermanito que hay que ir al cole - insiste Zoe. - ¡Guau! ¡guau!

Esta de ahí es mi familia despertándome como cada mañana. Mi madre Clara, mi hermana Zoe y mi perro Rayo. ¡Ah! se me olvidaba, también estoy yo, Max.

- Vale, ya voy, pero salid de mi habitación.
- También es mi habitación, ¿eh, Max? - dice Zoe. - Lo que tú digas. Venga adiós.

Mi hermana coge a rayo y se va. Mientras, me pongo las zapatillas y bajo a desayunar.

- Qué pereza ir hoy al cole.
- No seas exagerado que es el último día y mañana os dan las vacaciones
- dice mi madre - Venga, terminad de desayunar y subios al coche.

Cuando llegamos al cole me estaba esperando Pablo, mi mejor amigo:

- Hola Max, hola Zoe.
- Hola Pablo - dice Zoe.

Entramos a clase, Pablo y Zoe se sientan juntos delante de mí.

Unas horas más tarde:

- ¡Ringggggggggggggg! ¡Por fin de vacaciones! Todos los niños salimos corriendo.

Al llegar a casa nuestra madre nos esperaba en el sofá.

- ¡Tengo una sorpresa para vosotros! - dice emocionada.

Mi hermana y yo nos miramos con cara de asombro. Rayo se sube a mi regazo y entonces mi madre grita emocionada:

- ¡NOS VAMOS DE VACACIONES!

- ¿A dónde? - preguntamos Zoe y yo a la vez. A París.

- ¿Se puedes saber cómo narices has conseguido ese viaje? - pregunta Zoe intrigada.

- En el trabajo han sorteado un viaje entre todos los trabajadores y lo gané yo ¿Os lo podéis creer? Es para cuatro personas...

- ¡Espera nosotros somos tres y rayo no tiene que pagar! Entonces, ¿quién es la cuarta persona? - pregunto intrigado.

- He pensado a vuestro amigo Pablo le podría apetecer venir con nosotros.

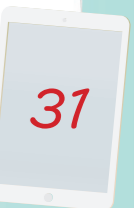
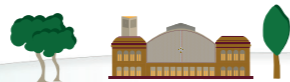
- ¡Bien! - digo emocionado - ¿Cuándo salimos?

- Mañana por la mañana.

- ¿QUÉÉÉÉ? - decimos Zoe y yo a la vez.

Salimos pitando a hacer la maleta.

Un día después:



- Ok, gracias.

Cuando volvemos a nuestros asientos vemos que mi madre se ha dormido. Nos ponemos a hablar bajito sobre lo ocurrido:

- Tenemos que investigar lo que está pasando, si ese hombre es peligroso podría hacerle algo a Rayo - dice Zoe.

- Tienes razón - comenta Pablo - ¿pero qué hacemos?

- De momento no quitarle el ojo de encima a Rayo y no dejarle solo en ningún momento - digo yo.

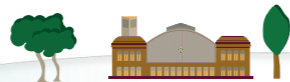
- Propongo que vayamos a dar una vuelta para ver si encontramos a ese hombre extraño - dice Zoe - ¡pero juntos! Yo cogeré a Rayo.

Cuando pasamos por la cafetería nos compramos unas patatas fritas y unas galletas de perro. Aprovechamos para preguntar al camarero si ha visto a un hombre todo de negro con capucha y gafas de sol.

El camarero nos contesta:

- He tenido mucho trabajo pero sí he visto pasar a una persona con gafas oscuras y me ha sorprendido, pero no ha pedido nada...

- ¿Ha visto hacia qué lado del tren ha ido? - pregunta Pablo.



- Hacia el vagón número seis. - Muchas gracias.

Rayo se había puesto a jugar con otro perro. Tiramos de su correa y fuimos al siguiente vagón. Entonces, escuchamos unas voces que venían de la cafetería donde acabábamos de estar. Cuando llegamos allí le preguntamos al camarero qué acababa de ocurrir:

- En cuanto os habéis marchado ha entrado el hombre por el que preguntabais. Se ha apagado la luz y el perrito de aquel señor se ha desmayado. Cuando ha vuelto la luz el tipo ya no estaba.

- ¡Cómo la otra vez! - dice Zoe.

- Tenemos que tenderle una trampa - digo yo - podemos poner de cebo a Rayo.

Zoe y Pablo se miran con cara de no estar muy convencidos, pero luego aceptan. Volvemos a nuestro vagón. Mamá sigue frita. Dejamos a Rayo en el suelo y nos escondemos en los asientos de al lado.

Después de un buen rato se escucha un ruido y se apaga la luz. Oímos pasos que se acercan a donde nos encontramos. Se escucha ladrar a Rayo. Se enciende la luz y ¡no hay rastro de él ni de Rayo! Se oye la puerta del vagón cerrándose y Zoe grita:

- ¡Corred!



Salimos corriendo detrás de él y cuando por fin lo alcanzamos, Zoe lo agarra de la mochila y cae al suelo. Al caerse soltó a Rayo y Pablo lo cogió rápidamente. Una vez que estaba en el suelo le quitamos la capucha y no me lo podía creer:

- ¡El camarero! - decimos los tres a la vez.
- ¿Y ahora qué hacemos? - dice Pablo.
- Avisar al revisor para que llame a la policía - digo yo.
- ¡Voy a buscarle! Quedaros aquí, que no se escape - dice Zoe.

A los pocos minutos, mi hermana viene con el revisor. Ya han avisado a la policía y en la próxima parada le estarán esperando para detenerle.

- Ahora solamente queda saber por qué hacía eso a los perritos - dice Zoe.
- Cuando yo era niño me quitaron a mi perro. Nunca volví a verlo. Ahora lo pago con los demás para que vean lo que se siente cuando le hacen algo a tu perro - dice el camarero entristecido.
- ¿Y qué ganas con eso? ¿Vas a recuperar a tu perro así? ¿Te sientes mejor haciendo daño a otras personas? - le pregunto.

- Tenéis razón, no debería hacer eso pero no puedo evitarlo - el camarero estaba sollozando.

- ¡Umhhh! Creo que sé cómo podemos solucionar esto... - dice mi hermana.

En la siguiente parada entra la policía y se lleva al camarero detenido.

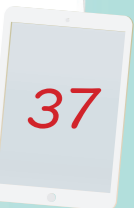
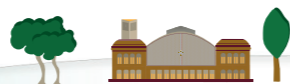
Al poco rato llegamos a París, se despierta mi madre y suelta:

- Qué viaje más tranquilito hemos tenido ¿verdad?
- Ja, ja- no podemos parar de reírnos.
- ¡Guau! ¡Guau! - dice Rayo y empieza a lamerle la cara a Clara.

Pasamos unas vacaciones fantásticas en París. Visitamos la torre Eiffel y el museo del Louvre. El viaje de vuelta fue muy tranquilo, pero aún nos quedaba algo por hacer....

Cuando llegamos a España, el padre de Pablo que es policía, nos ayudó a localizar al camarero. Fuimos a una protectora, elegimos un perrito y lo llevamos a casa del camarero:

- Pero... ¿qué hacéis aquí? Ya os pedí perdón- dijo extrañado.



- Nos sentíamos mal por lo que te pasó de pequeño así que ¡te presentamos a Rufus, tu nuevo perro! Si lo quieres claro... - dice Zoe.

El camarero coge a Rufus y lo abraza, éste le pega un lametón.

- Muchísimas gracias, chicos, no teníais por qué después de cómo me comporté con vosotros. Sois estupendos.

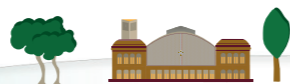
- Disfruta, nos encantan los finales felices- le digo.

- Podemos quedar algún día en el parque para que jueguen juntos Rayo y Rufus - dice el camarero.

- ¡Pues claro, nosotros encantados! - dice Zoe.

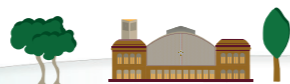
Y así es como al final nos hicimos grandes amigos del camarero.

Por cierto, se llama José.





Daniel Gil.
Estación de Segovia.
Acuarela.

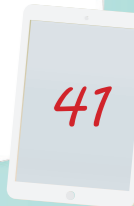


El misterio de las seis paradas

Carlos Alcalde García - Colegio Nuestra Señora de Lourdes

Hoy era el último día de clase de Carlos y sus amigos, como cada año al final de curso hacían una excursión y este año habían ido al Campo Grande. Al tener su rato de tiempo libre, Carlos, Joaquín, Pablo Bernardo, Villa y Pablo Boillos descubrieron una gruta oculta tras los árboles, de cerca del lago donde viven los patos. Los amigos de Carlos le retaron a subir a un árbol y entrar en la gruta. Cuando él llegó, encontró un cofre y en su interior estaba un sobre con billetes de tren y un mapa. Todos estaban asombrados y al leer la nota que había allí, descubrieron que una familia millonaria había vivido en Valladolid en una misión secreta y había dejado toda su fortuna en una casa oculta en alguna provincia de las nueve que componen Castilla y León. Como les gustaba mucho viajar en tren, dejaron varios billetes de tren para ir a distintas estaciones de las provincias de Castilla y León con pistas para encontrar su fortuna oculta.

Los niños estaban asustados y decidieron tramar un plan: harían un viaje cogiendo diferentes trenes tal y como ponía en los billetes. El primer tren sería de Valladolid a Palencia y allí tratarían de ir encontrando pistas para que les llevara hasta la fortuna. Ya en el tren de Valladolid, camino de



Palencia todos iban contentos y cuando pasó el revisor le preguntaron si él conocía a la familia Rich. ¡Claro que sí! les dijo, les encantaba viajar en tren y sobre todo en el vagón número cuatro y les indicó cuales eran sus asientos. En ese momento empezaron a investigar los asientos y Joaquín se tropezó y cayó debajo de los asientos de los Richs y estaba escrita la siguiente pista con bolígrafo

“SALÓN DE PALENCIA”.

Cuando llegaron a Palencia se bajaron del tren y se dirigieron rápidamente hacia el “Salón”, y al llegar allí encontraron una estatua en un banco del Sr. Rich con una cartera con la inscripción

“ACUEDUCTO DE SEGOVIA”.

Lo más rápido que pudieron se fueron de nuevo a la estación de trenes para coger el tren más rápido a Segovia y al llegar a su acueducto en uno de sus arcos, Carlos vio inscrita las palabras

“MI MUSICA EN SALAMANCA”.

Los niños pensaron mucho que podían significar esas palabras y que les quería decir esa pista... y decidieron por unanimidad, ir al conservatorio de la ciudad de Salamanca.

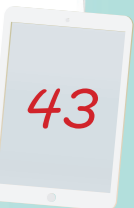
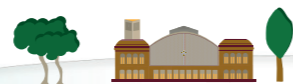
Regresaron de nuevo a la estación de trenes de Segovia y cogieron un tren que les llevara destino Salamanca. En el tren se quedaron dormidos los 5 del agotamiento que tenían...

Al llegar al conservatorio y entrar a hacer una visita, preguntaron al anciano y afable conserje si conocía a la familia Rich, y les explico que a toda la familia les gustaba tocar mucho la guitarra pero sobre todo a Alvar Rich, el padre. Les enseñó cuál era su guitarra y entonces vieron una cosa dentro de la guitarra. Pablo Bernardo, Joaquín, Villa y Carlos, distrajeron al resto del personal del conservatorio mientras que Pablo Boillos, pudiera sacar la nota de la guitarra y allí vieron que ponía

“MI TIERRA ADORADA BURGOS, ROSA MANZANO”.

La pandilla al completo buscó en sus móviles este nombre y descubrieron que la estación de trenes de la ciudad de Burgos se llamaba así. Decidieron coger de nuevo otro tren camino a Burgos, pero cuando estaban esperando al tren en el reloj de la estación observaron la palabra “RICH” seguida de la palabra “AVILA”, las cuales eran visibles sólo cuando daba el sol. Al descubrir esta nueva pista decidieron viajar directamente en tren a Ávila y sacaron así cinco billetes. Cuando dieron los billetes al revisor en el billete de Carlos, estaba escrito a mano la siguiente pista:

“TOROS DE GUI SANDO, FIN”.



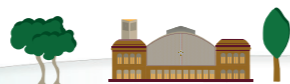
Los niños estaban súper cansados, llevaban más de tres días sin parar de coger trenes. Comieron unos bocadillos en la cafetería del tren y llegaron a su destino ...¡Ávila!. Fueron andando hasta los "Toros de Guisando", al llegar no vieron nada que les llamara la atención, no había pistas nuevas...

Estaban abatidos y se sentaron debajo de un árbol a descansar. Vieron un conejo saliendo de una gran madriguera y al comenzar a llover corrieron hacia ella y después de entrar reptando llegaron hasta una gran cueva. Villa se apoyó en la pared para atarse el cordón de su playera y la pared se giró y había una estancia llena de oro, plata y piedras preciosas con una nota que decía

"EL QUE ENCUENTRE TODA ESTA RIQUEZA QUE HAGA EL BIEN CON ELLA SINO CAERA SOBRE EL UNA MALDICIÓN".

Carlos y sus amigos estaban perplejos y tras debatir mucho decidieron, repartirse la fortuna entre los cinco para ayudar a sus familias y el resto de fortuna, que aún era mucha, la donaron a ONGS y orfanatos de niños desfavorecidos. Así la fortuna de los Rich gracias a los billetes de tren encontrados fue un gran regalo para mejorar la vida de muchas personas...

En ese momento el despertador de Carlos sonó, tenía que levantarse para ir al cole, ¿Habría sido todo un sueño? ¿O podría ser un sueño que se haría realidad? Esa buena obra estaba en manos de Carlos.





Javier Zorrilla.
Pasajeros al tren.
Acuarela.

Viaje a París

Pablo Arnáez Martín - Colegio Rosa Chacel

En enero de 1978, cuando me disponía a realizar mi viaje mensual a París por motivos de trabajo, coincidí con un señor al que no había visto nunca en ese tren, con una ropa extraña y un maletín de color amarillo desgastado por el paso del tiempo.

Mi billete de tren coincidía con el asiento del nuevo pasajero, así que nos sentamos juntos, al lado de la ventana en dirección contraria a la marcha del tren. Hay mucha gente que se marea, pero el tipo parecía un viajero tan experimentado como yo.

Le dí los buenos días, y respondió de manera muy seca con una voz muy grave. Pronto entendí que aquel tipo no tenía muchas ganas de conversación. Le dije que me llamaba Pablo y el me respondió que se llamaba Rodrigo. Me di cuenta de que su acento no era de Valladolid, más bien parecía del sur. Por seguir con la conversación, le pregunté de dónde era. Le noté desconfiado, le costó responderme, pero al final lo hizo en voz baja, de Cádiz respondió. Acercándose a mí, me preguntó que de dónde era yo. De

Montemayor de Pililla, le respondí un pueblo de la provincia de Valladolid, pequeño pero muy bonito, le dije.

Cuando le comenté que era de pueblo, la cara le cambió. Ya parecía que tenía más ganas de hablar conmigo.

- Los de pueblo sois buena gente, en general. ¿Puedo confiar en tí? -, me preguntó.

- Sí, claro - le respondí.

Me contó que estaba en una misión secreta. Viajaba a París en ese tren, para poder suministrar a todos los niños de la ciudad una vacuna, que lograría impedir que perdieran su infancia y volvieran a tener ganas de jugar. Me contó, que París estaba dominada por un malvado llamado Robespierre, Robespierre de la Montaña, que había conseguido hipnotizar a todos los niños de la ciudad para que trabajasen en sus siniestras fábricas de armas, en vez de salir a jugar a los parques de la ciudad.

Me dijo que Robespierre, sabía que tenía la vacuna preparada y había mandado a sus hombres más malvados en su búsqueda, para eliminarle a él y a su vacuna. Si entraban en el tren y le identificaban le matarían y destruirían la vacuna.

El viaje casi no había comenzado y ya se había convertido en el viaje más interesante y peligroso de toda mi vida.

Me quede paralizado, no sabía que decirle, pero justo cuando el revisor del tren nos pidió que le enseñamos nuestros billetes, se me ocurrió una idea.

Le pregunté: - ¿a ti te conocen físicamente? -

- No -, me respondió.

- Pues tengo una gran idea -, le comenté.

- Te pasaras por un amigo mío del pueblo. Desde ahora te llamas

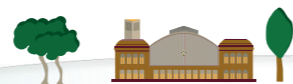
Samuel, pero te llamaremos Samu. Te voy a contar todas las cosas que hay en mi pueblo:

El colegio se llama Rosa Chacel, y hay 27 niños.

Tenemos Ayuntamiento y médico.

Parques y jardines.

La Hontana, que no se te olvide. En ella celebramos el Milanito.



En las pistas deportivas jugamos al fútbol sala, al frontón, al Pádel y al baloncesto.

Nuestra patrona es la Magdalena, el 22 de julio, y lo celebramos con procesiones, juegos y baile.

Tenemos una gran Plaza Mayor donde está lo más importante para los niños, el quiosco. También para los mayores con los bares del americano, y el mesón de la Martina donde todo está muy rico, pero lo que más nos gusta son los calamares. Un poco más lejos, pero al lado de la Plaza está el bar la Torre, donde el amigo Oscar, su propietario, siempre está contento, y el Chanón donde vemos todos los partidos del Pucela.

Nuestra plaza de toros es de palos, y celebramos las fiestas del 13 al 18 de septiembre. Nosotros somos de la Peña Los Corredores, y somos por orden de mayor edad a menor Beltrán, Lucas, Alberto, tú, vamos Samuel, Pablo, Javier, Leo, Kike, Dani y Antonio. Nuestra sudadera es de color rojo y las hemos hecho nuevas este año.

Tu casa, Samuel, es de piedra como la mayoría de las del pueblo, que no se te olvide, y tu hermana se llama Candela.

Somos 834 habitantes.

Tenemos piscinas, solo en verano. No son cubiertas.

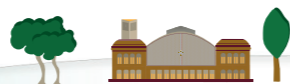
Le conté todo sobre mi pueblo y se tomó nota de todo. Era listo y yo deseaba que se acordase de todo.

Me preguntó que cómo íbamos hacer para disimular su acento andaluz, y con sólo mirarnos lo tuvimos claro, sin apenas hablarlo. Sus padres habían venido a trabajar a un taller del pueblo, donde el Maño en Jinca, y por esto tenía todavía algo de acento.

El tren tenía muchos vagones, y nosotros viajábamos en el 5. Justo antes de ir a comer el tren se detuvo en la ciudad de Barcelona, donde vimos bajar del tren a muchos pasajeros y subir a otros nuevos que ya llevaban destino a París.

El restaurante del tren estaba bastante bien, yo me pedí una hamburguesa para merendar de doble carne con queso y beicon, y de beber una Pepsi, mi amigo Samu una pizza de cuatro quesos y un batido de chocolate. Esto es solo para empezar, le dije, mi amigo Samu esto se lo come en un pis pas. Él se rió mucho y me dijo, yo con esto ya casi cenó jajaja.

De repente entraron dos señores en el bar, con abrigos negros hasta los tobillos, gorros, sombreros zapatos..., todo de color negro menos una placa reluciente de policía que tenían colgada en la solapa del traje, que se veía fácilmente.



Samu, se volvió rápido hacia mí y me dijo en voz baja, estos son los matones que trabajan para Robespierre. Los conocía porque los había visto en fotos en la comisaría que estaba al lado de su laboratorio, donde había desarrollado la vacuna.

Tenemos que actuar con normalidad, le dije. No podemos decir a nadie que no son policías, no nos creerán por las placas que llevan.

Comimos tranquilamente y nos volvimos a nuestros asientos del vagón cinco.

Cuando llevamos un buen rato sentados, los dos falsos policías entraron en nuestro vagón, sabíamos que era cuestión de tiempo que lo hicieran. Empezaron a preguntar uno por uno a todos los viajeros, hasta que nos tocó a nosotros.

- Somos policías y estamos buscando a un fugitivo que se hace pasar por médico y en realidad es un prisionero fugado de la cárcel, es muy peligroso.

- ¿De dónde sois? -, nos preguntaron.

- De un pueblecito de la provincia de Valladolid.

- ¿Cómo se llama? -, nos volvieron a preguntar.

- Montemayor de Pililla -, les respondí.

- ¿Y tú no tienes boca? - Le preguntaron a Samuel.

- Sí claro -, les respondió tratando de evitar el acento andaluz que tenía.

- ¿También eres de Montemayor con ese acento?

-Sí, de Montemayor de Pililla, si no les importa. - Les contó la historia que habíamos acordado. Sus padres eran de Sevilla, pero vinieron a trabajar al taller de Jinca, con Sergio el dueño, ya que su padre es un gran soldador y Sergio le realió una oferta de trabajo que no pudo rechazar y se vino a trabajar a este pueblo.

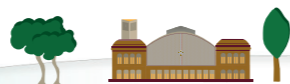
Pusieron cara de desconfiados, y le siguieron realizando preguntas. Pero primero sacaron una Tablet y buscaron el Google todo sobre mi pueblo. Le preguntaron por las fiestas, la patona, sus calles, el Quiosco, los bares, el milanito... Samu respondió a todo, y a todo bien. ¡¡¡Increíble!!!

Nuestro plan había funcionado, se marcharon, pero fueron preguntando uno a uno a todos los pasajeros en dirección de otro vagón.

Samu me dijo que ahora no nos podíamos cambiar de vagón.

- ¿Por qué? - Le pregunté.

- No podemos llamar la atención.



Nos faltaba poco para llegar a París, el tren viaja muy rápido y es muy cómodo. Nos pusieron una peli de acción, donde unos malos secuestraban a una chica y el héroe de la peli la salvaba.

Samu me hizo una seña para que me acercase a él y en voz muy baja me dijo: - Creo que ya sé cómo vamos a esparcir la vacuna para que llegue a todos los niños. -

- A ver, cuéntamelo - le dije.

- Llegamos a París hoy, y es 5 de enero.

- ¿Y? - le pregunte.

- Es la cabalgata de los Reyes Magos, todos los niños, padres y mayores estarán en la calle.

- Si, ¿y?

-Tengo un primo sevillano, Juanito, que tiene avionetas y tú me has contado que sabes pilotar, ¿no? - - Siii -, afirmé, - te lo he contado ya.

- Vale, pues tú pilotarás y yo esparciré la vacuna por el aire y todos quedarán inmunizados contra el hechizo de Robespierre. Pablo, necesito tu ayuda, el mundo necesita tu ayuda.

- Vale, es arriesgado, la cabalgata es casi de noche y volar de noche en avioneta es peligroso, pero lo haremos.

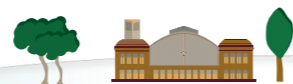
En las pantallas del tren, anunciaron que quedaban dos minutos para llegar a la estación de París. Nos colocamos en el pasillo para salir, sin que pareciera que teníamos prisa para no llamar la atención. Había más policías falsos en el tren de los que habíamos visto en un principio. Un movimiento en falso y podíamos ser secuestrados por aquellos impostores.

El tren paró muy suavemente y nos bajamos en fila, despacio. Cogimos un taxi y Samu le indicó la dirección del aeropuerto donde Juanito tenía sus avionetas. A lo largo del camino llamamos por teléfono a Juanito y quedamos con él.

Había poco tiempo, la hora se acercaba. Juanito nos llenó una avioneta de combustible, y nos esperó con ella arrancada. Casi no hubo tiempo de saludarle, me subía a ella, era idéntica a la mía y por suerte no me tuvo que explicar nada.

Justo cuando comenzamos a coger carrerilla para despegar, un coche entro en la pista de despegue, era Robespierre, nos había encontrado y quería impedir el despegue. Puse la máquina a toda velocidad, huyendo de los disparos que salían del coche y que casi casi nos rozaron la avioneta y conseguí despegar.

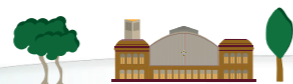
- ¡¡¡Bien hecho Pablo!!! -, gritó Samu.



Nos dirigimos al recorrido de la cabalgata y esparcimos la vacuna que dio al traste con los malvados planes de Robespierre.

¡¡¡Lo habíamos logrado!!!

Esa misma tarde, Robespierre fue detenido y sus fábricas cerradas. Los niños volvieron a jugar y a ser felices, aunque los profes les pusieran deberes, pero esa es otra historia para la que necesitaremos otra vacuna.





Pablo Benito Sánchez.
Estación Nord, Valencia.
Impresión digital.

'El Express'

Adriana Díez Moyano - Colegio Ave María 'Vedruna'

Un día de verano a las 17:00h de la tarde en la estación de trenes Campo Grande de Valladolid se iba a inaugurar un nuevo tren, que se llamaba 'EL EXPRESS'. El tren iba desde Valladolid hasta Valencia. Sin embargo, había un problema. Algunas piezas del tren estaban nerviosas porque no sabían cómo hacer su trabajo. La locomotora era la que más nerviosa estaba porque era la que tenía que ir delante de los vagones, pero el maquinista que tenía mucha experiencia en conducir trenes la tranquilizó diciéndole que, aunque las locomotoras habían evolucionado mucho él se había preparado para poder llevarla hasta Valencia. Y los vagones estaban preocupados porque creían que iban a fracasar en su misión, que era llevar a 100 personas cómodas hasta Valencia, pero el interventor les dijo que ya había visto varios casos como estos varias veces, y que al final se llenarían los vagones y el viaje a Valencia sería un éxito.

Este tren que se iba a inaugurar es muy distinto al primer tren que se fabricó en Inglaterra hace casi 200 años y que para funcionar usaba caballos. El primer intento de tren fue en 1804 pero los raíles no soportaron el peso de la máquina. En 1814 se fabricó una locomotora que funcionaba con la

tecnología de la máquina de vapor para moverse. Los trenes de ahora, como 'El Express' funcionan con una corriente mediante un sistema eléctrico. Y el motor de ahora también es diferente porque en vez de echar carbón funciona a través de los botones que hay en la cabina y arrancará.

Habían pasado 30 minutos y los vagones estaban completos, no quedaba ni un sitio y las personas estaban satisfechas y sonrientes porque los asientos de ahora son más cómodos que los de antes. Con todos los pasajeros ya sentados, el jefe de estación dio salida al tren dirección Madrid.

Después de una hora aproximadamente cuando el tren se acercaba a la estación de trenes de Madrid, el maquinista notó que el tren se estaba frenando y aprovechando esa parada llamo al mecánico encargado del mantenimiento de los trenes. El mecánico llegó rápidamente y después de estar un rato revisando el motor y las ruedas se dio cuenta de que la culpa la tenía una rueda de uno de los vagones que estaba frenada. Lo arreglo y el jefe de estación volvió a dar la salida del tren con destino a Valencia.

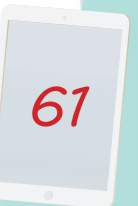
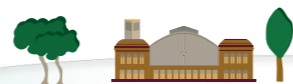
Mientras tanto el interventor continuó pidiendo los billetes a los pasajeros y asegurándose de que estuvieran bien sentados cada uno en su asiento correspondiente.

Las piezas del tren que estaban preocupadas al principio, se empezaban a tranquilizar porque si había un problema, el maquinista, el interventor o el mecánico las ayudarían.

El viaje a Valencia se estaba desarrollando de forma muy tranquila y los pasajeros preguntaron al interventor que a que velocidad iba el tren. El interventor les dijo que 'El Express' iba aproximadamente a 310 km por hora. También les estuvo explicando que el tren más rápido del mundo podía alcanzar hasta una velocidad de hasta 581 kilómetros por hora. A los pasajeros les gustó tanto que el interventor les contase curiosidades sobre los trenes, que le siguieron haciendo más preguntas. Una de las preguntas fue cual era el viaje de tren más largo del mundo. El interventor no estaba del todo seguro y se fue a preguntar al maquinista. El maquinista le contestó que el viaje en tren más largo del mundo es el que une Lagos (Portugal) con Singapur, el viaje dura 21 días y son 18.755 kilómetros.

Los pasajeros se lo estaban pasando fenomenal pues estaban aprendiendo muchas cosas sobre los trenes y el viaje se les estaba haciendo muy corto. Siguieron haciendo preguntas y de esta forma también aprendieron que el tren que llevó la carga más pesada transportó 100.000 toneladas y tenía más de siete kilómetros de largo o que el tren que atraviesa el desierto entre las ciudades de Nuadibú y Zourat, en Mauritania, es el más largo del mundo y arrastra una cadena de vagones de casi tres kilómetros de largo.

Un pasajero estuvo mirando en su teléfono móvil y leyó que en una estación abandonada de Nueva York decían que había fantasmas. Se lo comentó al interventor y este se lo dijo al resto de pasajeros. Todos se echaron a reír porque pensaron que sería mentira.

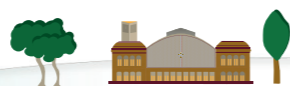


El viaje estaba finalizando y todos estaban muy contentos. La locomotora y los vagones estaban felices porque su primer viaje estaba siendo un éxito y el maquinista y el interventor estaban muy contentos de que lo hayan logrado.

Una vez que llegaron a la estación en Valencia, los pasajeros cogieron las maletas y se fueron bajando. Se despidieron del maquinista y del interventor, dándoles las gracias por un viaje lleno de curiosidades. Seguro que no olvidarán todo lo aprendido.

A partir de ese momento, las piezas del tren ya sabían cómo hacer su trabajo y además tenían la ayuda de las personas que trabajan en los trenes para solucionar los problemas.

'El Express' hizo muchos más viajes llevando a las personas a sus destinos y haciendo muy feliz a la gente.





Rebeca Luciani.
Mi tren.
Impresión digital.

El misterio del tren Burra

Beltrán Felipe Álvarez - Colegio Rafaela María

¡Corre, corre llegamos tarde! - gritaba Hugo a su amigo Telmo.

El tren iba a salir de la estación de San Bartolomé, en el Barrio de La Victoria. Era el famoso Tren Burra llamado así por lo lento que era.

Los dos amigos corrían por el Puente Mayor. No querían perderse la excursión del cole.

Llegaron los últimos y les tocaron los peores asientos, al lado del baño.

- ¡Qué horror, Telmo! ¡Por tu culpa vamos a ir todo el camino oliendo la peste que salga del baño! - exclamó Hugo al sentarse en su sitio.

- Bueno, Hugo, no creo que sea para tanto - le contestó Telmo.

El tren arrancó y los dos amigos se relajaron, se quitaron los abrigos y dejaron las mochilas sobre sus piernas.

A la altura de Zaratán, Hugo notó cómo su mochila se movía sola. Pensó que eran alucinaciones suyas, que seguía estando nervioso después de la carrera que se había dado para no perder el tren.

Pero, de repente, la mochila se movió de nuevo y una cabecita peluda asomó por la cremallera.

Era Pistachito, la mascota de Hugo, un hámster gordinflón y con unos redondos ojos verdes.

- ¿Qué haces aquí, Pistachito? No puedo llevarte a la excursión, si me pilla el profe me va a castigar - dijo Hugo muy asustado.

Pistachito le miró con carita de bueno y Hugo no pudo enfadarse con él.

- Métete en la mochila y no salgas, por favor - susurró Hugo.

Pistachito obedeció sin protestar.

El viaje estaba siendo muy tranquilo hasta que, de pronto, al llegar a Villanubla, se oyeron los gritos de una señora:

¡Me han robado el bocado! He mirado un momento por la ventanilla y, al girarme, el bocado ya no estaba.

Hugo comprobó si su bocado seguía en la mochila y se dio cuenta de que Pistachito se había escapado.

- ¡Telmo, tenemos un problema! Si el profe descubre que he traído a mi hámster y se lo cuenta a mi madre, voy a estar castigado por el resto de mi vida - dijo Hugo con mucho nerviosismo.

- No te preocupes, Hugo, yo no voy a contárselo a nadie - le contestó su amigo.

Cuando llegaron a la parada de La Mudarra, volvieron a escuchar gritos y risas.

Todos sus compañeros saltaban sobre sus asientos mientras el profesor perseguía por el vagón una peluca que corría por el pasillo.

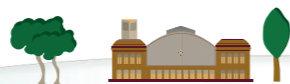
Los niños se miraban unos a otros mientras señalaban la cabeza del profesor.

No se lo podían creer... ¡la cabeza le brillaba como una bola de billar!

- ¡Es calvo, es calvo! - gritaban todos sin parar.

La peluca desapareció entre los asientos.

Poco antes de Medina de Rioseco, todos estaban tan agotados que se quedaron dormidos pero unos raros sonidos, que salían de la mochila, despertaron



a Telmo y Hugo. Se miraron sorprendidos y al abrirla cuidadosamente, se encontraron a Pistachito saboreando un bocata, tapado con una mantita que resultó ser la peluca del profesor.

Los dos amigos no sabían si reír o llorar. Tenían que pensar en un plan para que nadie les descubriera.

- Hugo, se me está ocurriendo una idea - dijo Telmo. - ¿En qué estás pensando? - contestó Hugo.

Telmo cogió la mochila de su amigo y, sin decir nada, se metió en el baño.

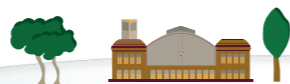
- ¡Todo solucionado! Sin pruebas no hay delito - exclamó Telmo al volver a su asiento.

Hugo abrió la mochila y vio que la peluca había desaparecido.

- ¿Ves cómo no ha sido tan mala idea sentarnos al lado del baño?

Al llegar a su destino, los dos compañeros se bajaron del tren y no paraban de reírse mientras el revisor no se explicaba cómo el vagón comenzaba a inundarse de agua.

Así comenzó la leyenda de los misterios del Tren Burra, donde desaparecía la comida, los objetos andaban solos y el agua viajaba por los vagones.





Estación de Valladolid.
Adif.
Impresión digital.

Aventura en el tren

Carla Gómez Arribas - Colegio Rafaela María

Os voy a contar una aventura que me ocurrió el año pasado en el tren cuando iba a visitar a unos amigos que viven en Madrid.

En el tren íbamos mis amigas: María, Alba, Elena, Ana, Mara, mi hermano (que tiene la misma edad que yo) y yo.

En la estación de tren de Valladolid mientras esperábamos al tren vimos cómo un señor se guardaba un diamante en el bolsillo de la sudadera. Así que llamamos a nuestros padres por teléfono para preguntarles qué teníamos que hacer. Nos dijeron que avisáramos a algún adulto que estuviese por allí. Vimos a una persona que yo creo que tendría unos 20-25 años, pero nos miró con una cara que daba miedo, así que decidimos avisar a otra persona. Después de estar 3 minutos buscando a alguien que no nos diese miedo, vimos a una chica muy maja de unos 30 años, le dijimos: "Acabamos de ver a un señor meterse un diamante en el bolsillo de la sudadera". Y ella nos respondió: '¿Qué señor es?'.

Todos a la vez dijimos: 'Él'. - señalando al chico.

Ella nos dijo: '¿Qué tiene de malo?'.

Nos quedamos pensando durante 27 segundos, y dijo Mara: 'Pues no sé'.

Ella nos dijo: 'Venga, chicos, subíos al tren y olvidaos de todo lo ocurrido'.
Le hicimos caso y nos subimos.

Ella también iba a Madrid y su asiento estaba detrás de los nuestros.

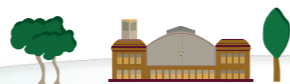
El viaje duraba una hora. Los 49 primeros minutos se hicieron muy cortos porque íbamos jugando a las cartas. Pero los últimos once minutos se hicieron eternos. El tren tuvo que desviarse porque avisaron al conductor y le dijeron que había un ladrón en el tren. Entraron ni más ni menos que ocho policías y revisaron todo el tren al completo hasta llegar al último vagón en el que se encontraba el señor que se metió el diamante en el bolsillo. Le cogieron y le sacaron del tren, en ese momento estábamos todos sorprendidos por lo ocurrido.

Después de unos minutos analizando lo ocurrido cada uno en su cabeza, miramos a la chica que nos dijo que no pasaba nada y la dijimos todos a la vez: '¡Te lo dijimos!'.

Ella nos dijo: 'Lo que no sabéis es que soy un agente secreto y llevo muchos días siguiéndole. Pero hice como que me daba igual para no asustaros y que no se armase revuelo. Gracias a vosotros le he atrapado'.

Ella llamó a sus compañeros y les dijo: 'Estos niños de 11 años me dijeron que se había metido un diamante en el bolsillo y si no hubiese sido por ellos el ladrón ahora mismo estaría suelto'.

Cuando llegamos a casa de nuestra amiga Brianda le contamos a ella y a toda su familia lo ocurrido. Lo primero que nos dijeron fue: 'Llamad a vuestros padres y decidles que ya habéis llegado y les contáis la aventura del tren'.





Manuel Gómez Arce.
La escapada.
Acrílico.

Por encima del miedo

Manuela García Pérez - Colegio Compañía de María "La Enseñanza"

Era un amanecer de otoño del año 1973, me levanté muy temprano, sobre las 06:00 de la mañana. La noche anterior preparé mi equipaje de mano que era lo único que iba a llevarme.

Estaba muy emocionada, tenía pensado visitar el barrio de mis abuelos, mis tíos y prácticamente toda mi familia. Casi nunca tenía tiempo para ir, ya que debido a mi nuevo empleo estoy bastante ocupada.

Aunque comí tarde, (riquísimo, por cierto, gracias a la receta del delicioso cordero moruno que me enseñó mi padre, a base de aderezarlo con diversas hierbas aromáticas y multitud de especias) pude llegar puntual a la estación. Mientras estaba esperando la llegada del tren, con mi maleta de cuero marrón en el andén nº 4, por megafonía anunciaron el retraso del que me iba a llevar a Madrid, no explicaron el motivo del mismo. Ya que iba a aguantar un largo tiempo de espera, me senté en un viejo banco al lado de las vías. Después de una bonita charla con una chiquilla que se había sentado junto a mí, vi cómo se acercaba lentamente el tren a lo lejos. La muchacha se despidió de mí al comprobar que aquel frenaba y de él salían dos ancianos

que parecían ser sus abuelos, les abrazó con amor y muchísima alegría mientras dos lagrimillas delicadas como el cristal caían de cada uno de sus ojos disparadas como flechas al unísono. Por un momento sentí empatía al pensar que dentro de unas horas me iba a pasar algo parecido.

Ya tenía mi asiento asignado, mi maleta colocada y mi abrigo de piel apoyado sobre mis piernas. El trayecto se me estaba haciendo poco entretenido, así que me dispuse a leer un libro, lo saqué de mi bolso de punto que años antes me había tejido, me acuerdo perfectamente del título y autor de dicho libro: *El camino*, de Miguel Delibes. Aunque me estaba encantando, de repente caí en un sueño profundo. Poco después tocó la puerta de mi compartimento una bella azafata con una larga y rizada melena color azabache, ojos color miel, llenos de alegría, que hacían resaltar sus hoyuelos, me avisó de que el tren había tenido una pequeña avería y tenían que interrumpir el viaje. Acto seguido cerró la puerta a cal y canto y se marchó.

Me sentía atrapada y me empecé a angustiar, grité tan fuerte como el sonido de un estruendoso trueno en medio de una inmensa tormenta.

La noche iba cubriendo el cielo de un negro muy profundo. Desde mi vagón se escuchaban los alaridos de la gente, los crujidos del suelo de madera de roble antiguo, las carreras que parecían de toros con furia, empecé a sentir tanto terror, que entré en pánico, necesitaba salir de allí cuanto antes. Estaba a oscuras, solo podía vislumbrar un pequeño reflejo de la luz tenue de la luna, eso es lo que me ayudó a escapar, me fijé en la ventana, estaba entreabierta,

solo cabía por ahí una persona joven y ágil como el viento, que aquella noche soplaba con una fuerza impactante, por suerte para mí, yo era muy delgada y pequeña, según mis cálculos cabía perfectamente por aquella rendija, cogí carrerilla desde la puerta cerrada, no me lo pensé dos veces, respiré profundamente y con toda mi esperanza y valentía salté hacia el cristal.

De repente el tren dio un frenazo descomunal e inesperado.

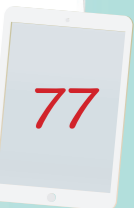
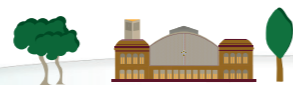
Era mi fin. Mientras yo estaba en el aire flotando sin rumbo el tren pasaba por un puente que caía al vacío. Cuando me faltaban unos segundos para fallecer grité: 'No quiero morir tan joven!', cerré los ojos y estiré mis brazos y piernas pensando que eso disminuiría el impacto contra algo. No sabía que iba a ser aquello que me provocase la muerte.

De repente noté que alguien me tocaba el hombro y...

"¿Señorita, me puede enseñar su billete?" Era el revisor.

"Claro." respondí.

Jamás me alegró tanto que me despertasen.





Manuel Gómez Arce.
Campos de La Mancha.
Acrílico.

Un ave con mucha clase

Adrián González - Colegio Sagrado Corazón - Corazonistas

El último fin de semana de noviembre, mi madre y yo decidimos hacer un viaje en tren hasta Barcelona. Mi padre se había ido a trabajar allí y hacía dos semanas que no le veíamos. Por eso hicimos la maleta y nos fuimos hasta la estación de trenes sin pensarlo mucho. No sabíamos los horarios de los trenes a Barcelona pero tuvimos mucha suerte: el primer tren salía en cuarenta y cinco minutos y había billetes disponibles.

Mientras esperábamos el tren, nos sentamos en un banco y jugamos a un juego que nos gustaba mucho: a decir diez palabras que empiecen por las distintas letras del abecedario.

Cuando por fin llegó nuestro tren, nos emocionamos mucho porque empezaba nuestra aventura: ¡Estaríamos viajando en tren casi seis horas!, ¡y eso que nuestro tren era un AVE! Si llega a ser un tren normal hubiesen sido muchas más horas.

Cuando el tren paró, subimos a un vagón que no era el nuestro. Nos pusimos muy nerviosos porque no encontrábamos nuestro vagón y el revisor del tren nos ayudó a encontrarlo. Cuando colocamos nuestras maletas, nos sentamos en nuestros asientos.

El vagón era largo y estrecho. A la derecha del vagón, la fila era de tres asientos y a la izquierda era de dos. Nuestros asientos estaban a la izquierda.

El vagón estaba casi vacío, en él viajábamos mi madre y yo; cinco filas más adelante se sentaron unos abuelos y detrás de nosotros se sentó un chico que no paró de mirar el móvil durante todo el viaje. En las dos últimas filas del vagón, viajaron un grupo de amigos que hablaban muy alto.

Cuando el tren arrancó miramos por la ventanilla. El cielo estaba gris y solo se veían edificios altos. A los diez minutos de salir del paisaje cambió, dejamos de ver la ciudad y empezamos a ver el campo. Veíamos una vasta extensión de campos de color marrón y a lo lejos había un tractor sembrando las tierras.

De repente oímos el sonido que hace una lata de refresco al abrirse. Eran los amigos que viajaban al fondo del vagón. Abrieron más latas de Coca Cola y desarrollaron unos bocadillos. ¡Mmmm, qué bien olía! Miré el reloj y ya llevábamos tres horas de viaje. Le dije a mi madre que tenía mucha hambre y que me diera un bocadillo. Con las prisas, nos olvidamos la merienda y la cena en casa. Entonces, fuimos al vagón restaurante para comprar algo de comida.

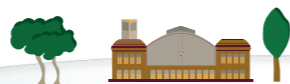
El vagón restaurante estaba muy alejado de nuestro vagón. Cruzamos cinco vagones para llegar. Dos vagones eran como el nuestro y los otros tres eran distintos. Tenían mesas y filas de asientos alrededor de las mesas. Mi madre me explicó que estos vagones se usaban por personas que llevan portátiles y trabajan con ellos durante el viaje. Como era fin de semana estaban vacíos. Solo vimos a un señor que iba viendo una película en su portátil.

El vagón restaurante tenía una barra alargada, igual que la de los bares. Pero no había ni mesas ni sillas como las de los bares para sentarse. Había mesas altas y taburetes. Compramos unos bocadillos de tortilla y dos botellas de agua.

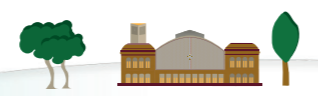
Cuando volvimos a nuestros asientos me fijé que el paisaje era distinto. Pasábamos al lado de un bosque de árboles muy altos. Estaba anocheciendo y había poca luz y una gran luna llena en lo alto del cielo.

Después de comer mi bocadillo me dormí. Cuando estábamos llegando a Barcelona mi madre me despertó. En el andén nos esperaba mi padre. Bajamos las maletas y cuando le vi, corrí hacia él para darle un gran abrazo.

Antes de irnos de la estación fuimos a ver una exposición de trenes antiguos que había en una sala. Había maquetas de locomotoras. Lo que más me gustó fue un viejo tren de vapor.



Viajar desde mi ciudad a Barcelona fue una experiencia muy divertida. Seguro que volveremos a hacerlo otra vez mientras mi padre siga trabajando en Barcelona.





Juan Borrás.
El tren.
Óleo sobre lienzo.

El primer viaje

Alejandro González Barreiro - CEIP Gonzalo de Berceo

Como cada tarde a las seis y media, Álvaro, Elías y Marina quedaban para construir con unas piezas pequeñas de colores que encajaban. Con ellas estaban construyendo un barco para presentarlo a un concurso que había en la ciudad donde estaba la exposición más grande de estas piezas. A los tres amigos les gustaba pasar tiempo juntos.

Emplearon varios meses en construir ese barco. Era un barco de la Edad Media, que tenía hasta un sótano muy amplio donde poder guardar las reservas de comida y las mercancías para transportar. Incluso los cañones estaban a ambos lados. Con piezas diferentes tamaños y formas, consiguieron construir las velas del barco. Una vez terminado, a ellos les pareció un gran trabajo. Se lo enseñaron a su familia. Ahora, tenían que mostrar el resultado final en el concurso.

Se pusieron a buscar una forma barata y sencilla para llegar allí. Después de unas horas de búsqueda, encontraron un ferrocarril que les llevaba hasta aquel lugar.

Los tres amigos prepararon las maletas y empaquetaron con mucho cuidado, en una caja llena de celo, su barco. Al día siguiente, fueron a la estación. Estaban nerviosos e ilusionados, porque era la primera vez que participaban en un concurso y además, se montaban en ferrocarril. Al fondo se veía un humo de color grisáceo ¡Ya estaba aquí el ferrocarril!

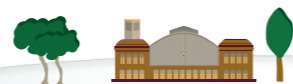
Cuando subieron, se sorprendieron al ver tantos asientos. No eran capaces de encontrar donde se tenían que sentar. Tuvieron que cambiarse de vagón una vez sentados, colocaron sus maletas en la parte de arriba de los asientos. Pero la caja del barco no les cabía. La dejaron en sus pies apoyada para que no se moviera y evitar que se desmontara. Una vez arrancó el tren, les temblaban los pies por el traqueteo sobre las vías. Se preocuparon por si lo que llevaban dentro de la caja se rompía.

Cuando ellos ya estaban más relajados y disfrutando del viaje, se sentó una madre con su hijo en el asiento de enfrente. El niño venía enfadado porque, al parecer, había perdido un juguete. Lloraba desconsolado. Su madre no conseguía que se calmara. Comenzó a mover las piernas y una de las patadas se la llevó el barco. Álvaro, Elías y Marina no sabían cómo reaccionar antes esa situación. Miraron si podían cambiarse e de sitio, pero no había ninguno libre. Así que les tocó volver donde estaban. La madre y el niño se estaban poniendo las cazadoras para bajarse en la próxima parada ¡Habían tenido suerte! La caja tenía un pequeño golpe, pero esperaban que todo estuviese bien por dentro.

Continúan con su viaje, hasta que de pronto, todo se oscurece. Marina dijo: ¡Estamos pasando por un túnel! Y de repente, un ruido fuerte les sorprende. El ferrocarril pierde velocidad hasta que se para. El revisor pasa por todos los vagones informado de que había sufrido una avería ¡Señores y señoras, debido a una avería tiene que cambiarse de ferrocarril! Los tres amigos, cogieron sus maletas y la caja del barco, y a oscuras entre las piedras de las vías, anduvieron hasta salir del túnel. Allí, les recogería el nuevo ferrocarril. Después de esperar casi dos horas, por fin llegó. Una vez montados y acomodados, respiraron tranquilos porque parecía que su barco estaba a salvo. Estaban deseando llegar a su destino.

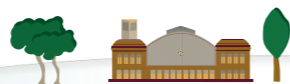
Ya solo quedaban treinta y cinco kilómetros, cuando sienten un frenazo brusco. La caja dio cinco vueltas como un dado, las maletas salieron volando hacia el asiento de enfrente y ellos casi salen despedidos. No sabían que estaba pasando. Álvaro se asoma por la ventana y ve cuatro vacas en medio de la vía tan tranquilas. El revisor bajón con su silbato y su banderín para intentar apartarlas. Lo consiguió muy rápido.

Al recoger la caja vieron que no tenía muy buen aspecto. Estaban preocupados por como estaría el barco. Por fin, después de un largo viaje, llegaron a su destino. La ciudad con la exposición más grande piezas para construir. Cuando se bajaron del ferrocarril alucinaron con lo que había allí. Rascacielos en miniatura, parques, fuentes, piscinas, etc.; todos contruidos con piezas y al detalle. Al llegar al concurso, la cola de gente era inmensa. Un señor les indicó cuál era su lugar. Después de tantos sustos, iban a exponer su



obra. Al sacar el barco de la caja, solo había varias piezas fuera de su lugar. Rápidamente, se pusieron a colocarlas.

Los jueces les habían seleccionado entre los tres mejores. Estaban muy ilusionados, su esfuerzo había merecido la pena. Cuando llegó el momento de nombrar al ganador, los jueces se pusieron a hablar entre ellos. El ganador es: ¡El barco de la Edad Media! Satisfechos y felices los tres amigos se abrazaron. Tanta suerte les dio primer viaje en ferrocarril, que decidieron repetir a la vuelta.





Manuel Gómez Arce.
Vagón de Tercera.
Acrílico.

Aventura en la línea Valladolid-Ciriza

Laura González López - CEIP El Peral

Corrían los primeros días de junio de 1939. Madrid era más o menos una ciudad tranquila tras el fin de la guerra civil, aunque los desastres de la guerra y los enfrentamientos seguían en varias ciudades españolas.

Isabel Fermoselle se encontraba en su casa leyendo el periódico, algo poco habitual para una jovencita de su época. Sin embargo, esto no parecía importarle. Estaba inmersa en la lectura de los últimos acontecimientos sucedidos en Madrid, cuando un chiquillo llama a su puerta para dejarle un telegrama que decía lo siguiente:

Urge su presencia en Valladolid.

Asesinado Abel Casares.

Junto al telegrama le dejan un diario, cuyo autor era Abel Casares.

Isabel no cree conocer a esta persona y el remitente del telegrama es anónimo, pero, tras ojear el diario, decide emprender viaje a Valladolid.

Lo hará en uno de los trenes más famosos: la línea Valladolid-Ariza, que está conectada con Madrid, y que discurre por todo el Valle del Duero. Sus pasos se encaminan a la estación Príncipe Pío, donde compra un billete.

Mientras espera el tren, le echa una ojeada al diario, pero hay algo que llama su atención: una de sus páginas, fechada el 20 de mayo de 1939.

Querido diario, tengo información confidencial sobre una serie de asesinatos que han acontecido en Valladolid. Todos giran en torno a estudiantes de Derecho, Filosofía y Medicina a los que han ido asesinando el día 15 de cada mes. No sé muy bien qué hacer, no sé con quién ponerme en contacto porque el próximo puedo ser yo. Me han hablado de una detective privada muy buena, pero solo sé que se llama Isabel Fermoselle y vive en Madrid.

El sonido del vapor hace intuir a Isabel la llegada del tren, lo que hace que cierre el diario y lo guarde en su bolso de mano. Allí estaba el tren que tanto le gustaba a Isabel, con aquella máquina humeante seguida de los coches donde se acomodaban los pasajeros. Le esperaba un viaje lleno de encanto por parte de Castilla la Vieja.

Una vez en el tren, entra en su vagón, que estaba en primera clase, y está acomodando su bolso cuando un joven, que no llega a los veinte años, se

coloca a su lado. Se le ve cansado, pero esto no le impide ser cortés con su compañera de vagón.

- Buenas tardes, soy Miguel, Miguel Delibes. Encantado de conocerla.

- Hola, Señor Delibes. Yo soy Isabel Fermoselle.

- ¿Viaja sola o espera compañía?

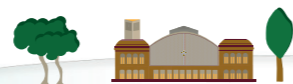
- No, viajo sola. Voy a Valladolid.

- Anda, ¡qué casualidad! Yo también me bajo en Valladolid. Regreso a casa tras haber finalizado la guerra. Pero me sorprende que una señorita de su posición viaje sola.

- ¿Tendrá ganas de llegar y ver a su familia?, responde Isabel, derivando hacia otro lado este tipo de conversaciones que la colocan en una posición incómoda.

- Por supuesto. Lo estoy deseando. Además me espera toda una aventura por delante ya que el próximo curso comienzo a estudiar Comercio.

- Unos estudios muy interesantes, responde Isabel, aunque yo prefiero cualquier tema relacionado con los libros o la investigación.



- No se crea, que a mí también me gusta escribir y dibujar. De hecho, en mis tiempos libres me encanta hacer caricaturas.

La conversación estaba resultando de lo más amigable pero, nada más entrar en el túnel de Somosierra, las luces del tren se apagaron y el vagón quedó en la más profunda oscuridad, tan solo las lucecillas del túnel dejaban ver pequeñas sombras. De repente, Isabel notó un empujón en su hombro, aunque con el traqueteo del tren no le dio la menor importancia. Sin embargo, a la salida del túnel, Isabel se percató de que su bolso estaba abierto. Fue a cerrarlo y se dio cuenta que le faltaba el diario de Abel Casares.

Isabel se puso muy nerviosa. Miguel quería ayudarla y le preguntó qué sucedía. Isabel le contó todo lo que había vivido esa mañana en torno al diario que le había llegado a casa. Ambos acudieron a avisar al revisor y le pusieron al día de todo lo que había pasado en el túnel.

El revisor era un hombre cortés y de mediana edad que rápidamente se dispuso a ayudarlos. Fueron vagón por vagón observando detenidamente a todos los pasajeros, pero no encontraron a nadie sospechoso. Isabel cada vez se desesperaba más. No sabía lo que estaba sucediendo ni por qué aparecía su nombre en el diario de Abel.

Estaban a punto de volver a su vagón cuando un hombre un poco desaliñado cruza el pasillo del tren con una especie de libro envuelto en un pañuelo negro de mujer. Esto llama la atención de Isabel, que en seguida lo pone en

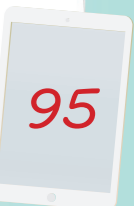
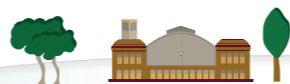
conocimiento del revisor. Este, sin perder la elegancia que le caracterizaba, le pide el billete del tren. Sin embargo, la única respuesta que hubo fue un *Sorry, I don't speak Spanish*.

Los tres se miraron sin saber muy bien qué hacer: ninguno de los tres hablaba inglés y mucho menos para mantener una conversación. Tan solo Isabel chapurreaba un poco.

Isabel hizo la intención de cogerle el libro que llevaba en las manos a lo que el pasajero inglés respondió con un empujón. Empieza así una persecución por los pasillos del tren. Pero, para sorpresa de los tres, el caballero inglés salta del tren justo cuando estaba bajando de velocidad, al entrar en la estación de Medina del Campo.

El revisor rápidamente acciona la palanca de seguridad y el tren para en seco, a escasos pasos de la estación. Intentan seguir al pasajero inglés pero su rastro se ha perdido. Miguel y ella caminan deprisa hasta entrar en la estación por un portón grande, con grandes cristaleras. Está llena de gente.

Tienen unos cinco minutos hasta que su tren salga de nuevo. El gentío de la estación no les permite observar a las personas detenidamente. Hablan con el jefe de estación, pero no ha visto nada. Aunque sí les avisa de que está a punto de anunciar la salida del tren procedente de Ariza y con destino a Valladolid. Ya han decidido abandonar su búsqueda cuando Isabel se gira para cruzar el andén y, para su sorpresa, vuelve a ver al caballero inglés que se sube de nuevo en el tren. Avisa a su amigo Delibes y hacen exactamente lo



mismo en el preciso momento en el que este arranca de nuevo con destino a Valladolid.

Tras otro largo recorrido por los vagones del tren, en el último, consiguen localizar al caballero inglés, sentado en segunda clase entre la gente. Isabel, tan educada como siempre, intenta entablar una conversación echando mano del poco inglés que ella sabe.

- Sorry, este book is mío, dice Isabel.

- ¡No, ha caído en tus manos de forma equivocada!, responde el caballero inglés.

Ambos se quedan atónitos tras ver que el caballero inglés responde en un perfecto castellano.

- Este diario es de uno de mis mejores alumnos que ha sufrido una muerte repentina, explica el caballero inglés.

- ¡¿Muerte repentina?! , exclama Isabel.

Yo diría que lo han asesinado. ¿Sabe algo usted sobre ello?.

- No mucho, la verdad. Solo sé que este diario iba dirigido a mí. Pero, sin embargo, por alguna razón que desconozco, lo tenía usted.

- Me lo entregaron con un telegrama en mi propia casa.

- Sí. Pero era a mí a quien debían habérselo entregado. Tiene información confidencial sobre otros asesinatos, que estoy investigando. Pero me debía haber puesto en contacto con una persona en Madrid que me iba a ayudar, con la que no he podido contactar porque nunca me llegó el diario donde aparece su nombre.

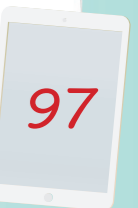
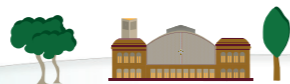
Miguel Delibes se da cuenta de la situación y del equívoco que se ha producido e interviene en la conversación.

- Creo que hemos empezado un poco mal. ¿Qué les parece si nos presentamos? Yo soy Miguel Delibes, de Valladolid.

- Buena idea, Miguel, añade Isabel. Yo soy Isabel Fermoselle, detective privado.

El caballero inglés, aunque quizá ya toca llamarlo por su nombre porque de inglés tiene poco, acaba de entender toda la situación y se da cuenta que Isabel es la persona con la que él tenía que contactar en Madrid.

- Yo soy Manuel Barreños, profesor de Anatomía Patológica de la Universidad de Valladolid.





Javier Banegas.
Confederación.
Óleo sobre tabla.

242-F-2009, una hazaña valerosa

Andrés Marina Ayala - Colegio Compañía de María "La Enseñanza"

Hola soy Andrés, me gustan mucho los trenes y por eso de pequeño visitaba el Museo del Ferrocarril. De todas las locomotoras, la que más me llamó la atención fue 242-F2009 "Confederación", así que os voy a contar la verdadera historia de esta locomotora de vapor y como consiguió un lugar en el museo.

Nuestra querida F-2009 es muy grande, de color verde bosque, con sus enormes y negras ruedas que son más altas que yo, están unidas por bielas de color rojo fuego que la hacen muy bonita. Es amable, brillante y muy reflexiva. También es muy resistente, rápida y decidida.

Un día de finales de septiembre, F-2009 estaba trabajando cuando pasó al lado de un lugar en el que había locomotoras oxidadas que habían sido abandonadas, otras grafitadas y rodeadas de malas hierbas, vagones desechos y locomotoras que están siendo destruidas por robustas excavadoras para reciclar sus materiales. Se sorprendió y sintió mucha pena. Pensó que cuando se hiciera mayor, no quería pasar sus últimos días en un mohoso desguace. Los quería pasar en un lugar más alegre y animado en el que sea admirada

sobre todo por los niños y hacerse fotos con ellos, como en el Museo del Ferrocarril. Así que al día siguiente se lo fue a preguntar al Consejo de Ancianos. El Consejo de Ancianos fue un grupo de sabias locomotoras que decidían si iban los trenes al museo. Este consejo se negó al deseo de F-2009 y le dijeron que debía realizar una proeza.

F-2009 pensó durante algunos días que logro podía hacer, hasta que se le ocurrió que podría correr porque era rápida. Preguntó a otras locomotoras cuales eran las proezas más recientes, un anciano le informó que era conseguir llegar a los 145Km/h, llevar 16 vagones y un total de 780 t.

F-2009 trabajaba transportando mercancías variadas: contenedores, cisternas con leche fresca, troncos de madera que venían de los bosques y vagones repletos de carbón que le gustaba llevar porque al llegar a su destino siempre le daban un poco.

Ella comenzó a entrenar en su tiempo libre, los primeros días solo alcanzaba los 130Km/h con ocho vagones, pero ya los siguientes días obtuvo más potencia y consiguió los 135km/h. F-2009 se encontraba fatigada pero estaba satisfecha y orgullosa de su velocidad y fuerza.

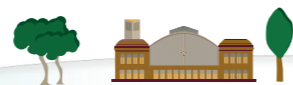
Al día siguiente cuando fue a trabajar una empresa pidió 840 toneladas de carbón. F-2009 tuvo que llevarlo. Con mucho esfuerzo y sudor llegó a su destino, luego volvió muy cansada y sucia así que disfrutó de una ducha en el túnel de lavado, mientras se limpiaba se dio cuenta de lo que acababa

de hacer, ¡Logró llevar más de 780t de cargamento; salió como una bala de la ducha y fue corriendo al Consejo de Ancianos, les explicó lo que había conseguido pero ellos se negaron otra vez y le informaron que no era suficiente, así que F-2009 llegó a su cochera decepcionada e irritada porque todo su esfuerzo y empeño fue en vano. Estaba muy cansada y durante tres días seguidos estuvo dormida sin despertar en ningún momento.

Cuando se despertó de ese sueño tan reparador F-2009 se sentía capaz de batir todos los records del mundo. Acto seguido desayunó carbón ahumado y empezó a entrenar otra vez porque no quería acabar en un desguace. Se atrevió con diez vagones, ¡llegó a los 140 Km/h! F-2009 se sintió muy feliz pero esa velocidad no era suficiente, probó unas cuantas veces más y al final estaba muy cansada. Además no lo hizo ni la mitad de bien que las primeras veces así que se retiró.

A la mañana siguiente F-2009 no pudo ir al trabajo porque las vías estaban cubiertas de nieve ¡Era diciembre! La suave nieve caía encima del áspero suelo y los trenecitos se lanzaban bolas de nieve entre ellos, F-2009 estaba emocionada pero a la vez disgustada porque no iba a poder entrenar.

Por la tarde la nieve se derritió, llegó a las largas vías donde solía entrenar y se quedó contemplando estupefacta el paisaje, las grandes montañas tocaban las nubes y éstas iban de aquí para allá impulsadas por el viento, el sol se estaba poniendo por lo que el cielo estaba naranja como un polo de melocotón. F-2009 llevó los diez vagones a 141Km/h.



Los días siguientes se los pasó entrenando, trabajando y descansando.

F-2009 estaba haciendo un turno de noche cuando a lo lejos vio un tren parado en la otra vía. Ella frenó para preguntar a su compañero.

- ¿Qué te ha pasado?, ¿te puedo ayudar? -dijo ella.
- Estoy averiado, no puedo moverme, este trabajo es muy urgente, por favor tienes que ayudarnos.

Del primer vagón salió ¡Papá Noel! Entonces F-2009 lo entendió todo.

Rápidamente se plantó en la otra vía mediante un cercano cambio de aguja, y se enganchó al tren averiado y sus vagones. Tiró con todas sus fuerzas pero no podía moverse porque la vía estaba helada, sus grandes ruedas resbalaban sobre el hierro, solo quedaban unas pocas horas para que amaneciese y no habían terminado de repartir todos los regalos. Papá Noel tiraba sal para derretir el hielo. A los pocos minutos sus ruedas cogieron agarre y comenzaron a avanzar.

Todo iba de perlas, los elfos ponían los sacos de regalos en el trineo y Papá Noel iba de aquí para allá repartiendo los regalos en las casas correspondientes a una velocidad de vértigo y volvía a cargar el trineo con más regalos cuando se le terminaban. El elfo más anciano daba instrucciones a F-2009, pero en una de éstas se confundió en un cambio de agujas y giraron hacia una vía abandonada que pasaba por un bosque donde se refugiaban unos bandidos,

éstos sorprendidos por la inesperada "visita" avanzaron cautelosamente hasta que les asaltaron para robarles.

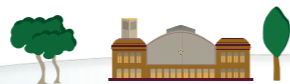
- Buenas noches señores -les dijo el jefe- ¡Qué bonita esta noche! Normalmente os robaríamos todo, pero como hoy es Nochebuena os daremos una oportunidad de escapar si sois listos y acertáis esta adivinanza: "no es la luna, no es una estrella pero ilumina los campos ¿Qué es?".

F-2009 tenía miedo pero pensó mucho porque quería salvar los regalos, recordó que en sus turnos de noche en verano había miles de lucecitas en el campo.

- ¡Pues claro! - Exclamó F-2009 - La respuesta es la luciérnaga.

El bandido se quedó patidifuso porque nadie había conseguido acertarla. - Correcto, -dijo él, así que los bandidos los dejaron pasar.

La vía abandonada pasaba por una mina, daba mucho repelús, la madera podrida sujetaba la roca mientras que los murciélagos de piel negruzca iban de aquí para allá volando. Los elfos gritaban de miedo, sus gritos retumbaban en la cueva, las vibraciones hicieron que la madera podrida se rompiese ¡Crack! Entonces el frío techo de roca se derrumbó por la entrada del túnel y como si fuera un dominó comenzó a derrumbarse la mina. Estaban cerca de la salida así que les dio tiempo suficiente para salir sanos y salvos, pero justo en la salida de la mina había un largo puente de madera. Las rocas



de la mina salían con tanto impulso que golpearon los primeros pilares del puente y este comenzó a caerse detrás de los vagones.

F-2009 vio que el puente se derrumbaba. Casi se paraliza del vértigo y la angustia pero su deseo de salvar la Navidad y sus vidas pudo más. A lo lejos se veía el final del puente pero el vacío se acercaba más a ellos.

F-2009 corrió como nunca había corrido, se colocó su viejo detector de velocidad. - ¡143Km/h! - Dijo el detector, F-2009 se daba ánimos - ¡146Km/h! - Informó el detector.

El derrumbe alcanzaba al último vagón y este daba botes como un canguro.
- ¡148Km/h! - Gritaba el detector.

El fin del puente estaba a unos pocos metros, F-2009 se empezaba a marear y el detector estaba a punto de explotar.

- ¡150Km/h! - Chilló el detector. Estaban muy cerca del fin del puente y el último vagón parecía que iba a salir volando.

Llegaron al final. F-2009 clavó los frenos ¡Lo habían conseguido! Besaba el suelo sin parar.

- ¡Por qué poco! - exclamó el elfo que controlaba el vagón de atrás, el elfo estaba pálido como un fantasma y después de un buen rato cuando

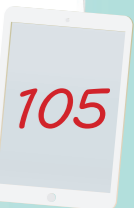
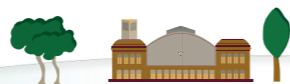
F-2009 terminó de besar el suelo dejó escapar un largo suspiro. Su alivio era inmenso. ¡Se habían salvado por los pelos de un calvo!

Continuaron por la vía abandonada hasta que se vieron por la vía donde solía entrenar así que siguieron repartiendo los regalos.

A la mañana siguiente F-2009 fue llamada por el Consejo de Ancianos, ya que se enteraron de la hazaña realizada. Después de un buen rato de debate, aceptaron alegremente a F-2009 en el Museo del Ferrocarril así que ella lo celebró, ¡Todo su esfuerzo valió la pena!

F-2009 siguió trabajando y ayudando a sus compañeros muchos años, hasta que tuvo que irse al Museo del Ferrocarril porque ya era muy anciana.

Hoy sigue siendo querida y admirada por los niños.





Manuel Marsol.
Asalto al tren.
Técnica mixta.

Luso en el tren del Oeste

Rodrigo Martín Maroto - CEIP Gonzalo de Berceo

Hace mucho tiempo, en el lejano oeste pasaba un tren de carbón con doce vagones, de los cuales cinco eran de mercancías y los otros siete eran de pasajeros.

En Vallado Hill vivía un niño llamado Luso. Un día Luso tuvo que ir a llevar a su abuelo una pistola nueva porque las que tenía estaban un poco viejas y también le llevaba una tarta de sorpresa. Su abuelo vivía en el lejano oeste y para verlo solo podían ir en tren.

El viaje a veces era peligroso porque había duelos, aunque Luso era muy valiente e iba muy contento porque no veía muy a menudo a su abuelo.

Su abuelo era el mejor pistolero del lejano oeste, todos conocían las aventuras de su abuelo y era muy respetado y temido en todo el territorio.

Luso se subió al tren muy emocionado y empezó a ver las nubes. Imaginaba que eran grandes caballos que sobrevolaban las vías del tren, en otra ocasión vio una nube idéntica a un dragón, que echaba fuego.

Se pasó todo el viaje imaginado mil aventuras como las que su abuelo había vivido. El viaje ya llegaba a su fin. Después de tres horas montado en el tren llegó al pueblo de su abuelo. Fue un viaje muy tranquilo y eso era muy raro. Luso pasaría dos días con su abuelo, quien le recibió con un gran abrazo. Le presentó al sheriff del pueblo quien le contó que tenía un duelo con "Dan, el sucio", un bandido que robaba bancos y estaba atemorizando al pueblo.

En plena calle central del pueblo se encontraban los dos duelistas. Luso y su abuelo estaban en la azotea de la casa, viendo como empezaban a contar, y de repente... ¡BANG, BANG!

'Dan, el sucio' cayó al suelo. El sheriff había ganado. Todo el pueblo estaba gritando de alegría, aunque duro muy poco. Del bar salió el amigo de 'Dan, el sucio'. Era "Darril, cabeza cono", otro bandolero, el pueblo se puso a temblar.

Empezó el segundo duelo. Esta vez el sheriff no tuvo suerte. Cayó al suelo desplomado. Entonces mi abuelo bajó a la calle. "Darril, cabeza cono" al verlo se puso nervioso, conocía las historias de mi abuelo y tuvo miedo. Con razón, en el tercer duelo que Luso vio, su abuelo ganaba al bandido.

Todo el pueblo gritaba el nombre de su abuelo, gritaban:

¡VIVA BIZANO!

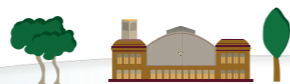
La tranquilidad del pueblo volvió a romperse porque faltaban muchas monedas de oro del banco de Rastrojo, el pueblo del abuelo de Luso. Faltaban unas cuatro mil quinientos sesenta y ocho monedas de oro, pero también faltaban dos mil ochocientos setenta y tres monedas de plata. Por suerte, los bandidos no pudieron encontrar las piedras preciosas como diamantes y esmeraldas, ya que estaban en una caja fuerte muy escondida.

El abuelo de Luso escuchó que los bandidos se iban dirección a la estación, entonces recordó que había un vagón abandonado donde podrían esconderse con lo que habían robado y luego podrían huir en el tren.

Se hacía muy tarde y el abuelo de Luso sabía que hasta la mañana siguiente no había ningún tren y se fueron a casa a descansar ya que a la mañana siguiente se levantarían temprano para ir a por los bandidos.

Bien temprano Luso se despertó y vio a su abuelo preparando los caballos. En seguida se pusieron en marcha hacia la estación. Cuando llegaron, vieron el vagón abandonado y sigilosamente estuvieron observando a los bandidos que estaban empezando a despertar. Eran dos bandidos muy conocidos, se llamaban Bribón y Romea, muy peligrosos y buscados por medio oeste por su atracos, robos y asesinatos.

Subieron en el tren y detrás de ellos se subieron Luso y su abuelo, siempre observando lo que hacían para ver el momento de poder detenerlos y poder recuperar las monedas.



Los bandidos se dieron cuenta y empezaron a correr por los vagones, Luso iba delante, pero tropezó y cayó al suelo. Su abuelo lo ayudó a subir y de repente dejaron de ver a los bandidos. Debían tener mucho cuidado y revisar todos los vagones.

Había gente por todos los vagones, en el tercer vagón vieron a Bribón quien intentó golpear al abuelo de Luso, pero éste lo esquivó y lo tiró al suelo. En un abrir y cerrar de ojos el abuelo de Luso le puso unas esposas. Su abuelo interrogó a Bribón, pero no hablaba no decía donde se encontraba su compañera con el botín.

Siguieron buscando por los vagones de los pasajeros, pero no tuvieron suerte. Tendrían que buscar por los vagones de mercancías. Alguno de ellos llevaban animales peligrosos y tenían que subir por encima, con mucho cuidado en los túneles, ya que era un paraje con muchas montañas.

Después de pasar por unos cuantos vagones escucharon un ruido en el penúltimo vagón, tenía que ser Romea. Desde arriba el abuelo de Luso vio que se escondía en unas cajas grandes que estaban al fondo del vagón. Ambos bajaron del techo y con cuidado entraron. Pero de repente se empezaron a oír como pasaban cerca las balas.

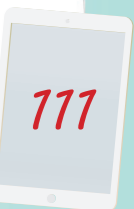
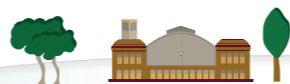
¡BANG, BANG!

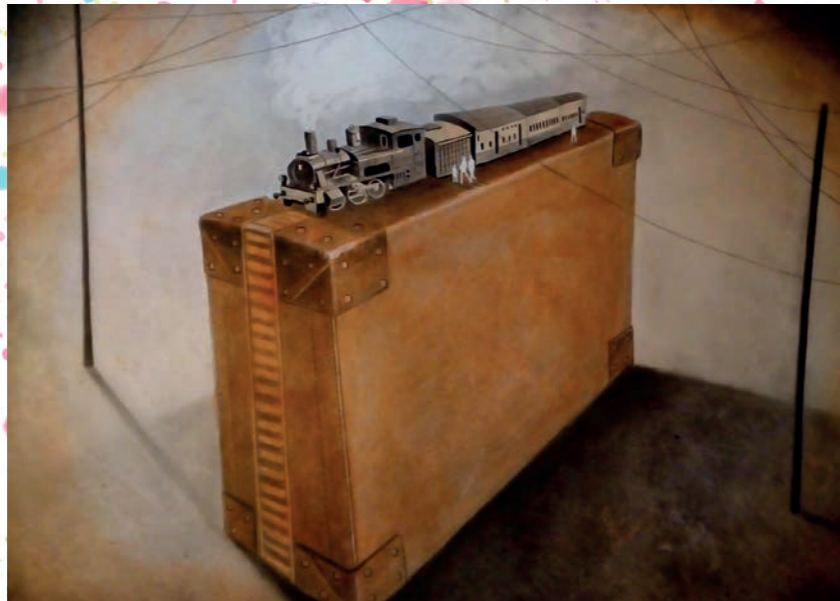
Rápidamente se escondieron detrás de cajas que había. El abuelo de Luso le indicó que no se moviera y poco a poco entre la oscuridad del vagón el abuelo empezó acercarse a la bandida.

Tiró algo para distraerla y cayó en la trampa. El abuelo la golpeó en la cabeza otra vez con una rapidez que ni se dio cuenta Romea. Cuando despertó se vio esposada y en frente a Luso y su abuelo, junto con la bolsa de monedas de oro y plata, ambos con una sonrisa.

En la siguiente estación bajaron con los bandidos y la bolsa de monedas. En la parada estaba esperando el sheriff del pueblo que les metió en la prisión.

Luso y su abuelo volvieron a Rastrojo en tren. Este viaje fue más tranquilo y Luso por fin le pudo dar la nueva pistola y la tarta que le había preparado.





Alex Falcón.
La maleta.
Técnica mixta.

El misterio del maletín perdido

Fernando Moratinos Collantes - Colegio Amor de Dios

Me quedé observando cómo pasaban las nubes ese bochornoso día de verano, mientras esperaba a mis amigos en la estación del tren. Habíamos quedado para ir al parque de atracciones de Madrid; Lucía, Elexis, Jesús y yo.

¡Qué bien nos lo íbamos a pasar! A Lucía le apasionaban los deportes, Jesús era muy bueno resolviendo adivinanzas, a Elexis le gustaban mucho los videojuegos y los idiomas y... a mí os preguntareis ¿Que se me daba bien hacer? Soy un apasionado de las matemáticas y la programación. Entre los cuatro formamos un gran equipo y nos lo pasábamos genial cada vez que nos juntamos.

El reloj de la estación marcaba las ocho y por la puerta se asomaron Jesús y Elexis con sus mochilas; nos saludamos y fuimos a buscar a Lucía que estaba en la taquilla haciendo cola para comprar los billetes. ¡Qué casualidad! ¡Ya era su turno! Después nos fuimos al andén número tres para esperar a que viniese el AVE que tenía su llegada prevista a las ocho y veinte y... Puntual como siempre entró en la estación. Nosotros cuatro, entramos

muy emocionados y cuando nos sentamos en nuestros respectivos asientos no paramos de conversar entre nosotros. Después de un ratito, seguimos hablando de lo bien que nos lo íbamos a pasar. En ese momento, a Jesús se le cayó su tíquet debajo del asiento. Cuando se agachó a recogerlo, encontró algo metálico y se quedó agachado examinando aquel extraño objeto. Mientras que Jesús estaba agachado, una persona con un traje entró en el vagón donde estábamos; ¡Era el revisor! Los amigos al verlo apremiaron a Jesús, entregaron los billetes y después de haberse ido, Jesús nos dijo:

- ¡Esperad! ¡He encontrado algo!

Todos aguardamos pacientemente a que se levantara y cuando lo hizo, puso un gran objeto negro encima de la mesa ¡Era un maletín!

Todos estábamos muy nerviosos, pero cuando íbamos a abrirlo vimos que...

¡Estaba cerrado! ¡Con un candado de seis dígitos! Debería de ser de alguien importante.

Cinco minutos después ...

- Oye...¿No será mejor dárselo al revisor? -preguntó Jesús.

- Mmmmm...no sé ¿Qué os parece si hacemos una pequeña votación? -respondió Lucía.

Hicimos un pequeño debate y luego votamos en contra de dárselo al revisor, Jesús y yo. Elexis votó a favor de dárselo al revisor y después de un buen rato, Lucía votó lo mismo que Elexis. Como empatamos en la votación expusimos nuestras razones, con el fin de convencer a los otros para desempatar. Antes de defender nuestra postura pensé que cambiarían todos de opinión y...¡Qué va! Se liaron el triple, parecía que no acabaríamos nunca de decidirnos... hasta que tiré un dado de papel.

Si sacaba uno, dos ó tres, nos lo quedábamos y si sacaba otro número se lo dábamos al revisor. Todos esperábamos en tensión. El dado de papel rebotó en la mesa, se cayó al suelo, rodó un poco y salió...

¡Un tres!

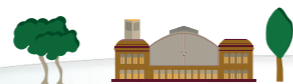
- ¡Nos lo quedamos! -dijimos los cuatro.

- Vale chicos, ¿y ahora qué hacemos? Preguntó Lucía.

- Podríamos investigar sobre quién es su propietario y devolvérselo. Respondió Elexis.

- ¡Cómo si fuera tan fácil! Dijo Jesús.

- ¡Lo sabía! ¿Veis como se lo teníamos que haber dado al revisor? dijo Lucía.



- Por favor, calmaos un poco. Si no descubrimos al propietario, lo entregamos en objetos perdidos cuando llegemos a Madrid. Dije.

- Lo primero es inspeccionar el maletín. Normalmente tiene el nombre grabado, así que no será difícil saber el nombre de su propietario. Dijo Elexis.

- A mí me parece buena idea. Dijo Lucía.

Dicho y hecho. Los cuatro dirigimos nuestra mirada al misterioso maletín, esperando descubrir alguna placa o inscripción que delatara el nombre de la persona a la que pertenecía. Un rato después, cuando habíamos perdido toda esperanza de encontrar al propietario del maletín, Jesús exclamó:

- ¡Lo tengo!

Todos miramos a Jesús impactados por su descubrimiento. Hasta que al fin, me atreví a preguntarle:

- ¿Cómo lo has conseguido ver? En todo este tiempo nadie lo ha visto.

- Porque a nadie se le ocurrió dar la vuelta al maletín- dijo Jesús.

En la inscripción ponía; "Ministerio de transportes"

- ¿Qué es un Ministerio de transportes? -preguntó Lucía.

- Un Ministerio es un departamento del Gobierno que gestiona y da solución a los problemas de transporte- respondió Elexis.

- ¡Ahhhh!- añadió Jesús

- ¿Qué hacemos ahora? -preguntó Elexis.

- Puedo consultar en el móvil todos los actos oficiales de hoy del Ministerio de Transportes-dije.

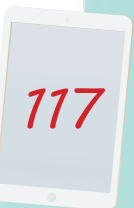
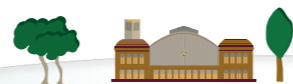
En ese momento saqué el móvil y me puso a teclear frenéticamente hasta que encontré lo que buscaba:

"A las nueve y media, ocho y media en Canarias, el Ministro de Transportes Guzmán Fernández inaugurará el Museo de RENFE de Madrid, cerca de la estación de Chamartín. Podrán seguir este acontecimiento en www.telenoticias.es"

- ¿A las nueve y media? Pero, si son las nueve y cuarto. - dijo Lucía.

- No os preocupéis, llegaremos a las nueve y veinticinco, si corremos llegaremos a tiempo de dársela al Ministro. -respondió Jesús.

El tren entró en la estación a las nueve y veinticinco como había previsto Jesús. Y veloces como rayos, salimos de la estación, para darle el maletín al ministro, antes de que se fuera.



- Oye ¿Cómo sabremos a quién se lo tenemos que dar? -preguntó Elexis.

- Podemos preguntar al vigilante- propuso Jesús.

Los cuatro atravesamos y salimos de la estación de tren y nos encontramos en una gran explanada, con vigilantes de seguridad.

No esperamos ni un segundo más, nos dirigimos a uno de ellos a preguntarle:

- Disculpe ¿Sería tan amable de acompañarnos hasta el ministro de transporte?

- preguntó Lucía.

- Ahora mismo no va a ser posible, si os queréis hacer una foto con él, tendréis que esperar a que termine el discurso.

- Por favor, sólo queremos que le transmitas un mensaje al ministro - le dije.

- Hmmm depende. ¿Qué le vas a decir?-dijo el vigilante.

Le conté lo sucedido y después se desvaneció entre la multitud, ya que cada vez llegaba más y más gente a la inauguración.

Al cabo de un rato vino alguien con aspecto importante y nos dijo:

- Por favor, dadme el maletín y esperad a que vuelva.

Le dimos el maletín y él nos dió las gracias públicamente y cuando acabó el acto nos dijo:

- Muchas gracias por entregarme el maletín, porque aquí estaba la placa conmemorativa para el acto de hoy.

- ¡Tampoco es para tanto!-quitó importancia Jesús.

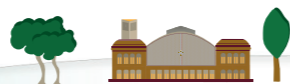
- Como me habéis ayudado tanto os quiero recompensar, pero no sé cómo, dijo el ministro.

- Bueno, íbamos al parque de atracciones de Madrid -dijo Elexis.

- Pues, ya sé como recompensaros- dijo el ministro.

Nos llevó en un coche oficial al parque de atracciones de Madrid, nos dió cuatro entradas de experiencia VIP ... y

¡Nos lo pasamos genial!. ¡Fue un día inolvidable!.





José Manuel Moriegar.
El futuro y el tren.
Técnica mixta.

Conocer con la mirada

Irene Muñumer Tranchero - Colegio Marista La Inmaculada

Nunca me había gustado ir en tren, pero desde que nos mudamos no hay otra opción que cogerlo todas las mañanas. Era el primer día de cole e iba pensando en cómo me iría este curso. Al subirme al tren, casi sin darme cuenta, me fijé en aquella gente que llevaba todo el curso pasado viendo pero que nunca había tenido una conversación con ella. La chica de los cascos, el hombre trajeado, las dos señoras mayores... Nadie estaba cambiado y no había nadie nuevo. Aunque nunca había hablado con ninguna de esas personas, el hombre trajeado siempre me había parecido que tenía una cara un poco malhumorada, por lo que desconfiaba de él y me parecía que no me caería bien si le llegase a conocer. A diferencia de él, la chica de los cascos siempre me había transmitido alegría y confianza sin ningún motivo en concreto, así que, si tuviera la valentía de hablar con ella, lo haría sin dudarlo. Me bajé del tren volviendo a mis pensamientos del cole, donde me reuní con todos mis amigos después de tres meses sin verlos.

Al día siguiente el recorrido fue el mismo, esperé en la estación y me subí al tren. Al entrar vi a la misma gente de siempre y como todos los días el

hombre trajeado estaba enfadado y la chica de los cascos alegre y sonriente. Pero al llegar a la segunda parada, un señor mayor en una silla de ruedas quiso subir al tren. Me quedé mirando pensando que el auxiliar de estación iría en su ayuda, pero nadie le ayudó.

Esa tarde me sentí muy culpable por no haber ayudado a ese pobre señor y me prometí que no volvería a ocurrir.

Un día después, esperé las dos paradas, decidida a ayudar al señor mayor. Cuando se abrieron las puertas me llevé una gran sorpresa. ¡El hombre trajeado le ayudó a subir mientras que la chica de los cascos se quedaba ahí, viendo el móvil! No me lo podía creer, la persona que parecía la peor del tren era la mejor, ya que nadie más había ido a ayudarle. Me sentí mal por prejuizar solo por una cara malhumorada. De repente me pregunté con cuántas personas me podría haber pasado lo mismo y me propuse dejar de hacerlo. El tren ya me había dejado en mi parada y me bajé dándome cuenta de que los trayectos estaban empezando a no ser tan aburridos, después de todo.

A partir de ese día intenté hacerme amiga de personas que antes juzgaba sin ni siquiera conocerlas.

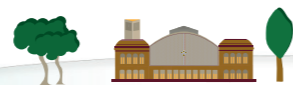
Decidí que tenían que sacarme como máximo dos años o ser dos años más pequeños. En el tren había sólo cinco personas que pasaran ese filtro: un niño castaño de ojos negros que iba leyendo cada día un libro diferente,

una niña rubia con ojos verdes que siempre iba mirando por la ventana, un niño pecoso que me sacaba dos cabezas, un niño pequeño demasiado abrigado absorto en sus pensamientos y una niña pelirroja que siempre iba escuchando música.

Decidí hacerme amiga de la niña rubia de ojos verdes, pues creo que todos preferimos charlar a estar mirando por la ventana. Me acerqué a ella y al principio no quería hablar, pues no me contestaba a nada de lo que le preguntaba. Como el cole no estaba tan lejos como para hacerme su amiga, esperé hasta el día siguiente para conocer algo sobre ella. De momento lo único que sabía era que no le gustaba hablar con nadie.

Cuando subí al tren la mañana siguiente, fui directamente a donde estaba la niña para volver a intentar charlar con ella. Me presenté, le pregunté, esperé y al final me acabó diciendo que se llamaba Sara y que tenía once años al igual que yo. Comenzamos a hablar y descubrí que teníamos los mismos gustos y que su hermano mayor, el niño pecoso que me sacaba dos cabezas, no le hacía caso. Poco a poco nos fuimos haciendo amigas y todas las mañanas en el tren hablábamos cada vez con más confianza.

Hubo un día que ni Sara ni su hermano subieron al tren y después de dos semanas empecé a pensar que nunca volvería a verla. Al cabo de un mes asumí que si se había mudado o le habían cambiado de cole yo no podía hacer nada. Así que al día siguiente me acerqué al niño que leía cada día un libro diferente porque a mí siempre me ha encantado leer. Hoy estaba



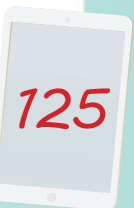
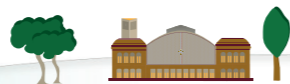
leyendo 'Conocer con la Mirada' y el título me pareció muy oportuno para mi especie de misión en busca de nuevos amigos a los que antes prejuzaría. Con él no tuve tantas complicaciones para hablar, pues sin apartar la vista del libro me respondía a todas las preguntas que yo le hacía. Descubrí que se llamaba Pablo, que tenía doce años, que su hermano pequeño era el niño demasiado abrigado, que vive en mi barrio y que vamos al mismo colegio, pero como está en un curso superior al mío no había tenido ocasión de hablar con él.

Después de dos días en los que me respondía a las preguntas, pero no me contaba nada por su cuenta, le dejé que leyera tranquilo y fui a hablar con su hermano. Al igual que su hermano mayor, Mateo era tímido, pero sí que me contaba cosas. Tenía un año menos que yo, iba también a mi colegio y en dos semanas nos hicimos muy amigos. Siempre íbamos hablando de lo mucho que nos gustaba a los dos las películas de detectives y resolver casos. Desde el primer momento congeniamos bastante bien, mejor que con Sara. Aunque tan sólo era un rato a la ida y otro a la vuelta, nos contábamos todo lo que nos ocurría y lo que opinábamos de ello.

Llegó el último día del trimestre y estaba contenta por haber hecho un amigo tan cercano en tan sólo un mes y medio. Pablo había dejado de leer todos los días y cuando no leía venía con nosotros para charlar. En Navidad, vinieron a mi casa a jugar y a ver pelis de misterio. Había hecho dos nuevos amigos que no sólo los veía en el tren.

Al volver de las vacaciones, mientras Mateo y Pablo me estaban contando una anécdota, de repente, entró la última persona que creí que iba a entrar. ¡Era Sara! Fui corriendo a darle un abrazo y después le presenté a mis dos nuevos amigos. Su hermano también venía con ella y se les veía muy contentos de verme. Los chicos se llevaron muy bien con Sara y su hermano desde el primer momento, pero había algo que me extrañaba. ¿Dónde había estado Sara estos tres meses? Tras preguntárselo, nos explicaron que ellos no eran españoles, eran cubanos. También nos contaron, que desde que un huracán destrozó la casa de su abuela, tuvieron que volver allí con ella para ayudarla.

Al cabo de unas semanas, todos éramos muy amigos. Un día hablando de los amigos, Sara y Luis nos contaron que no tenían muchos, y que se reían de ellos por ser cubanos. Lo mismo confesó Pablo, porque sacaba buenas notas. Mateo nos contó que se reían mucho de él por tener un problema en los músculos que le impedía jugar al fútbol. No me podía creer que unos niños tan sociables no tuvieran amigos, ni que hubiese tantos niños que sólo los conocieran con la mirada.





Graciela Gonçalves da Silva.
Diversión en la vía.
Técnica mixta.

El tren antiadultos

Nora Nieto - CEIP El Peral

22-04-2022

Por fin ha llegado el día, hoy nos vamos a Micropolix en Madrid. Voy con mis compañeros de clase y con mis profes. Cuando llegamos a la estación vimos el tren blanco y dorado, era precioso. Me senté con mis amigas Carmela y Noelia delante. A la mitad del viaje, los profesores nos dijeron que íbamos a pasar un túnel oscuro que daría miedo, pero que no estuviésemos preocupados. Cuando entramos en el túnel era tan largo que no veíamos el final, pero después de un par de minutos lo atravesamos. El tren iba dando tumbos, así que mis amigas y yo fuimos a buscar a los profes, pero no podíamos encontrarlos en ningún sitio. Preguntamos a nuestros compañeros y nos dijeron que habían desaparecido. Corrimos a la parte del conductor, que también había desaparecido. Tenía que pensar rápido, cogí los mandos del tren y conseguí llegar hasta la siguiente parada, donde nos bajamos en busca de ayuda. Mirásemos donde mirásemos sólo había niños, los adultos no estaban por ningún lado.

Decidimos salir de la estación y nos dimos cuenta de que no estábamos en Madrid, ni tampoco en Castilla y León, todas las señales estaban en un idioma extraño. Todos estábamos confundidos, pero cogimos las maletas y buscamos el hotel más cercano para poder descansar.

23-04-2022

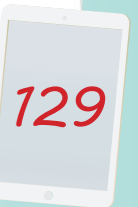
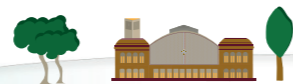
Nos levantamos a investigar un poco, recogimos y nos fuimos volvimos a la estación, el tren seguía allí. Decidimos arrancarlo y seguir hasta la siguiente estación a ver si conseguíamos ayuda. En el tren buscamos comida, provisiones... Pero no había nada. Menos mal que nuestros padres nos habían preparado el almuerzo y unos bocadillos para la excursión. Seguimos buscando, hasta que de repente Carmela gritó que había encontrado un móvil en un asiento. Por suerte todavía tenía algo de batería así que utilizamos Google Maps. Tras mirar en dónde estábamos, descubrimos que era Galicia, e intentamos llamar a los profesores, que nos contestaron la llamada y nos dijeron que estaban en la estación de Galicia. ¿Cómo podía ser posible si estábamos todos ahí también?

Votamos cuál sería nuestro siguiente paso, y decidimos volver al túnel, ya que quizás antes del túnel hubiese una estación y no nos dimos cuenta de bajarnos con los profesores. Aun así, todo era muy extraño. Noelia y yo tomamos los mandos del tren porque siempre nos han gustado los trenes y tenemos muchos de juguete, así que sabíamos cómo funcionaba.

Cruzamos el túnel y empezamos a oír gritos de gente llamándonos, ¡qué raro! Las voces eran de los profesores, pero no podíamos verlos. Empezamos a gritar, pidiendo ayuda. Los profesores nos dijeron que estaban en el tren pero que tampoco podían vernos. Decidimos parar el tren y bajarnos, porque eso no nos estaba llevando a ninguna parte. Fuera hacía frío y estábamos en medio de la nada, solo había árboles a ambos lados de las vías. Tuvimos una conversación muy larga, hicimos una lluvia de ideas, y Pedro el más listo dijo: ¡Vamos a investigar el bosque para encontrar alguna pista! Estuvimos dando vueltas y vueltas, pero se hizo de noche, así que dormimos un poco.

24-04-2022

Nos despertamos asustados porque había un bicho investigando nuestras cosas. Bueno, era un bicho muy raro. El bicho medía 1,2 metros de alto. Era verde azulado y tenía forma redonda, como un bicho bola. Pero lo más sorprendente fue cuando nos saludó con una sonrisa. Nos dijo que se llamaba José Andrés "el bicho", y que vivía en el bosque. Nosotros estábamos alucinando, ¿un bicho gigante que hablaba? Pensábamos que era un sueño, o una pesadilla más bien. Le dijimos que si sabía dónde estaban los profes y nos dijo que sí, pero que teníamos que hacer tres pruebas para encontrarles. La primera consistía en encontrar una planta que se llamaba la flor del bicho. Nos dijo que era morada y que hasta que no la encontrásemos no nos diría la siguiente prueba ni cómo encontrar a los profesores. Hicimos piña, nos dividimos en cinco grupos de diez y teníamos que ir dejando piedras por el camino para no perdernos y también para que los demás grupos viesan



por dónde ya habíamos pasado. Nos fuimos y a mí me tocó en el equipo 2. Estuvimos toda la mañana buscando. Carmela sacó de su mochila un libro de plantas de todo el mundo y vimos que la planta que buscábamos estaba por zonas húmedas de bosques, especialmente cerca de lagos. Así que, comimos, descansamos un ratito y nos fuimos hacia un lago que había en las afueras del bosque.

¡La encontramos!

Cogimos la planta y rápidamente se la entregamos al bicho. Se nos hizo de noche, cantamos e hicimos una hoguera en un claro del bosque. Estábamos tan cansados que nos quedamos dormidos súper pronto.

25-04-2022

Al día siguiente, el bicho nos contó que necesitaba la flor para convertirse en humano otra vez, porque una bruja le había convertido en bicho. Necesitaba hacer un antídoto utilizando la flor, pero que le faltaba algo más. Nos dijo que era algo prácticamente imposible de conseguir y se puso a llorar. Estuvimos consolándole mucho rato y nos ofrecimos a ayudarlo. Nos dijo que la cosa que le falta la era piedra volcánica, y que cuando la consiguiera podría hacer una poción para volver a ser humano. También nos contó que hace muchísimos años había un gran volcán en medio el bosque, sin embargo, con el paso del tiempo el volcán había desaparecido por la contaminación y las personas que talaban el bosque. Aun así, seguía

habiendo algunas piedras volcánicas escondidas a lo largo de todo el bosque. Prometimos que le ayudaríamos a encontrarla, pero primero teníamos que desayunar porque nos moríamos de hambre. Desayunamos bocadillos de jamón y colacao que nos quedaba en las mochilas. Y una vez que estábamos listos nos dividimos en los mismos grupos que ayer para recorrer las mismas zonas del bosque. Mi grupo encontró un pedazo de piedra volcánica en las afueras del bosque, junto al lago, así que volvimos corriendo adonde el bicho vivía. Dimos el grito de vuelta para que los demás supieran que la habíamos encontrado y volvieran. Le entregamos la piedra volcánica y le ayudamos con su antídoto. Se convirtió en humano y nos agradeció mucho nuestra ayuda ya que el solo nunca lo habría conseguido. Menos mal que le ayudamos.

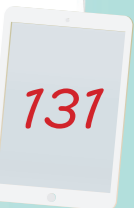
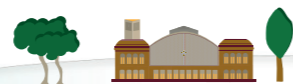
Cuando me fui a dormir tuve un sueño muy raro en el que la guarida donde dormíamos se parecía mucho a un tren, pero ya era demasiado de noche como para investigarlo, así que me quedé dormida.

26-04-2022

Me levanté de golpe y fui corriendo a mirarlo.

¡EUREKA!

Era de verdad. Investigué la guarida y había un teléfono como el del vagón del maquinista de nuestro tren. Llamé y me contestó el profe de música. Nos

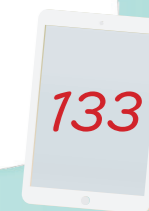
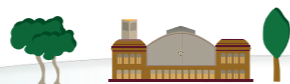


dijo que teníamos que pasar otra vez por el túnel para poder encontrarles y que debía de ser antes del anochecer o no podríamos conseguirlo. Se lo conté a los demás y recogimos rapidísimo. Nos despedimos del bicho apenados, aunque ahora ya no era un bicho, sino que se había vuelto humano, y fuimos a la estación de tren. Nos subimos y me puse a dirigir el tren. Cruzamos el túnel y de repente aparecieron todos los adultos sentados en el tren como el primer día.

¡Lo conseguimos!

Por fin todo volvió a la normalidad. Nos dimos abrazos con nuestros profes, que también nos habían echado mucho de menos y nos fuimos a Micropolix.

Pasé un día genial con mi clase, y aunque no hablamos más de lo que pasó en el tren, estoy segura de que a ninguno se nos olvidará nunca.





María Álvarez.
Viaje a Ítaca.
Acrílico.

Un tren hacia la realidad

Lara Regidor Guijas - CEIP El Peral

Todo empezó una mañana de colegio cualquiera.

Todo el mundo se levantó a las ocho. Desayunó, se vistió... Bueno, un día cualquiera.

Todo el curso de sexto de primaria se reunió a las nueve en la entrada del colegio y llegó la hora de entrar a clase.

Toda la clase subió con sus mochilas a la parte de arriba. El profesor se presentó. Más tarde cuando llegó a clase dijo: "tengo que daros una buena noticia". "En mayo nos iremos de viaje en tren hasta Italia y pasaremos allí una semana". Todos se pusieron muy contentos.

Llegó el día trece de mayo en el que iban a partir a Italia. La clase de sexto estaba repleta de maletas. Después de un rato llegaron a la estación de tren. Todos los alumnos de sexto se montaron en el tren. El profesor repasó la lista y exactamente a las once todo estaba listo.

El tren empezó a desplazarse rápidamente. Todo el plan iba sobre ruedas. Unas horas más tarde habían llegado a su destino. Los monitores les recibieron con cariño.

Se hizo de noche. Todos estaban dormidos en el albergue. Y fuera el tren que habían utilizado para ir e iban a utilizar para volver, se estaba mojando, porque aquella noche llovía muchísimo.

Junto al tren había un cuerpo encapuchado cuyo rostro era difícil de reconocer. El encapuchado tocó el tren con su mano derecha y de repente como una especie de onda azul salió del tren y se extendió hasta hacerse invisible. El encapuchado retiró la mano derecha del tren y se fue alejando.

La clase de sexto pasó una gran semana visitando los lugares más conocidos de Italia. Hubo risas, bromas, ... fue una gran semana para todos ellos.

La mañana en la que tenían que volver a casa, todos se levantaron y un rato después, todos estaban en el tren preparados para irse a casa. El trayecto empezó, pero de distinta manera que en el viaje de ida. Algo ocurría. El tren avanzaba rápidamente. Más rápido de lo normal. Los conductores intentaron frenarlo, pero el tren no respondía. Solo aumentaba la velocidad y finalmente el tren paró de golpe.

Todos bajaron del tren un poco asustados.

Estaban en el su colegio, pero no el colegio que ellos conocían.

En ese momento, ellos no se dieron cuenta de los pequeños cambios que había entre su colegio y ese.

Entraron en el colegio. Se dirigieron a su clase. Pero su clase ya estaba ocupada.

Uno de los alumnos reconoció a uno de los que estaban en ella - ¡es mi hermano mayor! - exclamó.

- ¡No lo entiendo!, mi hermano mayor ahora mismo está en cuarto de instituto - añadió el niño.

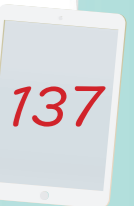
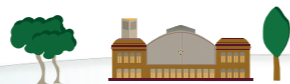
Todos se sorprendieron y fueron a la clase de segundo de primaria. Y en esa clase de segundo, estaban ellos mismos cuando estaban en segundo. Todos miraron fijamente a su yo de segundo.

Hubo una silenciosa e incómoda pausa.

A continuación todos se empezaron a alborotar.

- Entonces algo nos ha transportado al pasado - dijo el profesor.

Uno de los alumnos dijo: ¡El tren!.



Todos se dirigieron hacia el tren y empezaron a examinarlo.

- Mirad - dijo una niña.

Había una marca de la huella dactilar de una mano en el tren. Se veía porque esa mano había estado manchada de pintura verde. La niña, cogió esa huella con un papel porque la pintura aún estaba húmeda. Y metió la silueta de la mano en una bolsa. La niña se llamaba María.

Aquella noche, María se coló en una comisaría de policía para comprobar la huella dactilar.

Porque antes había intentado abrir el picaporte de la puerta pero estaba cerrada con llave.

Entonces sacó una horquilla de su bolsillo y la metió por la cerradura de la puerta. Después de un rato la puerta estaba abierta. Entró cuidadosamente sin hacer ruido y fue hasta la sala de comprobar las pruebas. Averiguó que la huella pertenecía a una marca de guantes que se hallaban en una tienda de cerca del colegio. Pero María, recordó que cuando estaba en segundo habían cerrado esa tienda y habían construido unos chalets.

Se dirigió al lugar donde hace tiempo estuvo la tienda pero ya habían tirado ese viejo edificio.

María se fue decepcionada a su casa. Subió las escaleras y llamó al timbre. La abrió una señora mayor :

- ¿Qué quieres? - dijo la anciana.

- Nada, me habré equivocado de puerta, lo siento - dijo María.

Empezó a andar hacia la casa en la que estuvo viviendo en infantil, antes de mudarse, y llamó a la puerta.

La abrió su padre y ella dijo:

- Soy María. He viajado en el tiempo gracias a un tren mágico. Se que es difícil creerme, pero necesito un lugar para dormir.

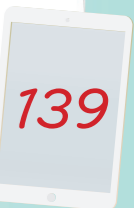
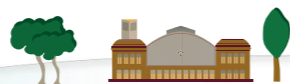
Su padre la miró fijamente y la dijo:

- No te creo, pero te dejaré quedarte esta noche aquí.

- Gracias - contesto María.

Y entró en su casa.

En la entrada había una carta un poco manchada de pintura verde. María rozó con su mano la carta y la pintura seguía un poco húmeda.



- Bien - dijo su padre - dormirás aquí.

Y abrió la puerta de su antigua habitación.

María entró y le agradeció su hospitalidad a su padre.

Era la una de la mañana y María se levantó y fue a ver la carta de la pintura verde que había en la entrada.

La cogió y la empezó a abrir, pero antes de que pudiera empezar a leerla escuchó pasos, se metió la carta en el bolsillo. Se fue corriendo a su antigua habitación y se hizo la dormida.

Su padre entró en la habitación y se puso a buscar en el armario.

Sacó un par de guantes negros de la tienda cuyo edificio ya habían derrumbado.

Su padre se puso los guantes y salió de la habitación.

María fue tras él.

Todas las pistas que tenía señalaban a su familia.

¿Pero quién y por qué les había traído a ella y a su clase al pasado?

María se dirigió hacia el tren para buscar más pistas.

Se acercó al tren y miró por todas partes.

Finalmente se fijó en el suelo. Había unas huellas de zapato en el suelo.

María recordó que hace poco había estado chispeando y las huellas estaban ahí, sin ningún rasguño. Eso significaba que eran recientes.

Entonces, si se montaba en el tren, la llevaría de nuevo al año 2022, el año en que vivía.

María se montó en el tren y lo arrancó.

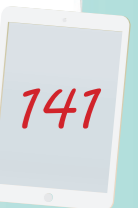
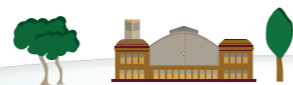
El tren empezó a moverse como cuando habían ido al pasado de esa extraña forma y de repente paró de golpe.

María se bajó del tren y miró a su alrededor.

No estaba en el año 2022. Estaba en un tiempo más desarrollado.

Un señor pasó a su lado y María le preguntó,

- ¿En qué año estamos?



El señor contestó: en el 2039.

María se sorprendió.

- ¡Estoy en el futuro! - exclamó.

En ese momento, María vió una persona encapuchada que se alejaba corriendo y la persiguió hasta alcanzarla.

Era una chica morena y delgada.

- ¿Quién eres? - dijo María.

- Soy tu yo futuro - respondió ella.

- ¿Por qué me has traído al pasado y luego al futuro? - dijo María.

- Lee la carta que te escribí - contestó su futuro.

María sacó el sobre de su bolsillo y lo abrió.

Sacó la carta y empezó a leer:

Querida María,

Se que tú, me vas a creer, por que estas viviendo viajes en el tiempo y quieres regresar a tu casa. A tu casa del año 2022. Bien.

Tu padre morirá un día después de que vuelvas del albergue.

He conseguido darte esta carta para que impidas su muerte.

Solo tienes que impedir que vaya a comprar en coche, para salvarle la vida.

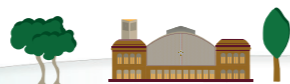
Solo tienes que convencerle de que vaya andando de compras.

Tu futuro depende de ti.

María

Año 2039, por si te has perdido.

Cuando María llegó a su casa del año 2022 ... ya era tarde, su padre, había fallecido.





Cristina de la Hoz.
El Trascantábrico.
Acrílico.

Una Aventura Submarina

Carmela Rodríguez Trigueros - CEIP El Peral

Hola, me llamo Carmen y cumplí diez años la semana pasada. Mi hermano Nicolás tiene ya ocho y se había convencido de que tenía superpoderes ocultos, pero a todos nos parecía una tontería. De regalo de cumpleaños me regalaron un viaje en tren por el Océano Pacífico, en un túnel submarino. Nicolás estaba aterrado porque creía que se le iba a aparecer un tiburón en medio del tren, pero yo soy más lista y sabía que eso no iba a pasar porque el tren está rodeado de un túnel de cristal. Ahora os contaré lo que realmente sucedió.

Era un día soleado de primavera cuando cogimos el taxi hasta el aeropuerto. Habíamos preparado las maletas el día anterior, porque el viaje era de veinte horas y no nos queríamos retrasar. Para llegar a nuestro destino tuvimos que volar de España a Londres y después a Singapur para llegar a Sídney.

Era la primera vez que yo montaba en avión, y me encantó el burbujeo que se sentía en el estómago al despegar. Sin embargo, mi padre se ponía verde cada vez que esto sucedía y se iba corriendo al baño. En el último vuelo había como azafata una mujer gruñona que ponía muecas de asco cada vez

que alguien le dirigía la palabra. Aunque era muy maleducada, no dejamos que eso afectara nuestro ánimo. Cuando bajamos del avión, mi madre dijo que se parecía un poco a Shrek, pero yo le veía más cara de capitán Garfio.

Allí cenamos un asado típico de la zona y dormimos en un hotel que olía a detergente de lavanda para recuperar fuerzas. Al día siguiente fuimos de nuevo en taxi hasta la parada del tren y al llegar mi madre se dio cuenta de que se había dejado los billetes en el hotel. No os imagináis cómo de nerviosa se puso. Volvió a por ellos y nos quedamos esperando la media hora más larga de mi vida a que volviese. Menos mal que habíamos llegado pronto, porque si no, a mi madre le habría dado un patatús.

Entramos en la estación, y al instante vi que todo allá donde miraba estaba hecho con mármol blanco. Casi no podíamos distinguir entre las columnas, el suelo y la pared y Nicolás se chocó con una columna. Rebotó y fue a parar a los pies de un hombre con la cara muy redonda y un bigote que se parecía al de Camilo. Se puso a gritarle cosas en un idioma que ninguno entendía y se le puso la cara más roja que un tomate maduro. Mi padre se disculpó en inglés y tratamos de buscar nuestro andén, pero no lo encontrábamos y no podíamos preguntar a nadie porque ninguno de nosotros sabía decir andén en inglés. Para colmo, se formó una aglomeración enorme a nuestro alrededor y no veíamos más que gente y maletas.

Cuando por fin la encontramos el tren estaba a punto de marcharse y llegamos por los pelos. En la locomotora se podía ver escrito en mayúsculas:

DESTINO BORA-BORA.

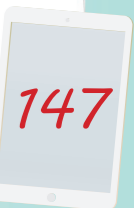
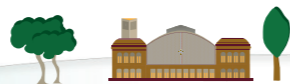
El tren arrancó violentamente y todos los pasajeros miraban por las ventanillas. Era fascinante contemplar un tren sumergiéndose en el océano rodeado de un túnel de cristal. Por dentro, el tren era como cualquier otro tren en el que hubiera viajado.

Los asientos, aterciopelados y de un intenso color rojo, estaban enfrentados en pequeños compartimentos semitransparentes, que también contaban con unas literas de sábanas blancas recién planchadas.

He de decir que me esperaba que el túnel de cristal fuera más estrecho, pero era increíblemente amplio. A través del cristal se podían contemplar corales, montones de peces tropicales de diversas especies, hasta vi una majestuosa y enorme mantarraya que nadaba tranquila y suavemente como si fuera una pluma cayendo al suelo. Observé como se posaba en la blanca arena, ahuyentando a un grupo de estrellas de mar que se encontraba por la zona.

Todo transcurría plácidamente. Era la hora de la siesta, pero yo estaba hipnotizada contemplando el maravilloso fondo marino que se extendía ante mis ojos. De repente, escuché chirriar la puerta corrediza de nuestro compartimento.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Por instinto, me hice la



dormida y entorné los ojos para ver lo que pasaba. Entró un hombre vestido completamente de negro. Parecía buscar algo alrededor de la litera de mi hermano. Me pareció que no lo encontró, porque se alejó de la litera, pero entonces subió ágil y silenciosamente al techo y se agarró a un saliente con las manos mientras cogía el oso de peluche de mi hermano con los pies. Yo pensaba que le iba a lanzar una patada de kárate o algo por el estilo, y contuve como pude las ganas de gritar para avisarle porque no sé qué me haría el hombre si supiese que yo lo había visto todo. Después de coger el osito de peluche el hombre se marchó, y me invadieron un montón de dudas, por ejemplo: ¿Por qué ese hombre quería el osito? ¿Cómo había saltado a tanta altura?, y ¿estaba ya en el tren o se había colado durante el viaje? Si era así, ¿cómo se habría colado si el túnel es de cristal? Esas preguntas de momento no tendrían respuesta alguna.

Decidí contárselo a Nicolás cuando se despertara. A mis padres les quito de la lista simplemente porque no me creerían en absoluto. Responderían algo así como: “Deberías tomarte alguna pastilla cuando volvamos, Carmen, creo que tienes alucinaciones”.

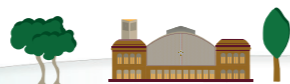
Cuando mi hermano se despertó y le conté todo lo que había pasado se puso más rojo que el hombre del bigote de Camilo. Se puso a gritar que había que encontrarlo y mis padres se acercaron a preguntar lo que había pasado para que Nicolás gritara de esa manera, y les dije que íbamos a jugar a un juego y que estaba muy emocionado y por eso gritaba. Mis padres tenían cara de que no se lo creían, pero no hicieron preguntas.

A la noche siguiente salí sigilosamente con Nicolás a comprobar en qué compartimento estaba el “ladrón de peluches”. La respuesta estaba literalmente en frente nuestro: ¡El ladrón dormía en el compartimento que estaba justo delante del nuestro! Entramos haciendo el menor ruido posible, pero se movió y salimos de ahí automáticamente. Volvimos a nuestro compartimento, pero yo no podía dormir.

Un rato después volví al compartimento del ladrón y busqué el oso con la mirada. El compartimento era como el nuestro, pero en vez de estar ordenado, estaba hecho un desastre. Había un maletín abierto en el suelo, un osito cerca de la cama...

Un momento, ¿jun osito!? Lo recogí para verlo mejor. Definitivamente, era el de Nicolás. Cuando iba a volver a mi compartimento, escuché un ruido a mi espalda. Me giré lentamente, y al ver que el ladrón empuñaba un florete, se me congeló el cuerpo. Cuando se me deshizo el nudo que tenía en la garganta, grité con todas mis fuerzas, pidiendo ayuda. El ladrón me amordazó, pero eso no impidió que Nicolás viniera a socorrerme con el miedo dibujado en el rostro. Le lancé el osito y se lo llevó corriendo a más no poder mientras yo trataba de escapar del ladrón. Me liberé de la mordaza y me fui con Nicolás. Al día siguiente llegamos a Bora-Bora y me pareció un lugar maravilloso.

Declaro que ese ha sido El Mejor Cumpleaños de La Historia de Los Cumpleaños del Mundo.



Volvimos a casa sin que nuestros padres se hubieran enterado de que a Nicolás le habían robado el osito de peluche, pero yo tenía curiosidad de por qué lo habían robado, así que lo cogí y vi que pesaba más que costumbre. De repente se rasgó y contemplé que en su interior había un flamante diamante rojo. Al instante comprendí que el ladrón quería el osito para esconder el diamante y que no lo encontrarán en el control del aeropuerto.

Llevamos el diamante a las autoridades y nos dijeron que había sido robado recientemente y que era muy valioso. También dijeron que se ofrecía una recompensa por entregarlo.

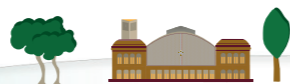
NADA MENOS QUE 9.500 EUROS.

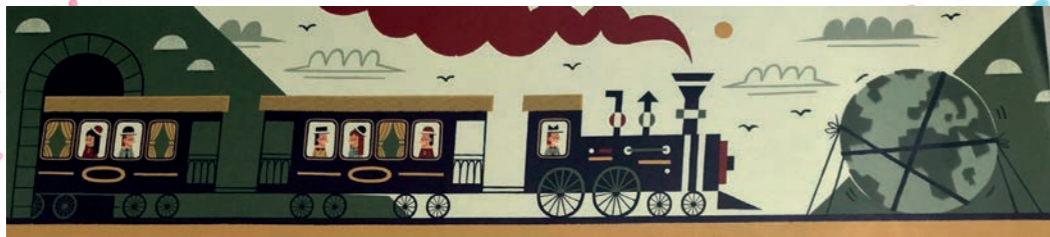
Aceptamos el dinero y nuestros padres seguían sin enterarse de nada.

Vivimos felices con nuestros 9.500 euritos y el recuerdo de esta maravillosa historia.

Yo, que de mayor quiero ser escritora, voy a escribir todo esto en un libro y seguro que se convierte en una novela famosa. Mientras tanto, iré pensando en qué me voy a gastar el dinero.

Adiós.





Victor Medina.
El tren.
Impresión digital.

Un viaje inolvidable

Lucía Romero González - CEIP El Peral

Una noche Aníbal, Eywa y Tyrion estaban haciendo una fiesta de pijamas, ya que era el cumpleaños de Tyrion. Jugaron y se divertieron mucho hasta que llegó la hora de dormir.

Estaban preparando las camas y una película. Se echaron en las literas cuando apareció un portal, como una especie de agujero negro. Del portal salió como un espíritu con una capa negra y les dijo:

- Soy un hechicero que vengo desde el futuro para comunicaros que dentro de muy poco van a venir unos robots y conquistaran el mundo. Para evitarlo necesito que me traigáis estas cosas. Tomad este pergamino tiene escrito todo lo que tenéis que conseguir.

El hechicero se fue por el portal dejando a los niños con la boca abierta. Eywa se levantó para coger el pergamino y leyó en voz alta:

“Hola, sois los elegidos para salvar este mundo de las cosas que nos acechan. Para ello tenéis que viajar a diferentes países en un único medio

de transporte, el tren. En Francia tenéis que conseguir un trozo de la Torre Eiffel, en Italia tenéis que conseguir la bandera que esta encima de la Torre de Pisa, en China tenéis que conseguir una máscara de dragón y para terminar tenéis que ir a Egipto para conseguir el jarrón que hay dentro de la Esfinge. Cuando lo consigáis tenéis que hacer sonar el silbato del tren tres veces y me daréis todo lo obtenido. Y recordad, solo tenéis 3 meses para que los robots vengan.”

Los niños empezaron a hacer sus mochilas guardando las cosas necesarias, salieron de casa para coger un taxi y llegaron a la estación de trenes.

Aníbal, Eywa y Tyrion no se querían subir al tren por sus experiencias pasadas, tenían miedo, pero era tan importante la misión del hechicero que se subieron al primer tren que se dirigía a Francia solo para salvar el mundo. En el tren no había mucha gente y el revisor vino a recogerles enseguida los billetes. El viaje se hizo muy largo. Aníbal se acordó de cuando era pequeño e hizo un viaje con sus padres en tren. Se perdió y se quedó encerrado en un vagón de carga y no pudo salir hasta el final del trayecto. No le gustaba nada ese recuerdo, pero en el tren te da tiempo a pensar muchas cosas.

De pronto Tyrion le cogió del brazo y le dijo: -¡¡¡Hemos llegado a nuestro destino!!! Cuando salieron del tren había mucha gente en la estación, la ciudad estaba llena de vida y en el medio la Torre Eiffel, su primer destino. Eywa dijo: - Tengo hambre, ¿Por qué no comemos algo antes de conseguir el trozo de la Torre Eiffel?

Tras la comida idearon como coger un trozo de la Torre Eiffel.

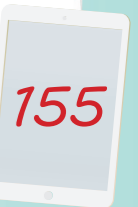
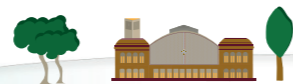
Aníbal proponía ir al pico de la Torre Eiffel y limarlo porque nadie se iba a dar cuenta de un pequeño trocito. A todos les pareció una brillante idea y se dirigieron hacia su destino. Tuvieron que subir andando porque el ascensor no funcionaba, cosa que les pareció extraña.

Una vez allí empezaron a limar el pico, estaba demasiado fuerte y tardaron más de lo previsto por lo que se hizo de noche y les daba miedo bajar por las escaleras. Una señora muy amable les comentó que la llave del ascensor estaba debajo de unos tableros, pero nadie podía conseguirlo porque no tenían las manos lo suficientemente pequeñas. Les mostró donde estaban los tableros, Eywa se alzó para coger las llaves y todo salió bien pero cuando intentó sacar la mano no pudo, se le había encajado.

Aníbal se le ocurrió la idea del gel y dijo: - Tranquila Eywa, ya sé cómo sacarte de aquí.

Cuando Aníbal le echó gel y Eywa sacó su mano sintió un alivio al ver los cinco dedos. Con las llaves abrieron el ascensor y bajaron. Le dieron las llaves a la señora y se subieron de nuevo al tren, se subieron rumbo a Italia.

Esta vez Aníbal y Eywa se quedaron dormidos y le tocó a Tyrion recordar por qué tenía tanto miedo a los trenes, le sudaban las manos, ya que su padre murió en un accidente de tren y se puso muy triste.



Pronto llegaron a Italia. Al llegar había muchos restaurantes de pizza y pasta con muchos turistas.

Cuando iban de camino a la Torre de Pisa se dieron cuenta que estaba rodeado de carabinieri. Los chicos se infiltraron en un grupo de turistas y se fueron dentro. Ya allí los niños esperaron a que tocara explorar la parte de arriba para coger la bandera e irse corriendo pero el plan no salió como se esperaban. Al coger la bandera la Torre de Pisa se empezó a romper lentamente. Los guías turísticos estaban gritando que salieran del lugar y los niños se fueron corriendo con la bandera.

Viendo como la Torre de Pisa estaba en ruinas un policía vio a Aníbal con la bandera entonces los carabinieri rodearon a los niños y les interrogaron. Tyrion les dijo que dentro de muy poco unos robots malvados iban a conquistar el mundo. Los policías se rieron de ellos pero lo que no sabían es que se dejaron la puerta abierta y los niños corrieron hacia ella dirigiéndose de nuevo a la estación a coger el siguiente tren rumbo a China.

Estaban bastante cansados por lo que en el tren no tardaron en dormirse salvo Eywa que recordó cuando estaba en un prado verde jugando con su gatito Misifú.

El gatito se tumbó en el carril de tren y se estaba empezando a oír el motor del tren. Eywa corrió a por Misifú y logró salvarlo, pero el susto lo recuerda como si hubiera sido hoy.

Cuando llegaron a China lo primero que intentaban era encontrar una tienda donde vendiesen la máscara del dragón pero ya era difícil porque no sabían hablar chino.

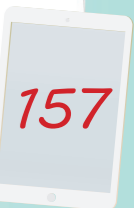
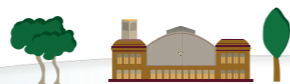
Consiguieron encontrar a una persona que hablaba español y que les indicó dónde estaba la tienda. Aníbal dijo que esta misión era la más fácil, eligieron una máscara y cuando tocaba pagar, no había nadie en la tienda, tampoco estaba el cajero.

- Bueno es mejor que no haya nadie, así no tenemos que pagar. - dijo Tyrion. Lo que no sabían es que les esperaban unos dragones en la puerta. Al verlos los chicos no querían salir de allí, pero los dragones parecían amigables y parecían necesitar ayuda.

- El dueño de la tienda tiene nuestras almas atrapadas en unos jarrones por favor romped los jarrones para liberarnos y os daremos algo que necesitaréis en el futuro. -

Al encontrar los jarrones Eywa y Tyrion no se fiaba mucho de los dragones, pero Aníbal sí tiró los jarrones al suelo y los dragones empezaron a revolotear por la tienda felices.

- Cumpliremos con nuestra promesa. - dijeron los dragones. Uno le dio un celo y el otro con su magia lo hizo más grande y reforzado.



- ¡¡¡Muchas gracias!!! dijeron los niños.

Cuando los niños salieron de la tienda fueron directos al tren.

Ya en el tren, Eywa les dijo a los chicos que desde China a Egipto el viaje era mucho más largo.

Viajaron en tren hasta la playa y los niños se preguntaron porque estaba yendo en dirección contraria pero el tren metió las ruedas entre los mecanismos y sacó unos propulsores y se metió al agua y los niños dijeron:

- ¡¡¡Vamos a morir!!!

Cuando estaban navegando el tren empezó a agrandarse hacia arriba con unas placas transparentes y se veía el precioso fondo marino.

A mitad de viaje se empezaron a ver tiburones, Aníbal estaba asustado, pero Eywa y Tyrion se sorprendieron porque nunca habían visto un tiburón de carne y hueso. El tiburón se empezó a acercar y con fuerza hizo unas grietas en el cristal. Salía un chorrito pequeño de agua que fue a más. Aníbal se acordó que los dragones les dieron un celo reforzado, lo cogió y lo puso en la grieta.

Después del tiburón, se preguntaron que más les iba a pasar cuando se cruzó una ballena con su bebé ballena y también de compañía unos delfines juguetones dándoles vueltas a las ballenas.

Toda la fantasía acabó porque ya llegaron a su destino: Egipto.

Egipto es una ciudad muy bonita con sus pirámides y edificios.

Ellos lo que querían era la esfinge. Caminaron hasta llegar al desierto que estaba al lado de la ciudad. Ahí estaba la esfinge.

Ya delante de la esfinge se la imaginaban mucho más pequeña.

Ellos estaban intentando encontrar la puerta que los llevaría a las entrañas de la esfinge, pero no había, entonces Eywa estaba dando vueltas a la esfinge cuando se paró en frente de ella y la esfinge les dijo: Para entrar en mi interior necesitáis resolver este acertijo:

- ¿Qué es eso que siempre viene, y nunca llega? Solo tenéis tres intentos.

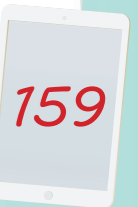
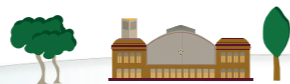
Los niños dudaban de la pregunta.

- El repartidor de pizza - dijo Aníbal.

- Respuesta incorrecta - dijo la esfinge.

- ¡Cállate Aníbal! no digas nada sin pensar - dijo Tyrion.

Les llevó un buen tiempo pensar la respuesta correcta pero se rindieron y



se fueron porque se les estaba haciendo de noche. Alquilaron un hotel para una noche, y se quedaron sin dinero para comer.

Al día siguiente Tyrion se despertó con la respuesta en la cabeza.

- Chicos, chicos creo que sé cual es la respuesta correcta es "el mañana" porque cuando sea mañana para nosotros va a ser hoy.

- ¡¡Muy bien Tyrion!!, vamos a decirle la respuesta a la esfinge - dijo Eywa.

Fueron a la esfinge y dijeron la respuesta de Tyrion.

- Respuesta correcta, podéis pasar- dijo la esfinge.

Los niños fueron corriendo por el pasillo enorme que hay hasta la última sala. Allí había una luz amarillenta con un bloque que tenía encima el jarrón. Eywa lo cogió tranquilamente y empezó a vibrar la esfinge.

Se estaban empezando a caer piedras de arena y los niños corrieron hacia la salida que se estaba cerrando, se tuvieron que arrastrar rápido para poder caber en la puerta. Corrieron al tren y disfrutaron las aventuras antes de tocar tres veces el silbato. Una vez ya tocado el silbato apareció el hechicero y les dijo:

- Chicos os voy a confesar una cosa: en realidad no existen los robots que vienen a destruir el mundo...

- ¿¡Pero casi me rompo la mano para nada?!- Dijo Eywa

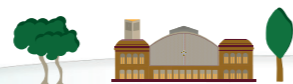
- ¿¡Pero casi nos meten a la cárcel para nada?!- Dijo Tyrion

- ¿¡Pero casi nos aplasta la arena para nada?!- Dijo Aníbal

A lo que el hechicero respondió:

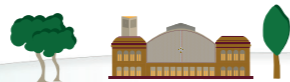
- Si que ha servido para algo habéis superado con fuerza de voluntad muchas pruebas, todos juntos, pero la más importante ha sido superar vuestros miedos como el de subir al tren.

Y además, habéis vivido un viaje inolvidable.





Ana Juan.
El tren azul.
Dibujo.



Fin de curso en Las Maldivas

Luna Sanz Sánchez - Colegio Amor de Dios

El día 10 de junio de 2022 fueron las votaciones del viaje de fin de curso de 6º B. Este día era muy especial para 6ºB, tenían que elegir un buen sitio para ir. Habían propuesto ya varios sitios como Madrid, Barcelona, París... Pero en ese momento me inspiré y dije.

¡A LAS MALDIVAS!

Sinceramente creo que hice mal porque... ¡Toda la clase se alborotó! Todos menos Sergio, mi profe, puso cara de susto ya que no era la opción más barata. Pero lo conseguimos ¡A las Maldivas que vamos!

10 días después...

Aquel día estábamos en un lugar muy raro, todos con cara de "¿Dónde estamos?" Cuando allí llegó un tren y Sergio con mucha prisa dijo: ¡Entrad entrad! Y tan rápido nos pusimos en grupos de 6 personas. Yo estaba con Manuel, Javi, Irene, Miriam y Carla, cuando vimos que Sergio venía para nuestra cabina. Y dijo: ¡Hola chicos! ¿Os preguntaréis por qué vamos en tren?. Bueno pues como sabréis nuestro colegio no es rico, por lo tanto no

tenemos dinero para ir en avión o en barco así que... ¡Sois los primos niños que prueban el tren submarino! Todos estábamos superasustados, pero, ¿no era lo que queríamos? Dije. Y de repente muy sobresaltada saltó Carla gritando ¡no!, ¡no era lo que yo quería! ¡Lo que yo quería era volar en primera! ¡No en un maldito tren submarino!

Bueno niños deberíais ir a dormir. Afirmó Sergio. Y aunque razón no le faltaba, ya que eran la tres de la mañana, yo no tenía nada de sueño. Pero justo cuando me iba a dormir...

¡PIU PIU PIU PIU!

Y con cara de desgana me levanté y vi a Javi que estaba jugando con su móvil

-¡Qué haces!

-¡Oh! perdón, es que no me podía dormir. Me respondió él.

-No te culpo, yo tampoco. Le dije.

-¿Hey, oyes eso? Me preguntó.

-No es nada, solo son los profesores. Les respondí.

-¡Vamos a ver!

Y sin decir nada más salió de la cabina, así que le seguí.

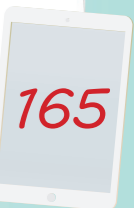
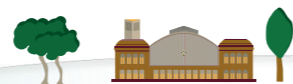
Cuando vimos que ahí estaban los tres profesores, María, Sergio y Jorge y escuchamos a María decir muy alterada: Hay que buscar una solución, ¡ya! y los dos vimos que había una grieta. Velozmente salí corriendo a mi cabina y cogí mi estuche, del estuche saqué mi celo, mi pegamento y mi cola extrafuerte y entré en la sala. Nadie creía que iba a funcionar pero lo taparía unos pocos días., así que me subí a una silla y lo pegué todo.

-Bueno aguantará un poco. Susurró preocupado Jorge.

Al poco tiempo todos se fueron despertando como si no hubiera pasado nada, y se nos ocurrió que podíamos investigar sobre la especies marinas que íbamos viendo por la ventana del tren; había algunos muy grandes como los peces luna y las mantarrayas o al contrario otros muy muy pequeños como la sardina o las anguilas. Cuando por primera vez en mi vida desde la guardería escuché a Miriam gritar (es demasiado tímida). Fue un grito por el que me quedé paralizada un segundo, era un grito que decía:

¡UN TIBURÓN!

Y sin pensárselo dos veces María, la cual estaba con nosotros, salió disparada a decirle al conductor que acelerara y tras muchas muchas y muchas más



maniobras y giros conseguimos despistar al tiburón. Y como el conductor estaba cansado decidimos hacer una pausa

¡No! más bien...

¡La mejor pausa del mundo!, hicimos una excursión al fondo del mar y aunque al principio nos daba un poco de miedo... nos pusimos el traje de buceo y...

¡Al agua patos! Fue chulísimo ya que vimos muchas cosas; un barco estrellado, alguna moneda...

Al volver encontramos una tele muy antigua y con mucho polvo pero aun así trasteamos con ella y... conseguimos encenderla y ver una peli antigua y en blanco y negro, nada del otro mundo, pero algo es algo. Ya era tarde así que nos fuimos a dormir, la verdad es que estaba un poco nerviosa ya que mañana llegaremos a la isla... Ya era el último día. Eran las nueve de la mañana, según los cálculos del conductor llegaremos a las doce. Eran tres horas muy largas y nadie sabía qué hacer, estábamos en blanco y muy aburridos pero ya quedaba poco así que pensamos...

“Aguantaremos”.

Pero ni pensando eso, porque con toda la casualidad del mundo, el conductor quería hacer una pausa, sin embargo no cualquier pausa si no que fue la peor pausa del mundo ya que por desgracia los profesores

decidieron hacer un examen sorpresa. Pero nuestra cara cambió pues el examen era una bobada, solo eran cinco operaciones, y encima sumas, en conclusión, fue muy fácil.

No obstante, sin darnos nada pero que nada de cuenta ya habíamos arrancado y al parecer hace mucho porque...

¡Ya habíamos llegado!

Por otra parte había una cosa que a mí no me gustaba, y es que como mi apellido empezaba por Z yo era la última en salir... es lo que tiene.

¡Pero ya llegó mi momento!

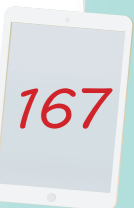
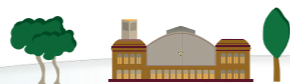
Y justo justo cuando yo iba a pisar el suelo de aquella maravillosa isla.

¡Me detuve! me detuve porque en aquel momento escuché una voz que decía...

¡Luna, Luna, despierta!

Pero... os preguntaréis

¿Por qué despierta?, y ¿quién me lo decía?

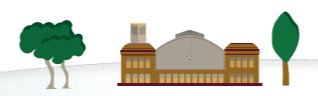


Bueno pues... Era mi profesor Sergio...

¡Todo había sido un sueño!

¡Me había quedado dormida en clase!

Y COLORIN COLORADO AL NATURCAMPA HEMOS VIAJADO.





Manuel Gomez Arce.
La llegada.
Acrílico.

Alicia y el misterio del ferrocarril madrileño

Mabel Utset - Colegio El Peral

Era una tarde muy tranquila en la casa de los Gart: estaban haciendo una limpieza de primavera cuando Alberto encontró un libro muy antiguo.

- ¡Papá, papá!, ¿qué es este libro?
- Es el diario de la tatarabuela.
- ¿Podemos leerlo?
- Sí claro, pero primero acabamos esta limpieza.
- Vale, ¡pero después lo leemos!

30 DE ABRIL DE 1915

11:00

Hoy voy a viajar por primera vez en el ferrocarril. Es un nuevo medio de transporte que acaban de instalar. Sé mucho sobre esto porque le he estudiado, ¡todo Valladolid está emocionado! Con él viajas muy rápido sobre unos railes de metal. Todavía no sé cómo son estos railes, lo descubriremos hoy. Tiene un sistema de vagones que van atados unos a otros, dentro de los cuales tú te sientas. ¡Hasta puedes dormir! Por supuesto tienen ventanas para ver el paisaje. Y mi parte favorita, el primer vagón lo dirige el conductor y gracias a él todo el tren se mueve. Bueno, voy a prepararme que mi tren sale a las 12.

11:30

¡Estoy viendo los railes! Son como unos metales paralelos. Supongo que el tren va por ellos. He visto par de trenes salir, ¡me parece tan emocionante! Pero todo el mundo lleva un bolso pequeño y ¡yo llevo una maleta grande! No me quiero perder nada de Madrid. He oído tantas cosas sobre Madrid. Tengo ganas de conocer esos parques enormes que tiene y dibujar cada árbol. No puedo esperar a ver a mi amiga Rosmerta que estará en algún café. He oído que allí cada café está mejor decorado que el anterior. ¡Y las librerías! Me han comentado que algunas tienen hasta dos pisos, ¡impresionante! No me he dado cuenta de cuánto tiempo he tardado escribiendo. Me voy que están llamando a los pasajeros.

12:15

¡Estoy en el tren! Ya llevo tres bocetos de este tren. Pensaba que iba a poder ver el paisaje pero el tren va tan rápido que no lo puedo dibujar, así que me tengo que concentrar en la gente. Bueno, me voy a dormir que por la excitación esta noche no he dormido nada.

16:00

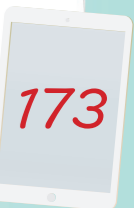
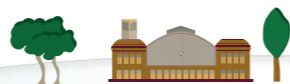
Pensaba que no me daría tiempo a escribir más, me equivoqué. Llegamos en una hora más o menos. Al llegar inmediatamente iré a mi hotel y después me gustaría dormir pero con tantas emociones, no sé si podré.

23:00

He oído ruidos extraños, pero todas las luces están apagadas. Ha vuelto a sonar, mejor me voy a dormir que seguro no es nada.

- ¡Papá, papá, quiero seguir leyendo!

- No que hay que irse a dormir. Además, no me mientas que sé que ahora vas a estar por lo menos media hora en la Play.



- Nunca pensé que iba a decir esto pero prefiero leer este libro antiguo, polvoroso y usado que hemos encontrado limpiando que jugar a la Play.

1 DE MAYO DE 1915

Hora:¿?

Al final no pude dormir esta noche. No fue por la emoción sino por el miedo. Siguieron sonando ruidos durante toda la noche. También no sé cómo pude imaginar que la capital sería idéntica a Valladolid. En un momento, vi cómo se encendía una vela. Intentaron abrir mi puerta pero la había cerrado con llave. Me tapé con la sábana como si fuera un escudo. Se apagó la luz y dejó de forcejar mi puerta pero los ruidos seguían allí. Me temo que estas vacaciones no serán tan tranquilas como me lo imaginaba.

9:00

Estoy en el café con Rosmerta. Pese a todos esos ruidos mis vacaciones siguen avanzando. He hablado de todo esto con mi amiga y me ha dicho que seguramente sean los de seguridad pero que si vuelve a pasar que la contacte. Voy a ir a la librería pero no voy a comprar ningún libro de dibujo. Por más que puedan ser paparruchadas para otros, yo creo que es un caso que no puedo dejar así.

10:30

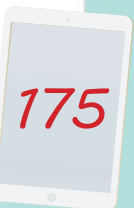
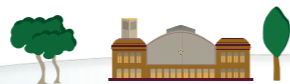
Estoy en la librería. Me temo que he acabado por comprar algún libro de dibujo. Pero también he comprado libros de misterio. Nunca he sido fan de Sherlock Holmes pero creo que por una vez sus novelas me van a divertir.

13:00

Mientras que busco el restaurante donde vendan la mejor tortilla de patata, he avanzado 200 páginas en las aventuras de Sherlock Holmes. Pensé que mis vacaciones iban a ser más tranquilas. Puede que esté exagerando pero de todas maneras no me arrepiento de haber comprado estos libros. Son apasionantes.

15:00

Os recomiendo el restaurante "La tortilla francesa". Aunque la tortilla de patata sea española sigue teniendo un toque parisino. Me gustaría ir a Francia después de este viaje a Madrid. Ahora estoy dando un paseo por los parques, ¡son enormes! Os lo aconsejo.



19:00

Está empezando a anochecer. Pero yo sigo pintando. Estoy pasando un boceto de un olmo del parque a tinta china. Aquí acaba el servicio a las 9:00 pero no significa que vaya a parar de dibujar.

21:30

Acaba de haber unos golpes en la habitación de al lado que han hecho que se derrame todo mi bote de tinta china. ¿Por qué habrá elegido el escritorio al lado de la pared? Menos mal que he salvado el diario. Voy a ir a ver. Entré en la habitación porque la puerta estaba abierta, la cama estaba desecha, no parecía haber sido limpiado desde hace mucho tiempo y las luces estaban apagadas pero la vela seguía caliente.

- Ahora te tienes que acostar.
- No, Papá, ¡quiero seguir leyendo! - No, mañana. Ahora a dormir. - Como mi vela esté caliente...
- ¡Pero si tú ni siquiera tienes vela!

21:40

Me fui de la habitación porque oí pasos pero al cerrar la puerta vi que era el número trece. Yo no soy supersticiosa pero algo me dice que en esta habitación algo no cuadra.

2 DE MAYO DE 1915

10:00

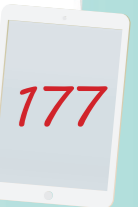
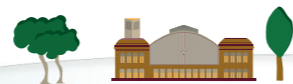
Hacía años que no dormía tan bien pero no recuerdo haberme acostado. Voy a ir a hablar con Rosmerta para ver si me ayuda con el asunto.

12:00

He visto a Rosmerta, dice que exagero demasiado, que me he leído los libros de Sherlock Holmes y que ahora me creo Alicia Holmes. Pero alguien me estaba siguiendo desde la habitación hasta el café y no me ha soltado ojo. Me da igual la opinión de Rosmerta pero yo voy a investigar.

4 DE MAYO DE 1915

Siento no haber escrito mucho estos días pero he estado avanzando en mis investigaciones. No tengo sospechosos. Avisaría a la policía pero solo dirían que estoy loca así que lo resolveré por mi misma. He vuelto a ir a la habitación de día y de noche. De día la habitación estaba arreglada y no había ni una mota de polvo, pero por la noche estaba todo desordenado y de nuevo cuando iba, los pasos se extinguían. Pero la vela seguía caliente. De hecho no recuerdo haberme acostado ningún día pero siempre estaba en mi cama el día siguiente. Así que creo que hay que tomar manos en el asunto. Espero que mis ancestros o alguien importante lea esto y si no se lee, que el caso esté resuelto.



- Mira Papá, sus ancestros, ¡somos nosotros!
- Sí pero sigue leyendo que me he metido mucho en el personaje. De hecho deberías mejorar tu entonación. Ya entiendo porque sacaste un 7 en lengua...

5 DE MAYO DE 1915

Ayer por la noche pasó algo muy extraño. Estaba investigando como todas las noches pero encontré una caja de cerillas, un cuaderno y unos envoltorios de mi restaurante favorito. Pero lo que más me sorprendió es que vi fotos mías, desde que me subí al tren hasta ayer por la tarde cuando estaba dibujando por el parque. Oí pasos y fui corriendo a mi habitación. Me dio tiempo a guardar un par de cosas y de repente me desperté en mi cama a la mañana siguiente. No creo que vaya a salir de este hotel hasta conseguir respuestas.

8 DE MAYO DE 1915

Después de mis investigaciones, he descubierto que había una doméstica que siempre se ocupaba de la habitación 13 y que fuera del hotel hablaba con el encapuchado que me perseguía cuando salía. Rebuscando por la basura, vi unos pañuelos pero no eran normales, eran pañuelos adormecedores. ¡Por eso no recordaba acostarme! Buscando quién trabajaba en el hotel, vi que la doméstica se llamaba Helena Claker. Y el encapuchado era Allan Claker, ¿su marido? ¿su hermano? Fui a la policía pero como me temía, solo pensaron que estaba loca. Al día siguiente me subí al ferrocarril de

vuelta a Valladolid. Pensé que este viaje iba a ser excitante pero al final es misterioso.

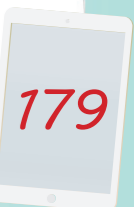
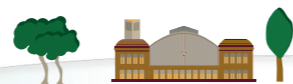
- Papá, Papá, ¡tenemos que hacer algo!
- ¡No te preocupes hijo! Este caso ya lo ha resuelto tu madre.

11 DE NOVIEMBRE DE 2015

No os preocupéis, lo he resuelto todo, todavía no os puedo decir cómo.

Volveré.

Besos, Mamá.





Graciela Gonçalves da Silva.
Sinfonía en Atocha.
Impresión digital.

Historias de un vagón

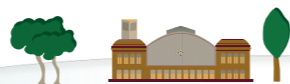
Lucía San José Prieto - IES Emilio Ferrari

Junio de 2021, Valladolid.

Era última hora. Historia era la asignatura que menos le gustaba. Para Clara era como uno de esos libros que no se los leía ni el más empollón de la clase. Además de la mascarilla, que llevarla era muy incómoda, iban a hablar de inventos antiguos. ¡Menudo rollo!

Empezó a hablar su profesor de historia, el señor Eduardo. Eduardo era un señor más bien bajo. Vestía siempre con jersey de cuello alto y con pantalones más anchos de lo normal que tapaban sus zapatos casi siempre sucios. Tenía unas gafas que resaltaban sus ojos azules y una voz que no llegaba a entender nadie porque hablaba demasiado bajo.

‘La rueda, el teléfono...’ esos son algunos de los inventos que consiguió escuchar Clara, de las muchas cosas que decía Eduardo, ya que no le oía. Estaba segura de que la mayoría de sus compañeros tampoco escuchaba bien



lo que él decía. Hasta que logro oír la palabra 'tren' y empezó a prestar más atención.

Eduardo les contó los orígenes del tren: desde los trenes cuya locomotora funcionaba con carbón, luego por electricidad, hasta la actualidad. La evolución había sido fascinante.

Entonces Clara pensó que había viajado en coche, autobús, barco e incluso en avión; pero nunca había ido en tren.

Al acabar la clase se quedó pensando en aquellas cosas que había conseguido escuchar de la clase de historia. Al fin y al cabo no estaba tan mal; pensar que antes se pasaba las clases haciendo aviones de papel y ahora consiguió prestar algo de atención a su profesor.

Se fue a casa de sus abuelos andando por una gran arboleda y pensando en la palabra 'tren'. En cuanto se dio cuenta estaba enfrente de la casa de sus abuelos. Entró, dio dos besos a su abuela y se sentó a la mesa. Durante la comida preguntó a sus abuelos si ellos habían viajado en tren. Ellos respondieron que en sus tiempos jóvenes habían ido a muchos sitios viajando en tren; en 'el tren burra'. Clara se rio al escuchar eso del 'tren burra'.

Sus abuelos le contaron que se llamaba así porque iba muy despacio. Nada que ver con los trenes de la actualidad, pero era el medio de transporte que comunicaba los pueblos con la ciudad.

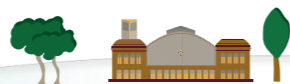
Su padre recogió a Clara de casa de sus abuelos. En el trayecto, Clara sacó su libreta de dibujo y comenzó a dibujar un tren. Nunca ha visto un tren, solo a través de las fotos que le habían enseñado su abuela y su profesor. Al llegar a casa les dijo a sus padres que Eduardo les había contado el origen del tren y que le había gustado. También les dijo que los abuelos habían viajado en el 'tren burra'. Después de haberles contado toda la historia, dijo que ella quería viajar en tren porque nunca había viajado en este medio de transporte. Sus padres prometieron que en las vacaciones de verano irían a Madrid en tren a ver un musical. Clara estaba feliz deseando de acabar el curso para irse en tren a Madrid.

Había pasado una semana desde entonces y justo ese día había acabado el curso. Esa misma tarde estuvo preparando la maleta para ir al día siguiente en tren. Unas cosas imprescindibles para ella eran: sus auriculares y su Tablet de última generación.

Al día siguiente, cogieron la maleta y se dirigieron a la estación. Eran las 10,30 de la mañana y su tren destino a Madrid salía a las 11,00.

Al entrar en la estación... vio una pantalla gigante donde venían los destinos, el primero era el suyo. Aún faltaban veinte minutos para que saliera el tren, pero Clara estaba tan entusiasmada que no podía esperar.

Su vagón era el número 2 y su asiento el 26. Se recorrió todo el tren en busca de su asiento, ya que no conocía el tren por dentro. Al final lo



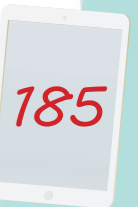
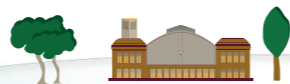
encontró y al sentarse empezó a moverse el tren. A su izquierda había una pareja de ancianos y delante de ellos unas chicas de unos 20 años. Detrás de ella estaba una madre con su bebé y delante un señor vestido con traje que parecía de negocios. Todos éramos tipos de personas distintas, lo único que nos unía, aparentemente, era que todos íbamos a Madrid.

Habían pasado 10 minutos y ya se estaba cansando de mirar por la ventana como le había dicho su padre. Se dispuso a sacar su Tablet de la mochila cuando... la pareja de ancianos empezó a hablar de porqué se iban a Madrid. Clara guardó su Tablet y empezó a escuchar esa conversación, y aunque sus padres le habían dicho que era de mala educación meterse en asuntos ajenos, Clara no podía dejar pasar esa oportunidad de escuchar algo interesante. Al parecer iban a visitar a sus nietos que hacía tiempo que no veían. La abuela se puso triste y con lágrimas en los ojos le dijo a su marido 'tantos años sin verlos, ya no nos van a conocer'. Después de oír aquella conversación, Clara pensó en la suerte que tenía de poder ver a sus abuelos todos los días. Las chicas que iban sentadas delante de los ancianos también estaban hablando. Estaban emocionadas porque iban a ir a pasar unos días a Berlín; hablaban de cómo sería su primer viaje en avión, de los lugares que visitarían. Llevaban unos planos y un diccionario de alemán- español. Clara pensó que estaban ilusionadas como ella por su primer viaje en tren. Al cabo de un rato empezó a oír llorar a un bebé, el de la madre de detrás. El bebé se llamaba Carlos; lo sabía porque había oído nombrarle en varias ocasiones para calmarlo. Giró la cabeza y le vi dándole el pecho. Entonces me dijo con una voz susurrante 'tiene hambre' y me sonrió. Me dio tanta vergüenza que me di la vuelta

rápidamente. Mientras tanto el hombre de delante de ella respondió una llamada que al parecer era del trabajo, de su jefe. Parecía un poco nervioso. Yo creo que algo malo pasaba porque el hombre asentía todo el tiempo con la cabeza como si estuviera hablando en persona de verdad con alguien y decía todo el rato 'sí, señor Pérez'.

De repente, la anciana de su izquierda se levantó y le dijo a su marido que se iba al baño. Al levantarse se le cayó el bastón y Clara, que lo había visto, se levantó y se lo recogió del suelo. Le dio las gracias y le dio una madalena casera que llevaba para sus nietos. También le dijo que si quería sentarse con ellos a jugar una partida de cartas. Clara les dijo que no sabía jugar a esas cosas, que a ella le gustaba más jugar con la Tablet. Estuvieron un rato enseñándole el juego de "a brisca". Le pareció un juego entretenido, aunque pensó que a sus amigas les parecería aburridísimo. Cuando se quiso dar cuenta el tren hizo su primera parada: 'Medina del Campo'. Le pregunté a mi padre y me dijo que era un pueblo de Valladolid.

Después de un rato se fue con su padre a la cafetería del tren. Al llegar allí una chica muy maja le dijo que iba a cerrar en cinco minutos. Así que, rápidamente, compramos dos botellas de agua y volvimos a los asientos. Clara bebió un trago de agua y vio levantarse una de las chicas. Le dijo a su amiga que iba a por agua. Clara pensó que se encontraría la cafetería cerrada, así que al pasar a su lado se lo dijo y le ofreció una de sus dos botellas de agua. La chica asintió y le dio las gracias. Le dijo que se iban a ir de viaje a Berlín ella y su amiga, y estaban consultando un diccionario



para aprender alemán básico. Clara se dio cuenta de que ella daba alemán en el instituto y les podría enseñar un poco. Le pidió permiso a su padre para poder enseñarles algo de lo que sabía y su padre asintió. Tardaron bastante rato en aprender cosas tan simples como buenos días en alemán. Pero al final acabaron diciendo frases completas en alemán. Así fue cómo el tren hizo una nueva parada: Arévalo. Su padre le dijo que ya estábamos en la provincia de Ávila. Ya estábamos a mitad de camino, pero para Clara el recorrido estaba siendo muy ameno.

Pasados 5 minutos, allí no ocurría nada todo estaba bastante silencioso cuando... Carlos el bebé de detrás de ella empezó a llorar. Clara ya se sabía esa historia, sacó un llavero que tenía un cascabel y empezó a agitarlo, parecía que eso relajaba el pequeño Carlos. Después paró, pero el bebé volvió a llorar, así que la madre le dijo a Clara que si podía volver a hacer sonar ese cascabel, ya que lo calmaba. Clara estaba dispuesta a ayudar así pues, sin pensárselo dos veces, se puso en el asiento de detrás y se sentó con ellos. Clara le contó que tenía un primo igualito y que hacía lo mismo para calmarle. Estuvieron un rato hablando sobre niños y cuando se dieron cuenta Carlos se había quedado dormido. Clara volvió a su asiento. Su padre no se podía creer que su hija ni se hubiera acordado de su Tablet ni de sus auriculares.

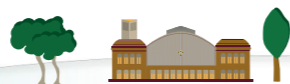
Clara se volvió a fijar en el señor del traje, seguía hablando por teléfono mientras buscaba en su mochila cuchicheando algo. Al momento escuchó que decía 'no encuentro el cargador', 'me lo habré dejado en la oficina'. Clara

miró en su mochila, y vio que tenía el cargador de su Tablet. Le hizo un gesto de dejárselo, y con un guiño entendí que sí lo quería. Cuando acabó la llamada nos comentó que estaba en una reunión muy importante de trabajo y que no podía dejar esa reunión a medias.

Al llegar a la estación de Atocha, en Madrid, Clara empezó a recoger sus cosas cuando los ancianos de antes le dieron una bolsa con un par de madalenas y le dieron las gracias por haberles ayudado y por haber pasado un bonito momento. Después mientras se dirigían hacia la puerta, las dos chicas le dieron las gracias por haberlas enseñado alemán y que cuando fueran a Berlín le enviarían una postal desde allí. Al bajar la señora del bebé le dio también las gracias por ayudarle con su hijo y le dio una propina para que se comprase lo que quisiera. Por último, cuando ya salían de la estación, el hombre trajeado les paró y les dio dos entradas gratis para el zoo de Madrid. También les explicó que él trabajaba como gerente del zoo de Madrid.

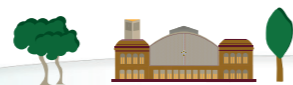
Al salir de la estación su padre la preguntó que cual había sido la experiencia de su primera vez en tren. Clara le contestó que no esperaba que en un medio de transporte como un tren pudiera conocer a tantas personas y tan distintas. Entonces su padre le confirmó que a veces la comunicación con las personas es más importante que otras cosas que creemos imprescindibles. Clara no entendía lo que quería decirle.

Su padre terminó haciéndole una pregunta:



‘¿En todo el viaje has usado tu Tablet?’ A lo que Clara respondió que no. El tiempo se le había pasado tan rápido y entretenido que ni se había acordado de usar la Tablet. Al final la interacción con las personas es más importante que la interacción con tu aparato electrónico.

Y todo lo había aprendido dentro de un vagón, en un tren.





Ana Juan.
El sueño del ferrocarril.
Acrílico.

A través del espejo

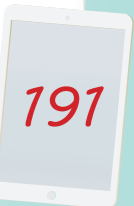
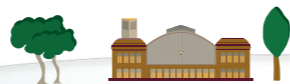
Judit Aranzana Manzano - Colegio Compañía de María "La Enseñanza"

Aburrido como una ostra... definitivamente es así como me siento. El paisaje cambia, pero siempre va en la misma dirección. Desaparece rápido y sólo me permite echar de vez en cuando una mirada fugaz y desaparece de mi vista. La otra alternativa es mirar hacia el otro lado, y ver cómo duerme mi madre y mi hermana, apoyadas entre sí, con una mala postura, dentro del vagón del tren.

Las horas pasan despacio, pero en mi vida han pasado cosas muy deprisa. Siento que el tiempo se me escapa como arena entre los dedos.

Hoy estoy aquí y mañana no sé dónde estaré. Solo sé que mi vida ha cambiado por la guerra. Tuve que abandonar mi hogar junto con mi familia en busca de una vida mejor y lejos de la violencia que vivíamos en nuestra ciudad.

En Kiev, abandoné mis cosas en la habitación, a cambio de una pequeña mochila que llevo sobre mis hombros. Se quedaron allí muchas cosas de valor sentimental... Mis primeros juguetes, mis libros...



Abandonamos todo aquello por lo que mi familia había luchado y trabajado con mucho esfuerzo, para que mi hermana y yo tuviéramos una vida mejor. Dejé atrás también lo más importante: mi padre; él ahora está en el ejército luchando en la guerra. Siento que quizá no lo vuelva a ver y cada vez que pienso en ello no puedo parar de llorar.

Mis amigos... trataré de contactar con ellos de alguna manera. Pero al igual que yo, han viajado también a otros países huyendo de la guerra.

Miro por la ventana otra vez y me imagino otra vida distinta en España, que es el país hacia el que viajamos.

Cierro los ojos, tratando de dormir, y recuerdo cómo empezó todo...

- ¡Mira mamá!, ¡En las noticias dicen que vamos a entrar en guerra con Rusia! ¡En el colegio no se habla de otra cosa! - dije a mi madre.

- No mires tanto las noticias, que lo que tenga que ser será. Ya veremos qué es lo que pasa...- dijo mi madre.

Una semana después varias bombas cayeron sobre Járkov, donde mis tíos y primos fallecieron, porque bombardearon su edificio.

Mis padres pasaron a la acción y decidieron huir a otro país. Rápidamente nos pusimos a mirar billetes de avión, algún autocar e incluso valoramos ir

en coche. No pudimos hacer nada. Todo completo y atascos interminables.

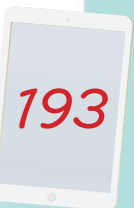
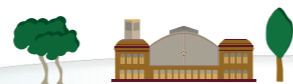
Sólo nos quedaba recurrir a un tren que salía de Leópolis hasta ni más ni menos que a ¡España!

Unos días después, antes de que nos fuéramos, anunciaron que los hombres en edad militar iban a ser reclutados para el ejército y me puse muy triste. Ya nada podía ser peor; mi vida se había arruinado por completo y, para colmo, estaban destrozando nuestra ciudad con un montón de tanques y bombas.

Mi madre nos llevó a la oficina de la policía para hacernos el pasaporte a mi hermana Anna y a mí. Unas horas después cogimos el primer tren para ir a Leópolis. Estuve llorando por el camino, ya que había dejado todo atrás y ya echaba mucho de menos a mi padre. Tendríamos que empezar de cero, sin casa, sin amigos, sin saber el idioma y en un centro de acogida, aunque, eso mejor que quedarme en la guerra.

Después de siete horas, al fin llegamos a las 20:00 a Leópolis y como no teníamos casa allí ni reserva de habitación, nos tocó dormir en un callejón, en la calle y pasamos frío.

Al día siguiente nos despertamos temprano para coger el tren y fuimos hasta la estación. Había bastante cola, pero después de un rato, mi madre consiguió pasar enseñando el pasaporte y, por fin, pudimos subir. Nos tocó en el vagón 10, mi número favorito.



Después de unos minutos el tren inició la marcha. Al principio, no me sentía mal, pero a medida que nos alejábamos estaba peor. Tenía una profunda sensación de tristeza.

Una hora después, decidí ir a investigar para entretenerme un poco y distraerme. Fijé mi atención en mi vagón al fondo, y decidí cambiar a otro vagón. Cuando entré en el vagón número ocho, vi que era exactamente igual y que estaba lleno de mujeres y niños con la misma sensación de tristeza que yo. Me di cuenta de que ir allí no había sido una buena idea.

Decidí darle una oportunidad al vagón 7. Allí descubrí que había un niño como yo, con su madre y su hermano, triste y aburrido. Decidí acercarme a él e intentar por lo menos hacerme su amigo.

- Hola ¿Cómo te llamas? - le pregunté al niño con una tímida sonrisa.
- Me llamo Fedor y tengo doce años - me dijo mientras se secaba las lágrimas.
- Yo también tengo doce años y me llamo Andriy - le respondí.

Vi que se le alegraba la cara y que se animaba un poco.

- ¿Quieres que juguemos a algo? Así nos animamos. - le pregunté.

- Vale, ¿Quieres ser mi amigo? - me preguntó con una sonrisa.

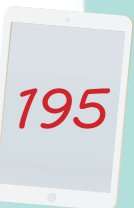
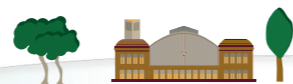
- Por supuesto que sí Fedor, me encantaría.

Y así es como hice un amigo en el tren. Jugamos a las cartas intentado hacer trucos de magia con ellas. Yo le enseñé los que me sabía y él, en cambio, me enseñó unos trabalenguas. Por un rato, nos olvidamos de la tristeza que sentíamos.

En poco tiempo llegamos a Chelm (Polonia) donde nos dieron algo de comida y donde hicimos una pequeña parada para poder salir. La verdad es que me encantó el vaso de leche caliente con galletas que nos tomamos. Teníamos que coger fuerzas ya que había diecisiete horas hasta Duisburgo (Alemania), la siguiente parada.

Fedor y yo nos contamos cómo eran nuestras vidas antes, para saber más uno del otro. Le conté que yo vivía en Kiev, en un piso con cuatro plantas y un patio interior, en un barrio tranquilo al lado de un pequeño campo de fútbol, a las afueras de la ciudad. Él me contó que vivía en Járkov en una casa amarilla de dos pisos, con patio y jardín. También hablamos de más cosas de nuestra vida, a qué colegio íbamos, cuál era nuestro libro favorito...

Cuando quedaban dos horas para llegar a Duisburgo me fui a mi vagón, con mi madre y mi hermana, para acompañarlas un rato. Miré en mi mochila y...



¡me había desaparecido el móvil! No podía ser. ¿Qué le diría a mi madre? Tenía que encontrarlo antes de llegar. Busqué por el suelo, los asientos...

Empecé a preguntar a los demás viajeros por si lo habían visto. Me dijeron que un niño del vagón 11 tenía un móvil.

Desesperado fui al otro vagón y encontré al niño del móvil. Le pregunté si me lo podía devolver y me dijo que no, que era suyo y que yo no podía demostrar lo contrario. Me enfadé mucho y le dije que sí que lo podía demostrar, pero en realidad no sabía cómo.

Llegamos a Duisburgo y nos quedamos a dormir. Al día siguiente, cuando volvimos a subir al tren, me puse a pensar cómo podía demostrar que el móvil que el niño tenía era el mío.

Me senté en el vagón, y mi hermana se sentó a mi lado.

- ¿Me enseñas las fotos de tu móvil? - Me preguntó.

- ¡Pues claro! ¡Mis fotos! - Grité emocionado.

Fui corriendo al vagón 11 a por el niño, miré las fotos y, en efecto, era mi móvil. Me lo devolvió a regañadientes y cuando me di cuenta ya habíamos llegado a nuestra tercera parada, Luisburgo (Alemania).

Salimos del tren y le presenté a Fedor a mi hermana Anna. Estuvimos jugando mucho rato. También nos quedamos a dormir allí, ya que nos esperaba un viaje largo y teníamos que recuperar muchas fuerzas.

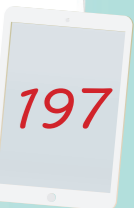
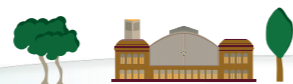
Salimos en el tren hacia España, pero eso sí, era un viaje larguísimo, dieciocho horas. Al principio me puse triste otra vez, pero me obligué a ser optimista porque no todo podía ser malo.

Al rato, el tren se paró por una avería y dijeron que tardaríamos más, así que rápidamente cogí 30 grivnas de mi bolsa para comprar algo de comida y agua, por si llevaba mucho rato reparar el tren. Menos mal que no llevó mucho tiempo repararlo y nos dio un alivio tremendo. Por otro lado, me percaté de que había que utilizar euros y no pude comprar nada.

Pasé mucho rato mirando por la ventana, admirando el paisaje cambiante de Francia con toda su naturaleza. Pronto cruzaremos hacia España. Ya queda poco tiempo para llegar. La próxima parada y definitiva es la estación de Atocha en Madrid.

Cierro los ojos con fuerza y deseo con toda mi alma que nos vaya a todos bien. Que permanezcamos juntos. Que mi familia esté unida de nuevo con mi padre. Y que alguna vez podamos regresar de nuevo a nuestro país.

¿Será España nuestra nueva oportunidad de ser felices?





Manuel Gómez Arce.
El transcantábrico.
Acrílico.

El extraño viajero

Inés Arnáez Casero - IES Parquesol

Irene, a sus doce años, viajaba en tren por primera vez. Aunque no debía, porque creía que un viaje en tren no era nada del otro mundo, estaba un poco nerviosa. Ya había montado en avión cuando fue a Roma con sus padres. Entonces sí que le pareció todo muy emocionante, la llegada al aeropuerto, las colas para facturar, y sobre todo el despegue y el aterrizaje, con el ruido ensordecedor de los motores y las mariposas que se le pusieron en el estómago. Comparado con eso, el viaje en tren parecía algo rutinario, e incluso aburrido.

Pero ahora iba con sus amigas a un campamento, sus padres solo iban a despedirla a la estación, después viajarían solas. En la estación de Santander las esperaban para llevarlas al albergue donde pasarían una semana.

Llegaron al andén y allí ya estaban Elena, Laura y Mónica también con sus padres.

Elena parecía tan nerviosa como ella, no paraba de hablar y de reír, preguntando a todo el mundo:

- Mamá, ¿estás segura de que me has metido en la mochila el bañador rojo?

Irene, ¿llevas el móvil cargado? El mío tiene poca batería.

Apenas escuchaba sus respuestas y ella seguía moviéndose de un lado a otro del andén.

Irene estaba impaciente por empezar el viaje y despedirse ya de sus padres.

- Podéis iros ya, no os preocupéis.

- Ya, ya nos vamos, estáis deseando quedaros solas- le dijo riendo su madre.

El tren llegó y rápidamente buscaron el vagón número 3 en el que tenían sus plazas. Subieron las cuatro después de despedirse de sus madres con un beso y un abrazo rápidos. Los padres también subieron, colocaron las mochilas en los portaequipajes y las dejaron en sus asientos. Se bajaron rápidamente por si el tren salía. Las cuatro amigas pegaron su cara a la ventanilla y agitaron sus manos diciendo adiós con enormes sonrisas.

Por fin el tren se puso en marcha, el paisaje se sucedía a toda velocidad, primero los viñedos, a continuación, los campos de frutales, y por fin llegaron al primer pueblo grande, Venta de Baños, allí el tren se detuvo únicamente el tiempo necesario para que bajaran y subieran los pasajeros.

Las cuatro se fijaron en un nuevo viajero. Era un hombre muy alto, moreno y con una barba desaliñada. Iba cubierto de pies a cabeza con una capa que resultaba extraña en el verano que comenzaba. Él volvió la cabeza y se percató de que le estaban mirando, sorprendidas se tiraron las cuatro hacia atrás, hundiéndose en el asiento.

- Nos ha visto -dijeron.

- Tiene la cara más arrugada que una uva pasa, susurró Irene.

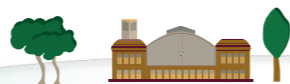
- A mí me da miedo- contestó Mónica, bajando tanto la voz que apenas pudieron escucharla - me recuerda al profesor de lengua que suspendió a mi hermano el año pasado.

- Podemos llamarle Sauron- sugirió Laura.

Y enseguida se pusieron de acuerdo, aceptando la idea.

Entre tanto, el tren se puso de nuevo en marcha camino a Palencia, Sauron deambulaba por el pasillo buscando su sitio. Finalmente lo encontró, su plaza estaba a la derecha de sus asientos. Ninguna se atrevía a mirarlo de nuevo, disimulaban hablando entre ellas a un volumen demasiado alto, o riéndose de tonterías.

- Mira ese río, ¿cuál será?- preguntó Laura.



- ¡Pero si es el Pisuerga que pasa por Valladolid!- le respondió burlona Elena.
- Es que por aquí el río no se parece nada al que veo desde mi casa- se defendió Laura que vivía junto al Puente Colgante.

Al fondo del vagón se veía al revisor que se acercaba pidiendo a los viajeros sus billetes. Mientras Sauron lo buscaba entre las hojas del periódico que había comprado, las chicas comenzaron a abrir las cremalleras de sus mochilas y rebuscar entre las muchas cosas que habían metido para el viaje.

- No lo encuentro - decía nerviosa Irene.
- Mira en tu cartera - le tranquilizó Mónica- o saca despacio todo lo que llevas.

Al fin, todos esperaban a que llegara a ellos con el billete en la mano. El revisor picó primero el del viajero misterioso, y después se giró hacia ellas. Las saludó amablemente:

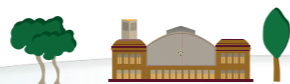
- Hola, ¿dónde vais?
- A Santander - respondieron ellas contentas y aliviadas por completar el primer obstáculo de forma satisfactoria.
- ¿Y viajáis solas?

- Sí, vamos a un campamento cerca de la playa. En Santander nos esperan para llevarnos a Entrambasaguas- le explicó Irene. - Es un lugar precioso, seguro que lo pasáis fenomenal.

Picó sus billetes y se despidió deseándoles buen viaje. Le dieron las gracias.

El tren aminoraba la marcha porque se acercaba la capital palentina. Lo primero que vieron al entrar en Palencia fue la enorme roca donde la gente practicaba escalada.

- Estuve aquí con mis primos en Semana Santa- les contó Mónica.
- ¿Es difícil subir? ¿No te dio miedo?- le preguntó Elena.
- No, porque vas asegurada con cuerdas, te ponen casco y protecciones en las rodillas. Me costó un poco, pero logré llegar a la cima de la roca.
- Tenía un poco de vértigo al mirar desde arriba.
- Yo no me atrevería a subir - dijo Laura.
- Yo tampoco- asintió Irene.
- Pues a mí me encantaría probar - les aseguró Elena.



De nuevo los viajeros que abandonaban el tren empezaron a coger sus equipajes para bajar, y otros subieron al tren.

Aunque solo habían pasado unos cuarenta minutos desde que salieran de Valladolid, Irene empezaba a tener hambre. Su padre le había preparado unos bocaditos pequeños para que los compartiera con sus amigas, rellenando de jamón y queso unos croissants. Sacó una bolsa de su mochila y se los enseñó.

- ¿Os apetece comer algo? Están muy buenos.

Mónica y Laura cogieron uno cada una. Elena lo rechazó.

- Es que no tengo hambre. Estoy demasiado nerviosa- se disculpó.

- Sí que están ricos- ratificó Mónica.

Laura asentía mientras buscaba en su mochila.

- Yo he traído mi cantimplora con limonada fresquita, ¿queréis?

- Sí, sí - respondieron todas acercando los vasos de sus cantimploras a Laura.

Ya se habían olvidado del compañero que tanto les había inquietado unos minutos antes.

- No tengo hambre, pero las gominolas sí que me apetecen - bromeó

Elena sacando una bolsa llena de chuches de distintos colores y tamaños. La colocó en medio del grupo para que todas escogiesen. Riendo se abalanzaron sobre los dulces, dos tiraban del mismo fresón, otra metía la mano y sacaba el puño lleno...

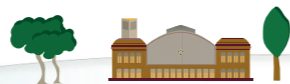
De repente, Irene empezó a toser, se llevó las manos a la garganta y comenzó a hacer ruidos raros.

Sus amigas la miraban asustadas y no sabían qué hacer. Elena gritó pidiendo ayuda y varios viajeros se levantaron de sus asientos para comprobar qué ocurría.

El hombre extraño se acercó, se colocó detrás de Irene y puso sus brazos alrededor de su pecho uniendo las manos, comenzó a darle golpes hasta que, de repente, de la boca de Irene salió disparado un caramelo de color verde. Irene respiraba rápidamente y estaba roja como un tomate, pero ya parecía estar a salvo. Los otros viajeros comenzaron a aplaudir y las tres amigas se abrazaron a Irene aliviadas y felices.

- ¡Qué susto nos has dado!

- ¿Cómo estás? ¿Quieres beber un poco de agua?



- No, gracias, ya estoy bien. Se me quedó el caramelo en la garganta y no podía respirar, pero ya estoy bien- repetía Irene.

Se volvió a darle las gracias a su salvador.

- Muchas gracias. Me ha salvado la vida, señor.

- No ha tenido importancia. Es la maniobra de Heimlich, nos la enseñan en los cursos de salvamento. Es que soy monitor de deportes y de tiempo libre. Me llamo Raúl- le dijo sonriendo y estrechándole la mano.

- ¡Ha sido increíble! -intervino Laura- ¡Vaya modo de empezar nuestro campamento!

- ¿Vais de campamento?

- Sí, respondieron las cuatro al unísono.

- Yo voy a hacer una parte del camino de Santiago que va por el Norte junto al mar. Empiezo en Santander y espero llegar a Santiago en un par de semanas.

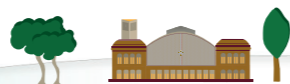
- Ah, por eso la capa- le dijo Elena riéndose- nos había parecido un poco raro en este tiempo.

- Sí, es muy útil para protegerme del viento y la lluvia que suele haber por estas zonas.

El resto del viaje lo pasaron hablando de sus planes para el verano, se les hizo cortísimo, aunque ya no comieron nada más por si acaso.

Cuando llegaron a Santander, los viajeros que quedaban en el tren cogieron sus equipajes y se prepararon para salir. Se formó una pequeña cola, los más impacientes eran los primeros.

Las cuatro amigas estaban casi al final con su nuevo amigo, en el andén se despidieron con un gran abrazo. Mientras Irene seguía a sus amigas y a los monitores que habían ido a recogerlas, recordaba cómo había empezado el viaje en Valladolid.





Fernando Vicente.
El tren de las Letras.
Acrílico.

Una aventura que contar

Rodrigo García San José - Escuela Teresiana de Valladolid

Me llamo Tomás, tengo 21 años y hace unos meses me subí en el espléndido ferrocarril que me llevaría al lugar en el que disfrutaría mis queridas vacaciones.

Pero no todo era alegría, había algo que me perturbaba. Soy novelista y hacía tiempo que había terminado mi última novela. Desde entonces estaba en blanco. Había hecho varios borradores, pero ninguno me convencía. Así que esperaba que en este viaje, por obra divina, me llegase la inspiración.

Pero basta de pensar en el trabajo, voy a descansar un poco. - reflexioné Me puse cómodo en mi asiento y cerré los ojos. Mas, algo llamó mi atención, alguien se había chocado con mi pie. Cuando lo vi, resulto que era una persona muy pintoresca, parecía el típico mafioso de manual. Medía por lo menos dos metros, tenía una barba que le tapaba casi toda la cara, llevaba unas gafas redondas que cubrían sus marrones ojos y una gabardina color café que lo hacía parecer aún más peligroso. Cuando le miré y le analicé bien, me aterró.

Se sentó enfrente y me pidió perdón con una voz muy grave, tan grave que empecé a notar una sensación de miedo e inseguridad que recorría todo mi cuerpo.

Intentaba no mirarle, la tentación era demasiado grande. Pero si dentro de mí había una emoción que sobresalía sobre las demás, esa era el miedo. Apoyé mi brazo en la pared y contemplé el paisaje hasta que mis párpados se cerraron y caí en un profundo sueño del que tardé dos horas en salir. Cuando desperté, lo primero que vieron mis ojos fue a aquel maleante sacando sus sucias manos del bolso de la señora que estaba sentada enfrente de mí. El muy descarado le había quitado el móvil y la cartera a la inocente señora. Aquella señora que debía superar los 80 años, era una anciana indefensa: pelo gris, arrugas, con muchas perlas a modo de adorno y un pintalabios color carmesí que resaltaba sus labios.

Quería ver cuáles eran las verdaderas intenciones de aquel ser tan variopinto. Esperé unos treinta segundos a que se fuera. Y ahí es cuando comencé a seguirlo.

Fue recorriendo los vagones del ferrocarril hasta llegar al que menos gente albergaba.

Se había sentado en el asiento más alejado. Su mano sostenía un teléfono azul, notablemente más moderno que el viejo y desgastado móvil negro de la anciana. ¿A quién se lo habrá robado? - pensé.

Esperé a que mirase a algún ángulo muerto desde el cual no pudiera verme. Cuando eso sucedió fui lo más rápido que pude a sentarme en un asiento desde el que el cuál no me viera, pero lo suficientemente cerca como para poder escucharle.

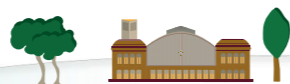
Sentía una fuerte sensación de adrenalina. Por un momento pensé que era un gran espía que se encontraba allí para derrocar a un grupo de malhechores. El hombre había llamado a alguien. Me esperaba que aquel alguien, pudiera ser algún mafioso peligroso, pero no resultó ser así. Esperaba que entablará algún tipo de conversación a través de su moderno móvil con un desconocido interlocutor (para mí) y que yo no comprendería; sin embargo no podía estar más equivocado. Jamás se me habría ocurrido cuál era la verdadera situación.

- Los tengo, el monedero y el móvil. - le dijo el hombre a su compañero que se encontraba al otro lado del teléfono.

- ¿Has comprobado que son suyos? - preguntó el otro hombre. - Después de todo lo ocurrido, ya no me fío.

El hombre sacó del monedero de la anciana un DNI gracias al que verificó que aquello era posesión de María Consuelo de la Fuente.

- Sí, es suyo, no hay duda.



- Pero hay algo que no entiendo, ¿por qué le has cogido el móvil? - preguntó el compañero.

- Quería asegurarme de que no le pedía ayuda a nadie. Además, no será útil como prueba.

¿Prueba? Esa palabra me chocó demasiado, no tenía ni idea de a qué se refería.

- Bueno, me voy a por ella. - dijo el señor misterioso.

Colgó la llamada, se guardó el móvil y la cartera de la señora en el bolsillo y lentamente se levantó y puso rumbo hacia el vagón en el que nos encontrábamos antes.

Pero, hizo una parada. Cuando pasó por donde estaba sentado yo, me miró con cara amenazante.

En ese momento sentí que me iba a morir y mi cuerpo dejó de responder.

- Verás chaval. Yo entiendo que me has pillado y que tengo unas pintas de mafioso de libro, por lo que es normal que me sigas. Pero, macho, cúrratelo un poco. Es que me estabas dando pena de lo mal que te lo has montado.

- ¿De verdad qué soy tan malo? - pregunté con una cara de tristeza.

Por un momento olvidé todo el miedo que tenía en el cuerpo. Por alguna extraña razón, sentía que podía confiar en él.

- Lo siento tío, pero no vales para espía. - dijo el señor mientras tenía su mano puesta sobre mi hombro.

Acto seguido, volvió a avanzar y yo fui detrás de él.

Llegamos al asiento de la señora. Llevaba un rato despierta, tenía cara de preocupación. La gente de alrededor la estaba ayudando a encontrar sus cosas.

El hombre misterioso se acercó y movió su gabardina para sacar su cartera.

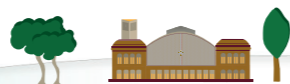
- ¡Yo soy el que tiene sus pertenencias! - gritó para llamar su atención.

- Consuelo, hasta aquí hemos llegado. Se acabó. - dijo el hombre antes de abrir su cartera.

Cuando lo vimos, todos los pasajeros nos quedamos boquiabiertos.

- Está usted detenida. - dijo el hombre mientras le colocaba unas esposas.

Aquel misterioso hombre era un policía.



- ¡¿QUÉ?! - grité con la que probablemente fue la mayor cara de sorpresa que había puesto en mi vida.

Estaba completamente alucinado. Y más lo estuve cuando varios pasajeros se levantaron y se acercaron hacia nosotros porque resultaron ser policías también.

- Esta señora que a primera vista puede parecer una anciana inocente, en realidad es una peligrosa narcotraficante que lleva décadas siendo perseguida por la ley. - dijo el hombre misterioso mientras sus compañeros se llevaban a la señora.

- Por favor, tengan mucho cuidado con la gente, ya que las apariencias engañan. - dijo uno de los polis dirigiéndose a los pasajeros.

Seguía en estado de shock, sin creérmelo. Pero pensándolo fríamente, todo tenía sentido. La razón por la que le había quitado la cartera era para asegurarse de que realmente era ella. Y por eso decía que el teléfono les podía servir como prueba más adelante, seguramente tenga alguna conversación que la delate.

- Chico, siento mucho mis modales. Después de todo esto todavía no te he dicho mi nombre. - me dijo el señor misterioso. - Mi nombre es Jaime Gómez, ¿y tú cómo te llamas? - preguntó.

- Me llamo Tomás y soy novelista.

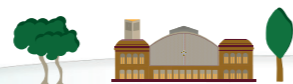
- Ya veo, lo tuyo es escribir. ¿Has probado alguna vez a escribir una novela policiaca?

- Sinceramente, no. Pero ganas no me faltan y ahora tengo una historia que contar.

Durante mis vacaciones estuve pensando en los fundamentos de mi novela. Y al llegar a mí casa comencé a escribir la obra en la que relaté la historia de cómo los perversos actos de María Consuelo de la Fuente habían desencadenado la vocación de Jaime Gómez, que se convirtió en el policía que frenaría todos los crímenes de una de las mayores narcotraficantes del siglo.

El libro solo lleva un mes publicado y ya va por su tercera edición. Ha sido todo un exitazo. Todos hemos salido ganando. Yo he salido de mi bloqueo artístico, Jaime ahora es idolatrado por un montón de ciudadanos y ha sido ascendido a jefe de policía y la sociedad ya no tendrá que preocuparse de María Consuelo.

... Aún sigo cogiendo ese tren todos los meses.





Mira Bassi.
El tren.
Técnica mixta.

El tren de las lágrimas

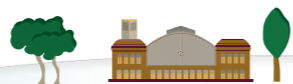
Cayetana Imaz Mateos - Colegio Compañía de María "La Enseñanza"

Toda su historia comenzó con un simple día de lluvia, un tren y un viaje a París. Después de la muerte del padre de Ginger, ella decidió irse en un tren ese mismo día para empezar su vida de nuevo, lo que no sabía era que terminaría convirtiéndose en uno de sus mejores y peores viajes. En el tren rumbo a París conoció a una persona que lo cambiaría todo. Axel.

GINGER. Yo iba con mis cascos, mi música y mi café, en ese momento sentí que algo me empujó y me caí, me caí encima de él, de Axel. Le manché entero de café, no me salían las palabras para disculparme, así que me levanté y salí corriendo por todo el tren hasta llegar a mi asiento. Me senté y comencé a leer, pero no por mucho tiempo. Algo me tocó por la espalda, me giré y le vi, vi esos ojos verdes y esa sonrisa tan bonita que no podía parar de mirarle.

AXEL. No paraba de mirarme, así que me decidí y la hablé.

- Hola, tu eres la chica de antes ¿verdad? Por cierto, soy Axel, encantado. -



-H-hola, si esa soy yo, que vergüenza, encantada Axel, soy Ginger. - Ginger

AXEL. Desde el primer momento en que la vi supe que se iba a convertir en algo esencial en mí, era perfecta. Me senté en mi asiento, a su lado y durante todo el viaje en tren estuvimos hablando.

- Sabes Ginger, creo q seremos muy buenos amigos.

- Yo también lo creo.

Esas palabras que dijo me pusieron nerviosa. No sabía por qué, lo acababa de conocer, pero parecía que lo conocía desde hace diez años. Poco a poco fui cogiendo más confianza en él, así que le conté todo, no me pude aguantar las lágrimas y me abrazó. Era un abrazo que necesitaba desde hace años, no nos separamos y me dormí apoyada en su hombro, olía tan bien.

Ginger se había dormido en mi hombro, estaba tan guapa, no paraba de pensar que gracias a un simple tren y na confusión en él la había conocido.

Una persona que cambiaría mi vida y me enseñaría lo que es querer. Ya queda poco para llegar a Paris, la desperté y le dije:

- Sabes Ginger, a partir de ahora te llamaré galletita.

- ¿y eso a qué viene?

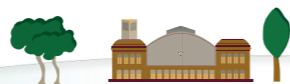
- A que te quiero.

No sabía que decir, así que me acurruqué y a través de la ventana del tren observamos la lluvia y el paisaje, pero ese tren no era un simple tren, era el tren que cambió mi vida por completo. El tren que me enseñó que no todas las personas son iguales. Me veía con un futuro con él, siendo feliz.

El tren anunció que en diez minutos llegaríamos a Paris. Antes de todo le pedí a Axel su usuario de Instagram para seguir hablando y quedando algún día.

Bajé las escaleras del tren, y esperé a que Axel saliera para despedirnos. Sabéis esa sensación de vacío en el cuerpo cuando te das cuenta que puede que no te vuelvas a ver con una persona que quieres, que tienes confianza, que es perfecta sin importar su cuerpo, su cara. Ginger era perfecta. Bajé por las escaleras del tren y la vi, vi a Ginger tirando las maletas con lágrimas en los ojos y corriendo hacia mí, nos abrazamos durante cinco minutos en frente del tren.

GINGER. Ese abrazo lo sentí. Sentí que lo quería, que le quería de verdad. Que ya no tenía preocupaciones, que podía desahogarme con él y podía ser yo misma sin que me importara lo que los demás digan de mí. No quería irme, ni despedirme, me sentía tan a gusto con él. Me prometió que nos veríamos algún día aquí en París.



- Galletita, te quiero, nunca olvidaré este viaje en tren, prométeme que tú tampoco.

- Te lo prometo. Te quiero Axel.

AXEL. El tren se estaba yendo, ese ruido me despejó y vi a Ginger salir de la estación de trenes. Iba rumbo al hotel cuando decidí enviarle una solicitud en Instagram, pasaron muchas horas y pensé que ya la había perdido. Al día siguiente, por la mañana sonó un `ring` en mi teléfono, estaba sentado en una crepería, vi el mensaje y ponía: asómate por la ventana, lo hice y la vi, la vi a ella, a Ginger, a mi galletita, salí corriendo a abrir la puerta, la abracé con todas mis fuerzas.

GINGER. Que ilusión me hizo verlo, estaba tan contenta. Estuvimos todo el día juntos: por la mañana desayunamos unas creps de chocolate, estaban buenísimas. Comimos en un italiano unas pizzas, yo de cuatro quesos y el de barbacoa. Después de comer nos montamos en un tren, los trenes me recuerdan a él. Estábamos muy lejos del centro de París. Nos bajamos del tren y fuimos a visitar la Torre Eiffel, nos hicimos muchas fotos juntos.

Al día siguiente: ya estaban cada uno en su hotel y Ginger decidió ir a darse una vuelta por todo Paris en tren, como no, a ella le encantan los trenes. Ya subida en él, Ginger decidió escribir a Axel.

- Hola, ayer me lo pasé muy bien. -Ginger

GINGER. Axel lo vio, pero no me respondió, le notaba raro, nunca hace eso, así que le volví a escribir.

- Axel, qué te pasa, no estas como siempre, te noto diferente. - Ginger. Esta vez sí que me respondió.

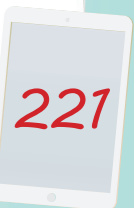
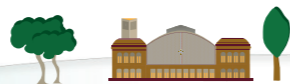
- Ginger, estoy bien, déjame ya, por favor. - Axel.

- Está bien, hoy te dejo, pero mañana me cuentas. Te quiero.

GINGER. No sé qué le pasaba se me hizo extraño porque no me llamo como siempre, galletita. Así que le deje descansar, como él me dijo.

Ya era otro día, Ginger se quedó en el hotel, estaba triste, pero salió a dar una vuelta. Llegó hasta la estación de trenes y se acordó de él. Axel estaba confuso, no sabía si decirle a Ginger lo que sentía por ella.

AXEL. Me sentía confundido, no paraba de hacerme preguntas como: ¿valdrá la pena?, ¿lo voy a estropear todo? Pero sabes qué, me dije qué más da, si me dice que me quiere será verdad. Antes de todo necesitaba despejarme, fui a mi lugar seguro, la estación de trenes, pero en el camino me la encontré, a mi galletita, Ginger, era la oportunidad perfecta. Fui decidido a por ella y se lo pregunté.



- Galletita, necesito hablar, siento lo de ayer, pero de verdad, te quiero, eres perfecta, y me has hecho saber lo que es querer. ¿Saldrías conmigo?

- Axel.

- Sí, sí, sí, por supuesto que sí. - Ginger.

GINGER. Ahí estábamos los dos, en nuestro lugar favorito, donde todo comenzó, en una estación de trenes, abrazados cara a cara. Le quería un montón.

AXEL. Estaba súper emocionado y contento, me había dicho que sí, aun no lo creía. Pasaron muchos meses y ya era hora de despedirme de París. Ginger y yo nos tomamos nuestra última crepe aquí. Y dimos nuestra última vuelta cogidos de la mano.

Ellos dos eran la pareja perfecta, o como muchos dicen la pareja ideal. Todo iba perfecto en esta relación. Los dos llegaron a la estación de trenes, Axel le había traído un ramo de flores y una caja de bombones.

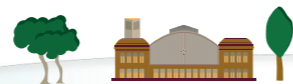
Ya estaban preparados, estaban dejando las maletas. Les había tocado los mismos asientos que antes y estaban muy emocionados. Como se habían tenido que despertar pronto para ir a coger el tren se durmieron; Ginger apoyada sobre el hombro derecho de Axel, él aprovechó para subir unas cuantas fotos a su cuenta de Instagram con Ginger.

Después de unas dos horas Ginger se levantó. Tenía mucha hambre y pidió a la azafata del tren que ya les trajera la comida. El viaje era muy largo, pero no les importaba ya que era en el lugar en el que se conocieron y en donde todo comenzó. La cosa era que Axel vivía en Valencia y Ginger en Almería, un poco lejos, pero estaban dispuestos a seguir con la relación y en un futuro irse a vivir juntos a San Sebastián, les encantaba esa ciudad. La azafata les trajo la comida: espaguetis a la carbonara y de segundo un filete de carne con patatas. Estuvieron comiendo y al cabo de un tiempo Axel se durmió. Mientras tanto Ginger no paraba de pensar si de verdad valdría la pena estar con él si casi no se van a ver y que las relaciones a distancia muy pocas veces funcionan.

GINGER. Ya casi estamos llegando, nos quedan muy pocas horas de viaje para que Axel llegue a su ciudad, eso significa que nos vamos a tener que separar, no quiero ni pensarlo.

Ya hemos llegado, todavía no han abierto las puertas, no quiero que lo hagan. Axel acaba de coger su maleta y poco a poco está bajando del tren. Ahora soy yo la que está sentada en el tren con muchas lágrimas y Axel mirándome por la ventana del tren.

Siempre te querré.





Javier Zorrilla.
Atocha-Cercanías.
Acuarela.

Un día cualquiera

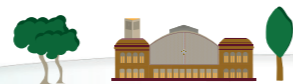
Lola Merlo Ortiz - IES Emilio Ferrari

Como cada mañana, estaba ahí, con sus gafas brillando al reflejo del sol, con su pelo rubio alborotado por el aire de la primera hora de la mañana, con una sudadera larga y unos pantalones negros y con un maletín en la mano derecha.

Como cada mañana, estaba ahí, con esa cara que te produce incertidumbre al no mostrarte nada. No reflejaba alegría, ni tristeza, ni enfado, ni miedo, ni calma, ni la propia incertidumbre.

Como cada mañana, estaba ahí, en los bancos de la parada del tren, ahora decorados con espumillón a rebosar, con un café que echa humo a borbotones y que parece no acabarse, probablemente de la cafetería de atrás, también decorada en exceso.

Como cada mañana, estaba ahí, de pie, enfrente del andén, sin dificultad alguna para no salir volando en dirección contraria a causa de la fuerza del impulso del tren. Pero ya no está ahí, porque es veloz como el viento, como un halcón en picado, como un tren a toda velocidad.



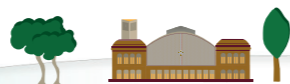
No, ya no está ahí, ahora está en el asiento de siempre, a contramarcha para ver las puertas y quién sube y quién baja. Ahora tiene la mirada perdida, los ojos llorosos y se quema la mano. Nadie sabe a dónde va, cuándo vuelve, ni qué hace siempre en el mismo tren. ¿Esperará a alguien?, ¿irá a trabajar o de visita? ¿quién es y cuántos años tiene?, ¿por ir siempre en el mismo tren le harán un bono descuento? Nadie sabe si se baja en la última parada o si se baja en alguna otra. Pero toda esta incertidumbre sobre esta curiosa persona se va a acabar hoy porque yo me voy a encargarme de averiguarlo todo.

Lo primero que quiero hacer es aclarar todas estas preguntas porque, ¿cómo se puede saber tanto y nada a la vez sobre una misma persona? Pero tengo un problema y es que no sé cómo voy a encontrar respuestas si no sé cómo hacer las preguntas, es decir, ¿qué hago? ¿me siento cerca y observo?, ¿pido permiso para sentarme a su lado y entablo una conversación?, ¿finjo un accidente para que tenga que ayudarme y acabar hablando? Pero, la gran duda es: ¿de dónde me sale a mí toda esta curiosidad por esta persona, que simplemente parece llevar una rutina? No lo sé, pero yo si empiezo algo, lo acabo, así que vamos a ello. Pensándolo bien, si sigo a esta persona, como una coincidencia, en todo lo que haga, quizás averigüe algo.

Llego puntual al andén, normalmente llego tarde, pero hoy he intentado llegar antes de que se compre el café y lo he conseguido. Es raro porque normalmente en los sitios te preguntan qué quieres, te dicen el precio, o, si eres cliente habitual, hablan contigo, pero con esta persona no, le ponen el café y se sabe el precio, nadie dice nada. Es raro, y lo anoto en un cuaderno.

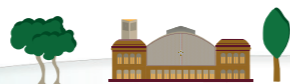
Va pasando el tiempo, el paisaje sube y baja, pero cada vez hay menos personas. Vamos a llegar a la última parada y aún no he hecho nada de nada. Sólo he mirado. En el cuaderno sólo hay una frase. He tirado tres horas de mi vida en ir a algún sitio para nada. Me reconcome la frustración. No aguanto más, me levanto y me quedo de pie delante de mi mar de dudas y le digo ¿quién eres?, ¿por favor, dímelo! Se le pone la cara blanca y me asusto. De repente grita ¿Eres tú, Inés! Se quita las gafas, se frota los ojos y se las vuelve a poner. Estoy asustadísima, parece que sabe más de mí que yo de ella y no ha intentado averiguar nada de mí, como hecho yo. El conductor oye los gritos y viene cojeando, pero, para mi sorpresa, en vez de preguntar si todo está bien o algo, él también grita ¿es cierto? ¡Inés! Y toda mi vida pasa ante mis ojos. Las maravillosas tardes en casa de los abuelos, los juegos, los pasteles, los concursos... Y también mi séptimo cumpleaños y el dolor más fuerte que jamás haya podido sentir. Todos me cantaban cumpleaños feliz, los abuelos no venían, mis padres no estaban felices y, antes de que fuera a soplar las velas, me llevaron a otro lado y me dieron un paquete. Era un regalo de mis abuelos y tenía una nota, pero mis padres no me dejaron leerla. El regalo era un collar, una estrella partida a la mitad.

Desde entonces, no me había quitado el collar. Mis padres se agacharon a mi altura y me dijeron que los abuelos se habían ido de vacaciones y habían tenido un accidente. Lloré, lloré y lloré, incapaz de hablar. Mi único regalo de cumpleaños fue una marca de dolor incurable en el corazón. Pero ahora los abuelos estaban allí, conmigo... Y sentí que la alegría curaba el dolor,



pero no por mucho tiempo porque, de repente, un pensamiento me marcó otra herida que me hizo llorar. Si los abuelos estaban vivos, mis padres me habían mentado durante estos cuatro años. ¿Qué iba a hacer yo ahora?.

Mi abuela me abrazó y los colgantes se unieron.





Beatriz Ujados.
Valladolid
Impresión digital.

Dibujos desde el tren

Jaime Pérez Sanz - IES Emilio Ferrari

Nico es un niño de mediana estatura, moreno, con los ojos verdes, aventurero, deportista y soñador. Tiene dos hermanos, un chico y una chica. El chico se llama Héctor y es el más pequeño de los tres; la chica se llama Carla y es la hermana mediana, por lo tanto Nico es el hermano mayor. Ellos y sus padres siempre habían sido muy felices en Valladolid, porque era la ciudad donde siempre habían residido.

Dentro de unos minutos salía un tren hacia Barcelona, donde iba a estar su nueva residencia, ya que tenía que mudarse porque al padre le había salido un trabajo allí.

- ¡Vamos chicos! - dijo el padre.

- ¡Ya llegamos! - contestaron todos al unísono.

Una vez llegaron al andén y cogieron el tren, su padre le contó a Nico algunas historias de Miguel Delibes y le explicó que pasarían 32 horas en el tren visitando los diferentes escenarios y viendo los paisajes que le gustaban

a Delibes. Al principio Nico no le entusiasmó la idea, pero con el paso del tiempo fue sacando lado positivo. En los primeros veinte minutos solo veía la ciudad, pero al poco tiempo vio algunos prados amarillos. A Nico lo que más le gustaban eran los pájaros que veía por el camino, águilas, buitres, cuervos, pero los que más le gustaron fueron las grajillas, además había una innumerable cantidad de ellas.

Minutos más tarde pasaron por una pequeña ciudad en mal estado de conservación.

- ¿Ves esta ciudad Nico? - Dijo el padre.

- Sí, la veo - aclaró Nico.

- Pues aquí se desarrolló la historia 'Aún es el día', de Miguel Delibes, - señaló el padre.

A Nico le entusiasmó mucho estar en el escenario de un libro tan famosos. Nico dibujaba muy bien y decidió dibujar todo lo que veía y juntarlo todo al terminar. Un par de horas después pasaron por un precioso pueblo con una plaza circular con un jardín en el medio, y el padre le contó a Nico que allí se había ambientado el libro 'Mi querida bicicleta' y una vez más Nico lo dibujó. Fueron viendo varios escenarios más, vieron el de 'Las ratas', el de 'Mi idolatrado hijo Sisi' y el de 'La hoja roja' y todos ellos fueron dibujados por Nico. Al cabo de dos horas y media llegaron a

un pueblo, se llamaba Molledo y en ese caso Nico sí que sabía a qué libro pertenecía.

- ¡Papá! - exclamó Nico.

- ¿Qué pasa? - dijo el padre sin saber lo que ocurría.

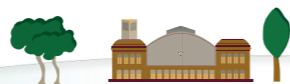
- ¡Estamos en Molledo! - dijo Nico entusiasmado.

- Sí, ¿y qué pasa? - contestó el padre.

- ¡Este es el escenario de 'El Camino'! - aclaró Nico.

El Camino era el único libro que Nico había leído de Miguel Delibes, por eso le hacía tanta ilusión. Esta vez pararon a ver el pueblo y Nico lo dibujó al detalle; después de Molledo llegaron a Barcelona. Y dos meses después sus padres consiguieron trabajo en Cantabria, en un pueblo al lado de Molledo y también fueron en tren, pero esta vez fueron en el primer tren que funcionó en España hasta Mataró y de Mataró fueron en bicicleta 100 Km hasta Molledo, compartiendo así la pasión de Delibes por las bicicletas (lo que les quedaba de camino lo hicieron en coche). En Molledo pasaron todo lo que les quedaba de vida alimentándose de la naturaleza y cuidando de ella.

Texto inspirado en las pasiones de Delibes.





Ana Muñoz.
El tren.
Óleo sobre tabla.

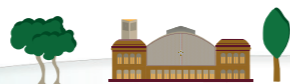
Aventura en el tren perdido en las montañas

Enrique Ramírez Burillo - IES Juan de Juni

Estamos en Soto, un pueblo de Cantabria, en el año 2022. Estoy con mis hermanos Fabio y Ana María y con mis primos, Gonzalo e Inés, que vienen de Madrid. Los cinco formamos la pandilla 'Los colegas del parque'. Ahí pasamos las vacaciones de verano, ya que es nuestro pueblo preferido y donde viven nuestros abuelos.

Un día, la pandilla escuchó una historia antigua que había ocurrido en el pueblo y preguntaron a las personas más viejas del lugar. Estas nos contaron que un tren desapareció del lugar un invierno frío y lluvioso y nunca más se supo de él, pero no querían hablar más de este asunto (como si ocultasen algo misterioso).

En casa de mi abuelo, la pandilla habló de hacer una excursión por las antiguas vías del tren, para ver si descubríamos algo de ese misterioso asunto. Pedimos a nuestros padres permiso para hacer una excursión al campo, pero sin contarles el verdadero propósito, que no era otro que encontrar ese viejo tren que se perdió en el año 1942.



Seguimos las vías del tren que estaban casi tapadas por los árboles, encontramos un hueco entre las rocas, en la boca del túnel y entramos con nuestras linternas. El lugar daba mucho miedo, caía agua del techo, había unos ruidos raros y tenía mucho eco. Cuando encendimos las linternas, vimos unos ojitos iluminados que suponíamos que eran ratas u otros animales. Inés y Ana dieron un grito de miedo, pero continuamos, ya que todos queríamos descubrir el misterio que había dentro.

Cuando seguimos avanzando por las vías, vimos al fondo algo raro y resultó ser el último vagón del tren.

Los trenes de aquella época se dividían en varias partes: la máquina de vapor con su vagón con carbón; otro vagón para llevar el correo y una caja fuerte con dinero y joyas de mucho valor; vagones para los pasajeros de primera, segunda y tercera clase y el vagón restaurante.

Yo, que soy el mayor, animé a mis hermanos y primos diciéndoles que esta aventura merecía la pena y que no tuviesen miedo. Todos confiaron en mí y se subieron al vagón de tercera clase. Allí había mucha suciedad, olía a húmedo y los asientos de madera estaban casi podridos. No encontramos nada interesante.

A continuación, pasamos al vagón de segunda clase. Vimos que los asientos eran mejores y más cómodos y además, en el suelo había cartas y papeles tirados por todos lados.

Al llegar al vagón de primera clase, allí todo era lujo, había butacones de cuero, espejos, lámparas y cortinas. Por el suelo había algunas monedas y billetes de la época.

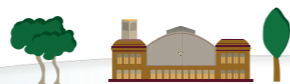
En ese momento nos pasó por las cabezas un murciélago y el susto fue tremendo. Tuve que calmar a todos, porque estaban gritando. A continuación, pasamos al vagón restaurante, donde había de todo, pero no nos atrevimos a comer y beber nada, ya que estaba podrido. Por ello, comimos la comida y bebida que llevábamos en la mochila.

¡Parecíamos viajeros ricos y elegantes!

Después fuimos a explorar el vagón de correos, y allí encontramos que todo estaba revuelto y la caja fuerte, reventada, posiblemente por un cartucho de dinamita. Nos quedamos algunos billetes y monedas de recuerdo.

Pasamos a continuación a la máquina que se encontraba muy oxidada, pero que tenía buen aspecto, en general, y estaba parada en el sitio correcto y a propósito.

Después, vimos el final del túnel que estaba bloqueado con muchas piedras. Los murciélagos seguían asustándonos, ya que había muchísimos en el techo. Teníamos dos opciones: salir por el mismo sitio por el que habíamos entrado o buscar otra salida y seguir explorando el túnel, aunque nos empapásemos de agua y barro.



Decidimos seguir explorando y en un lateral vimos una pequeña luz. Al quitar las ramas, resultó ser una salida al exterior que estaba situada al otro lado de la montaña.

Salimos y nos dio mucha alegría respirar aire fresco. Mientras caminábamos de vuelta al pueblo, nuestras cabezas no paraban de dar vueltas a lo que habíamos descubierto y cómo se lo íbamos a contar a nuestros padres, porque algo muy raro había ocurrido allí.

Al llegar al pueblo, nuestras familias estaban muy preocupadas, incluso habían pensado preparar una patrulla de búsqueda con la ayuda de la Guardia civil, pero iban a esperar un poco, hasta que fuera media noche.

Cuando llegamos, nuestros padres nos preguntaron porque llegábamos tan tarde, y cuando les dijimos lo del tren no nos creyeron.

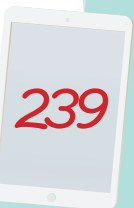
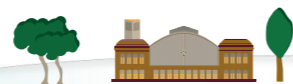
Al día siguiente, la pandilla fue a preguntar a Eustaquio que tenía 104 años si sabía algo del tren, y él nos contó lo siguiente:

- ¡Si, yo lo sé todo! Lo que pasó fue que nosotros sabíamos que iba a pasar un tren con mucho dinero y sin gente. Por suerte, el maquinista era del pueblo y llegamos a un acuerdo con el responsable de correos, que vigilaba la caja fuerte. El plan era que el maquinista llevase el tren al túnel sin salida que habíamos construido. También creamos un pasadizo, para poder salir andando. Una vez el tren estuvo dentro, hicimos explotar la caja fuerte

con dinamita y nos llevamos el dinero y las joyas que había dentro. Cuando todo ya estaba hecho, pusimos dinamita en las montañas para que cayeran piedras en la entrada y esconder así el tren. También tapamos nuestra salida con arbustos. Repartimos el dinero entre todos los del pueblo y también les dimos una parte al maquinista y al señor de correos, quienes se fueron del pueblo, para que no les preguntase la policía. Con el dinero el pueblo mejoró y salimos de pobres. Y ésta es la historia del tren.

Cuando la pandilla escuchó la historia, fue a preguntárselo también a las personas mayores del pueblo y ahora sí que les dijeron la verdad.

Por último, la pandilla se fue con un gran descubrimiento y comenzó a llamarse 'Los colegas detectives'.





Ana Juan
Solo para tus ojos.
Técnica mixta.

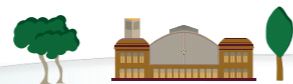
El viaje en tren más largo de mi vida

Miriam Rodríguez Bayo - Colegio Compañía de María "La Enseñanza"

Me desperté sobresaltada un día más, respiré profundamente y cerré los ojos con la certeza de que me había adelantado nuevamente. Deseosa, como cada año cuando se acercaban estas fechas, de vivir la Feria de Abril, las dos semanas antes me recorría por las venas un nerviosismo sólo comparable con el que me invade minutos antes de subirme a un tablao.

Una voz me habló desde el pasillo: '¡Miriam! ¡Dúchate ya o llegaremos tarde!'. Ahora sí, hoy era el gran día. Fui a la ducha rápidamente, terminé mi maleta a la que aún le faltaban los vestidos de sevillanas y, cuando me quise dar cuenta, estaba con mi familia sentada en el tren. Este año mis padres habían decidido que ir en el tren hasta Sevilla formaría parte de la experiencia. Unos minutos después, dejábamos atrás la Estación del Norte de Valladolid.

Mi hermano, tras los primeros minutos de viaje ya había conseguido sumergirse en un profundo sueño que, con mucha probabilidad, le duraría un par de horas.



Mis padres decidieron relajar su vista y cerraron los ojos. Yo aproveché para mirar un rato mi móvil. Estaba tan concentrada en un tiktok que no vi a un grupo de niños que se acercaban a mí. 'Hola, te estamos viendo un poco aburrida. ¿Te apetece venir con nosotros? Estamos intentando resolver un enigma que nos tiene bastante preocupados y quizás tú puedas ayudarnos' me dijeron. Con cuidado le di a mi madre en el hombro y la hice un gesto para indicarla que me iba a sentar unos metros más atrás para estar con ellos. En el grupo había tres niñas: Alma, Noa y Ángela y dos niños llamados Pablo y Mateo. Rápido me pusieron al corriente, la mujer que había siete filas más adelante tenía una actitud muy rara y llevaba una maleta que protegía entre sus piernas y que tenía cerrada con dos candados. Decidí acercarme al servicio y hacer como si me tropezaba para caer encima de la bolsa no tan accidentalmente y que mis nuevos amigos pudieran sacar alguna conclusión sobre su reacción. Al tropezarme, la señora se levantó corriendo para sujetarme y preguntarme si me encontraba bien. Dejó la maleta encima del asiento, momento que aprovecharon mis amigos para intentar cogerla. Pero pesaba tanto que les resultó imposible y tuvieron que retroceder porque a mí ya se me acababan las palabras para entretenerla.

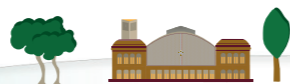
A todos nos pareció curiosa la reacción de la mujer, creíamos que se comportaría de malas formas y me reñiría, pero no había sido así. Como no teníamos más recursos, decidimos acercarnos a ella y preguntarla directamente por lo que llevaba en su maleta. Entonces sí, nos contestó de forma desagradable, diciéndonos que no era asunto nuestro.

Cuando regresábamos a nuestros asientos, mi hermano se despertó y corriendo hacia donde yo estaba, me preguntó: '¿qué haces? ¿quiénes son estos?' Mi hermano acababa de cumplir los 8 años y yo sabía lo insistente que podía llegar a ser, así que le contamos la historia y nuestras sospechas.

Mateo, viendo lo delgadísimo que era mi hermano Hugo, propuso que podría acercarse por debajo del asiento de la señora e intentar abrir la maleta. Alma, que llevaba horquillas en la cabeza, se quitó dos de ellas y le dijo: "Hugo, úsalas para intentar abrir los candados una vez consigas acceder a la maleta". 'Perfecto', contestó mi hermano con un gesto en la cara que bien podría parecerse al de un superhéroe tras salvar a una población entera.

Vigilábamos todos cada paso que daba con mucha atención. Consiguió meterse debajo del asiento de la señora sin que ella se diera cuenta de nada. Cuál fue nuestra sorpresa cuando, de repente, sacó un brazo de debajo del asiento con uno de los candados en su mano. Había conseguido abrir uno de ellos. Mientras todos estábamos celebrando la media victoria de nuestro objetivo, el tren comenzó a frenar y echamos la vista a las ventanas para ver qué pasaba.

Nos informaron de que habíamos llegado a Ciudad Real. Cuando nos volvimos a colocar en nuestros asientos para seguir con el misterio, la mujer había desaparecido. Noa, que estaba al lado de la ventana, miró a través de ella y vio cómo la mujer y su maleta se alejaban por el andén mientras nuestro tren había reanudado su marcha. Nos acercamos al asiento que había ocupado la señora durante todo el trayecto para sacar a mi hermano de

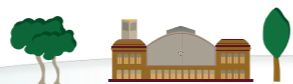


debajo. Con el pánico escrito en los ojos de Pablo y su mirada fija en mí, entendí que mi hermano no estaba y, en su lugar, sólo encontramos los dos candados. Empezamos a buscarle por el tren, pasando de vagón a vagón, miramos por todos los sitios una y otra vez. La desesperación se apoderaba de todos nosotros. Mis ojos se inundaron de lágrimas convencida de que aquella señora se le habría metido en su maleta y se le habría llevado a algún lugar oscuro. Mis amigos me consolaron y decidimos buscar nuevamente por si Hugo seguía aún en el tren. Ángela llevaba razón, Hugo era tan delgado que perfectamente podía encontrarse en cualquier rincón. Reanudamos la búsqueda, pero no hubo suerte. De regreso a nuestro vagón y con las lágrimas ya invadiendo nuestra cara, intentaba encontrar las mejores palabras para explicar a mis padres cómo me había llegado a meter en un problema de esas dimensiones y, mucho peor, cómo había sido capaz de involucrar a mi hermano pequeño en todo ello. Cuando llegamos a nuestros asientos, decidí esperar tres minutos, coger aire para intentar que las palabras que iban a inculparme delante de mis padres fueran comprensibles.

Levanté mi cabeza para, a continuación, levantar mi cuerpo y vi a lo lejos la silueta de mi Hugo corriendo hacia mí con un libro en una de sus manos. Los nervios no nos habían dejado pensar que el tren no sólo tenía vagones por detrás del que nosotros ocupábamos si no que aún había tres vagones más en la parte de delante. Le abracé con tanta fuerza que se le cayó el libro al suelo. Me contó entusiasmado como aquella mujer le había pillado cuando intentaba ya meter su mano en la maleta, cómo había sido capaz de abrir los dos candados y cómo la mujer aceptando la chiquillada de mi hermano

le dijo: 'Te voy a enseñar lo que llevo en mi maleta, pero sólo porque me pareces un niño muy inteligente y sé que no se lo enseñarás a tu hermana y a sus amigos hasta que yo me baje en mi parada. Así, espero que ellos aprendan la lección de no llevar su curiosidad hasta el punto de invadir la intimidad de una persona y valerse de un niño tan pequeño y guapo como tú. Hay un asiento en ese vagón de ahí que puedes utilizar'. El libro resultó ser un comic de Spiderman y cuyo contenido mi hermano había devorado en escasos minutos. Me contó que la extraña mujer se llamaba María José y que llevaba su maleta repleta de novelas, comics, revistas, cuentos... todo tipo de libros. Despertó en mi hermano una gran simpatía, algo recíproco porque le dejó escoger, entre todos sus libros, el que más le gustó.

Sin darnos cuenta, las paradas de Puertollano y Córdoba habían quedado atrás y el anuncio de la llegada a Santa Justa era ya todo un hecho. Como esto no podía quedar así y necesitábamos tiempo para comentar lo ocurrido, quedamos al día siguiente en el parque de María Luisa en Sevilla. La aventura vivida hoy en el tren había llegado a su fin. Jamás hubiese imaginado que la idea de mis padres para viajar en tren ocasionaría en mí esta montaña rusa de emociones que quizás no vuelva a sentir ni en el mismísimo Parque Warner de Madrid.





Venancio. Arribas
Locomotora de Vapor 230-0-353.
Acuarela..

Aventura en el tren

Gael Rodríguez Esteban - IES Emilio Ferrar

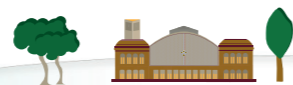
Era una mañana otoñal con el sol asomando detrás de las montañas, una luz amarillenta reflejaba todo el valle, el lago, los árboles, el pueblo...

El olor de naturaleza salvaje, lluvia fresca y madera carcomida inundaba el ambiente y le daba ese aspecto de viejo y entrañable, y en el medio de todo ello, aquella locomotora oxidada que traía tantos recuerdos positivos y negativos, historias vividas y perdidas...

Y también se llevaba tantas cosas queridas y trajo tantas nuevas.

Todo esto lo veía Kin, desde unos ojos grises como las nubes que tenían un aire antiguo y sabio, que se ocultaban bajo una manta de rocío y escarcha de la vieja ventana.

Él, estaba recordando todas las historias, recuerdos y personas que perdió y ganó debido a ese tren.



Recordando y reviviendo, se olvidó del presente y se le hizo tarde.

Los niños del poblado del valle, llegarían pronto y él no había desayunado.

Echó de menos el olor matutino del amargo café pero decidió que tendría que esperar.

No le dio tiempo ni a encender la chimenea, y los niños empezaron a llegar ansiosos por oír más historias, como todos los días.

Cuando todos los niños se sentaron y se quedaron inmóviles y callados, él empezó a contar:

Desde el principio de todo, el origen, desde el 'alfa' de su vida.

Y resulta que esta historia, esta biografía comenzaba en el mismo valle, en una cabaña del poblado ochenta años atrás, con un llanto de un niño peculiar con ojos color gris como las nubes de tormenta.

Por este motivo, sus padres decidieron llamarle Kin, (que significa sol).

Ellos decían que era un rayo de luz entre todas las nubes, por fuertes que fueran.

Creció al lado de la locomotora de vapor en la que tanto deseaba viajar.

Poco a poco fue madurando, era un chico bajito, con pelo castaño muy ágil y veloz.

Le encantaba jugar con su hermano gemelo Lei y con su amiga Ayla.

Después de ir a la escuela, subían al lago para jugar entre los pinos de las orillas.

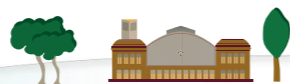
Cuando atardecía bajaban todo el valle y se dirigían a las vías del tren.

Allí se despedían e imaginaban a qué sitios podrían viajar en esa misteriosa locomotora.

Toda su infancia se resumió en esa rutina y su imaginación, pero se terminaron haciendo mayores y cada uno escogió su camino en la vida.

Los dos hermanos se dedicaban a cuidar a la familia y sostenerla con pequeños trabajos, pero su amiga Ayla pertenecía a una familia con más recursos y sus padres la mandaron a estudiar a un sitio con mares avances, según sus padres, una 'ciudad'.

Estos niños en cuerpos de adultos, acostumbrados a un sitio muy cómodo para ellos, no entendían la necesidad de irse, pero los padres de Ayla la obligaron.



La última tarde con ella fue muy triste. Como despedida hicieron la misma rutina que siempre pero no fue tan divertida.

Nadie hablaba y ni jugaron ni se divirtieron.

La despidieron en el tren de siempre, con el atardecer de siempre, pero esta vez no sabrían si la iban a poder ver otra vez.

Ayla les prometió que les mandaría cartas y seguirían en contacto. Pero de lo que ellos no se daban cuenta era que nunca volverían a ser los niños de siempre.

Pasaron dos o tres años bastante tristes. En los primeros meses les escribía casi a diario, contando sus aventuras. Siempre les hablaba de sus amigos, de todo lo que aprendía, de las cosas alucinantes que había en la ciudad...

Ellos las leían con nostalgia, desde unos ojos ya adultos y maduros, ya cansados del exceso de trabajo y horas de sol.

Pero el tiempo deterioraba cada vez más su relación con Ayla y, al final, prácticamente ni les escribía.

Los hermanos siguieron trabajando para sostener a sus padres, hasta que llegó el día que los dos enfermaron.

Ellos cada vez estaban más desesperados, compraban medicinas pero no mejoraban y se quedaban sin dinero.

Un día, con el atardecer de fondo y el sonido de la locomotora, fallecieron los dos a la vez, sincronizados como siempre vivieron.

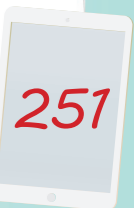
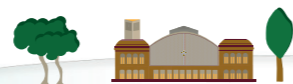
Su hermano y él, les enterraron y prepararon el funeral con el poco dinero que les quedaba. Kin, cada vez veía peor a su hermano y le preocupaba que se le acabasen las ganas de vivir.

Unos días más tarde, Kin llegó un poco después a la cabaña de lo normal, y se encontró a su hermano subido al tejado y se temió lo peor.

Corrió a intentar pararle, pero un poco antes él le gritó: 'Lo siento Kin, pero no nos queda nada, Ayla, nuestra única amiga no se acuerda de nosotros, no nos queda familia ni futuro'. 'Esa locomotora nos ha quitado todo'.

Se oyó un grito que desgarró el cielo, y justo después, el sonido de un golpe seco con ecos de muerte. Finalmente Lei se reunió con sus padres. Kin no pudo hacer nada.

Cada vez más desesperado por la situación económica y sin ganas de vivir, no sabía qué hacer.



Pasados unos días, justo cuando se decidió a seguir la senda de muerte guiada por su gemelo Lei, llamaron a la puerta.

Era el responsable de las cartas en el poblado. Le entregó un sobre muy raro y se fue con urgencia. En él ponía: 'De Ayla'.

Kin lo abrió muy rápido, y dentro encontró una carta con un papel peculiar. Ponía en letra casi ilegible y rápida: Rápido, ven a la ciudad Kin, no te desesperes.

Kin cogió los últimos ahorros que le quedaban y se dirigió a la locomotora donde tanto había soñado viajar.

Llegó muy apurado y compró un tique para ir a la ciudad más próxima. La locomotora llegó soltando mucho vapor y sonido. Muy familiar para Kin, pero todo visto desde otra perspectiva.

Entró en el tren y en él había algunas personas ricas que había visto alguna vez en el poblado, y también unas pocas eran totalmente desconocidas para él.

Saludó al entrar pero nadie le respondió y todos le miraron como si fuese inferior a ellos, una sensación muy diferente a la que Kin estaba acostumbrado.

Se sentó en un asiento en el que había una ventana y contempló el paisaje durante el viaje, que fue muy raro para él por la sensación de velocidad.

Hicieron varias paradas en otros lugares, pero ninguna era la ciudad.

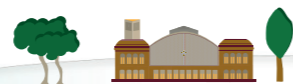
Después de cuatro horas muy largas e interminables, llegaron a la ciudad. Nada más bajar de la locomotora, se quedó paralizado al descubrir que todo era gigante, impresionante comparado al poblado.

Él, muy sobrecogido por todo esto y la cantidad de gente que había, se sintió fuera de lugar.

Pero decidió dejar este sentimiento de lado y buscar a Ayla. Después de un rato buscando en la ciudad, encontró una cara conocida por la calle mirando a todos lados.

Sus miradas se juntaron, y supieron que el uno se había encontrado al otro. Ayla se dirigió a él corriendo y le dijo: 'Kin no te puedo explicar nada, pero tú sigue levantando el poblado, que siga vivo. Yo volveré, sigue creyendo...' Y desapareció en la multitud antes de que a Kin le diese tiempo a articular ninguna palabra.

Después de un rato pensando, desesperado, se dio cuenta de que no le quedaba nada ni nadie y decidió hacerle caso.



Volvió en el tren un poco triste por lo poco que había visto a Ayla, pero con algo en lo que creer, algo que le diese un motivo para seguir creyendo...

De repente un niño le interrumpió, ni se acordaba de que los niños siguiesen allí.

El niño, ansioso le dijo: '¿Y volvió?'

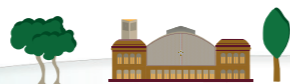
Kin le respondió con una sonrisa amistosa y le dijo: 'Tú sólo sigue creyendo en lo que más deseas...'

Entonces el niño le respondió: '¿Nunca volvió, no?'

En ese momento se escuchó un toc... toc... en la puerta.

Kin pensó que sería un vendedor y abrió la puerta con pesadez.

Pero en la puerta no había ningún vendedor, había una cara conocida... una cara amiga... Y le dijo: 'Tú sólo cree'.





Manuel Gomez Arce.
Plaza de Armas-Sevilla.
Acrílico.

Misterio en el tren

Hugo Sardón Escolar - IES Emilio Ferrari

Mario, Jaime, Rodrigo, Álvaro y yo somos cinco amigos inseparables desde el colegio. Hemos crecido juntos compartiendo buenos y malos momentos. Tenemos las mismas aficiones, nos gusta el deporte, las chicas y las matemáticas.

Este curso hemos formado parte del equipo de matemáticas de nuestro instituto: el Miguel Delibes, fuimos elegidos para representarlo en la final del concurso autonómico, conseguimos ganar y clasificarnos para la final nacional que se celebrará en Cádiz dentro de 2 días.

Llegó el día que llevábamos tanto tiempo esperando, los cinco subimos a bordo del tren que nos llevaría a nuestro destino. Yo no sabía que los trenes tenían nombre, este se llamaba Miguel Delibes, como nuestro instituto, lo que nos hizo sentir como en casa.

La primera impresión fue muy acogedora, los vagones estaban divididos en compartimentos con literas para cuatro personas. Así que decidimos colocarnos Mario, Jaime y Rodrigo en uno y Álvaro y yo en otro.

Nos acomodamos y elegimos literas. Como era hora de cenar, decidimos ir al vagón cafetería para comer algo. Mientras estábamos allí, el tren llegó a la siguiente estación y vimos subir a bastante gente.

Al volver a nuestro compartimento descubrimos que las otras dos literas habían sido ocupadas por chicos que también se dirigían al campeonato de matemáticas.

Estuvimos charlando un rato y se hizo la hora de acostarnos. Yo decidí salir a buscar un servicio y dejé a Álvaro y a los otros dos chicos metiéndose en sus camas.

Como me costó encontrarlo, tardé un ratito en volver y al abrir la puerta de nuestro compartimento vi que los chavales ya estaban dormidos y la litera de Álvaro estaba vacía. Imaginé que se había acercado a charlar un rato con nuestros amigos y pensé en esperarle. Pasó un buen rato y como no volvía, fui a buscarle. Cuando pregunté a Jaime y a los demás por él me dijeron que no estaba con ellos.

Entre todos decidimos recorrer el tren buscándole, Mario pensó que era buena idea que él se quedara en mi compartimento por si acaso Álvaro volvía.

Fuimos de una punta a otra del tren mirando en la cafetería, los baños y todos los recovecos que encontramos. Tardamos cerca de una hora pero ni rastro de nuestro amigo.

Ya empezábamos a preocuparnos, pero lo que realmente nos puso los pelos de punta es que al regresar a mi compartimento también Mario había desaparecido.

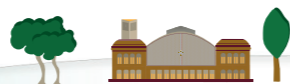
Al principio pensamos que la desaparición de Álvaro podía ser una broma pero al perder también a Mario nos dimos cuenta que esto era algo serio. Muy nerviosos decidimos acudir a nuestros profesores, Federico y Clementina, que nos acompañaban en este viaje.

Ellos se pusieron en contacto con el revisor y le contaron lo que había sucedido.

La búsqueda era muy complicada pues el tren estaba lleno de chavales que habían ido subiendo en las distintas paradas y que también se dirigían al campeonato de matemáticas.

El revisor avisó por megafonía de la desaparición de dos chicos, pidiéndoles que acudieran a la cafetería si oían este mensaje y solicitando la ayuda de los demás pasajeros del tren. Esperamos media hora pero fue en vano.

Cuando ya estábamos desesperados y pensando en llamar a la policía, el maquinista le informó al revisor que había recibido una llamada desde la última estación en la que habíamos parado comunicándole que había aparecido dormido en un banco un chico de unos 12 años. Cuando consiguieron despertarlo, les dijo que se llamaba Mario, que iba en el tren Miguel Delibes con sus amigos y que no sabía cómo había llegado hasta allí.



No nos lo podíamos creer y no entendíamos qué es lo que había sucedido. Mientras, a Rodri se le ocurrió que sería buena idea llamar a las demás estaciones en la que habíamos parado para ver si tenían noticias de Álvaro, y cuál sería nuestra sorpresa al descubrir que en una de ellas acababan de encontrar un niño medio adormilado que resultó ser nuestro amigo.

El maquinista nos dio como solución que Álvaro y Mario se subieran en el siguiente tren con destino a Cádiz para que lograran llegar a tiempo al campeonato de matemáticas y así lo hicieron.

Al día siguiente, tras llegar todos sanos y a salvo a Cádiz, interrogamos a nuestros amigos sobre qué les había ocurrido pero no fueron capaces de explicarnos nada, no sabían que había pasado desde que estaban en el tren hasta que aparecieron dormidos en las estaciones. La policía estaba investigando sus extrañas desapariciones.

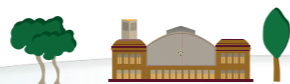
Después de los curiosos acontecimientos que habíamos vivido llegamos al torneo llenos de confianza. Estábamos seguros de ganar, nos empleamos a fondo y ¡lo conseguimos!

Una vez recibido nuestro trofeo, cuando bajamos del escenario, se acercó a darme la enhorabuena uno de los chavales del equipo que había quedado en segundo lugar. Me chocó la mano y me dijo que éramos muy buenos, que realmente nos merecíamos ganar y añadió, guiñándome un ojo: 'Y eso que hicimos todo lo posible para que vuestro equipo no llegará al completo'.

Un rato después la policía nos comunicó que habían descubierto que Álvaro y Mario habían sido dormidos con cloroformo y bajados del tren en dos estaciones distintas. Caímos en la cuenta de que, con lo sorprendidos que estábamos por las misteriosas desapariciones, ninguno de nosotros notó que estas habían coincidido con paradas del tren.

La policía logró descubrir que los culpables eran los miembros del equipo subcampeón. Ellos confesaron que lo hicieron porque corrían rumores de que nuestro equipo era muy bueno y podíamos quitarles la victoria.

En ese momento, yo recordé que me había llamado la atención la original botella que llevaba uno de los chicos que estuvo con Álvaro y conmigo en el compartimento del tren...





Manuel Gomez Arce.
Terminando la maqueta.
Acrílico.

El viaje del tren mago

Silvia Veganzones Rojo - IES Emilio Ferrari

Aquella Navidad del año 1995 fue muy especial para Martina; es verdad que casi todas las Navidades lo habían sido, gracias a que en su familia y las de sus antepasados, se habían mantenido muchas tradiciones navideñas que habían sido transmitidas de generación en generación.

Era la época del año en la que la familia Vega, se mantenía más unida que nunca para poder llevar a cabo todas las tareas que se proponían realizar durante aquellos días.

Gracias a eso, la familia era muy conocida en el pueblo y sus alrededores y les tenían un especial cariño por todas las cosas buenas que siempre habían hecho por el pueblo y sus gentes.

El pueblo de Martina se llamaba Fuentehoyuelo, situado en la provincia de Valladolid; cuando era pequeña recordaba la gente andando por sus calles, los vecinos encontrándose en la panadería de la Sra. Martínez, donde siempre olía a pan recién hecho y tortas de miel, que preparaba a diario ó en la zapatería del viejo Martín, donde con sus propias manos, fabricaba zapatos y zapatillas de diversos modelos, utilizando las hormas

que tanto su padre como su abuelo habían usado durante cien años atrás, por este motivo Fuentehoyuelo era conocido también por su buen calzado.

Los domingos en la plaza Mayor del pueblo se montaba un mercado, al que acudían decenas de artesanos del pueblo y a Martina le encantaba que su madre la llevara a buscar a su abuela pronto por la mañana e ir con ella de paseo entre los puestos del mercado; allí podía ver cómo tejía Claudia los jerseys y bufandas tan calentitos, para el frío invierno.

También observaba a Mateo montar collares y pulseras abalorio a abalorio.

Pero sin duda alguna, el puesto que más llamaba la atención de Martina, el que miraba asombrada con sus ojos azules abiertos de par en par, era el de Cecilia, era el puesto de perfumes y jabones, en el que la mujer, con sus flores y hierbas, preparaba pócimas de las que salían perfumes famosos en todo el país y jabones con aromas de múltiples olores.

Y después de ese maravilloso paseo con su abuela, Martina corría de vuelta a casa de los abuelos, porque allí estaba esperándola su abuelo Jacobo, para contarle las aventuras del Viejo Tren Mago, como solía llamarle él.

Había sido maquinista toda su vida, había conducido durante más de cuarenta años, la locomotora de vapor, que hoy en día, seguía parada en el viejo andén del pueblo y eran tantas las anécdotas que había vivido con aquel viejo tren, que Martina nunca se cansaba de escuchar.

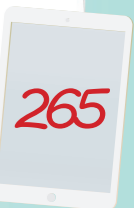
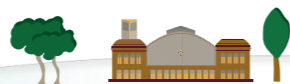
Pero la historia más emocionante que ella misma había podido incluso vivir, cuando apenas contaba dos ó tres años de edad, era el viaje Navideño que se realizaba el día 5 de enero de cada año y que conducía el tren desde Fuentehoyuelo hasta el último pueblo situado en los límites de la provincia, seiscientos kilómetros, que aquella locomotora echando humo, iba recorriendo con la ilusión de repartir felicidad entre los habitantes de cada uno de esos pueblos.

Este viaje lo había comenzado Jacobo hacía bastantes años, cuando se dio cuenta de la suerte que tenía, por poder disfrutar de una familia, tener un trabajo y haber nacido en un pueblo, que le había permitido conocer gente maravillosa.

Entonces decidió que había llegado la hora de devolver ese agradecimiento a los demás y pensó en hacerlo en forma de regalos de Navidad.

Cuando el padre de Martina empezó a poder ayudarle, pensaron en fabricar pequeños muñecos y juguetes de madera, que luego la abuela, que había sido profesora de Arte, pintaba y decoraba, creando verdaderas obras de arte.

Finalmente, Guillermo, el padre de Martina, se hizo carpintero y se dedicó a ello profesionalmente, por eso cuando llegaba el mes de diciembre, el abuelo Jacobo y él, se ponían a trabajar todas las noches, creando pequeños objetos, que pudieran convertirse en la alegría de muchos niños.



Las amigas de la abuela, ayudaban todas las noches, a envolver los regalos con trozos de telas y lazos de colores que conseguían reunir, porque todos se unían a ayudar en lo que podían.

La Sra. Martínez, la panadera, preparaba decenas de bollos y pastas, que también envolvían como parte de los regalos, para darlos a las familias más necesitadas.

Martín, el zapatero, junto con vecinas del pueblo, zurcían y cosían zapatillas, para regalar también, Cecilia tejía bufandas de mil colores y Mateo montaba pulseras y collares preciosos.

Con los regalos preparados, el día 4 por la noche, Jacobo con su hijo y algunos vecinos, cargaban aquel viejo tren y al día siguiente a primera hora, el abuelo y Guillermo conducían aquel tren de la ilusión, de estación en estación, repartiendo alegría.

Cuando Martina empezó a andar y a hablar, su padre, pensó que era buen momento de llevarla con ellos para que fuera compartiendo aquellos momentos tan inolvidables.

Así pasaron los años y todos los 5 de enero, se convertían gracias a aquella humeante locomotora, en el día mágico para los Vega, hasta aquellas Navidades en que el abuelo murió.

A partir de aquel año, Guillermo perdió la ilusión por la Navidad y se le quitaron las ganas de preparar el mágico viaje de la vieja locomotora, así que esta se destinó solo a hacer los viajes diarios que tenía programados para llevar a la gente de un destino a otro, hasta que llegó el día en que la sustituyeron por un tren de alta velocidad.

La abandonaron, junto a las viejas vías del tren, por las que tantas veces había ido y venido cargada de regalos.

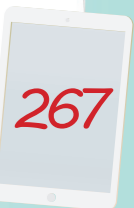
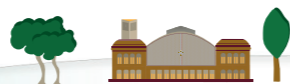
Allí quedó solitaria la vieja locomotora del abuelo Jacobo, sus historias e ilusiones.

Martina iba muchos días a pasear por la vieja estación, para visitarla y recordar aquellos felices años.

Martina se hizo mayor, sabía de lo afortunada que había sido en la vida por tener una familia que la quería, un buen trabajo (después de haber estudiado su carrera de arquitectura) y se acordó de aquellas Navidades del año 1995 de su abuelo.

Entonces en el mes de Octubre de aquel año, decidió que aquellas Navidades, marcarían el inicio de un nuevo periodo para la vieja locomotora.

Puso manos a la obra y pensó que si la locomotora ya no podía ir de un sitio a otro, la gente sí que podría venir a ella.



Diseñó un proyecto de lo que sería la nueva locomotora y se fue directa al Ayuntamiento.

Allí el alcalde, que conocía perfectamente lo que la familia Vega había hecho durante tantos años, no dudó en aceptarlo y prometió conseguir dinero para ello y volver a llenar de ilusión a cientos de familias.

Los meses de octubre y noviembre, Martina trabajó muy duro con sus compañeros, para reconstruir la vieja locomotora y sus vagones.

El resultado fue un tren maravilloso, en cuyos vagones se colocaron estanterías, muebles y sillas.

Martina consiguió que aquel año, su pueblo pagara los viajes de las familias de los pueblos de alrededor para que acudieran a recoger sus regalos el día 5 de enero.

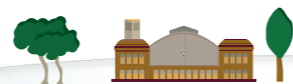
Y para que el viejo tren tuviera uso durante el resto del año, Martina montó una biblioteca con libros de todos los géneros, para que pequeños y mayores, pudieran disfrutar en aquel lugar tan especial.

El mes de diciembre, de aquel 1995, Martina contó con la ayuda de su padre, que le ayudó a fabricar los juguetes de madera que años atrás había construido con el abuelo, su madre la preparó tartas y pastas para regalar y sus amigos y vecinos de toda la vida, la echaron una mano para terminar de preparar y envolver el resto de regalos que entregarían.

Cuando llegó el 5 de enero y después de haber anunciado la "Gran Ferrocarrilada Navideña" por todos los pueblos, Fuentehoyuelo se llenó de familias que bajaban ilusionadas del tren para ir a recibir sus regalos de Navidad.

Los más pequeños corrían hacia la vieja locomotora, ahora decorada por fuera de colores y por dentro llena de sorpresas y regalos para todos ellos.

Así fue como el espíritu de la vieja locomotora se quedó viviendo en el pueblo y siguió repartiendo alegrías e ilusiones durante muchos años.



Libro digital

